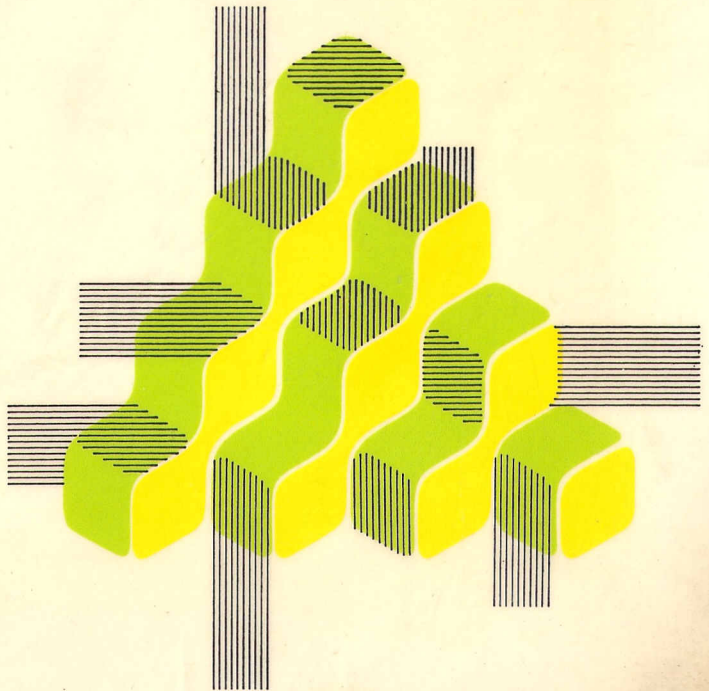


BIBLIOTECA
DE PSICOLOGIA

69

Paul Watzlawick

**EL LENGUAJE
DEL CAMBIO**



herder

BIBLIOTECA DE PSICOLOGÍA

69

EL LENGUAJE DEL CAMBIO

por PAUL WATZLAWICK

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1989

PAUL WATZLAWICK

EL LENGUAJE DEL CAMBIO

Nueva técnica de la comunicación terapéutica

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1989

Versión castellana de MARCIANO VILLANUEVA,
de la obra de PAUL WATZLAWICK, *Die Möglichkeit des Andersseins*.
Verlag Hans Huber, Berna-Stuttgart-Viena 1977

Cuarta edición 1989

159.923
WATZ

90.713

© 1977 Verlag Hans Huber, Bern (Suiza)
© 1980 Editorial Herder S.A., Barcelona

ISBN 84-254-1122-X

ES PROPIEDAD

DEPÓSITO LEGAL: B. 7169-1989

PRINTED IN SPAIN

GRAFESA - Nápoles. 249 - 08013 Barcelona

ÍNDICE

Prólogo	7
1. A título de introducción	9
2. Nuestros dos lenguajes	17
3. Nuestros dos cerebros	23
4. Comprobaciones experimentales	31
5. Concepciones del mundo	41
6. Formas lingüísticas del hemisferio cerebral derecho	49
Los subgánsteres de Occidente	50
Formas del lenguaje figurado	55
«Pars pro toto»	66
Aforismos	70
7. El bloqueo del hemisferio cerebral izquierdo	81
«Il est interdit d'interdire»	88
Prescripciones de síntomas	89
Desplazamientos de síntomas	93
La ilusión de alternativas	95
Reestructuraciones	103
8. Prescripciones de comportamiento	113
9. Todo menos <i>esto</i>	123
Utilización del «lenguaje» del paciente	124
Utilización de la resistencia	128
Anticipaciones	133
10. Rituales	137
11. Observaciones finales	141
Notas	145
Bibliografía	157
Índice alfabético	165

PRÓLOGO

Similia similibus curantur

La tesis de este libro es muy sencilla. Pero ya no lo es tanto su aplicación práctica.

En la comedia de Molière *El burgués gentilhomme*, Monsieur Jourdain quiere escribir a su adorada un *billet doux* y solicita para ello la ayuda de su preceptor. Éste comienza por inquirir si la misiva se ha de redactar en verso o en prosa. Al principio, Monsieur Jourdain rechaza las dos cosas; tras explicársele prolijamente que no existe una tercera posibilidad, no sale de su asombro al enterarse de que, sin saberlo, hacía ya cuarenta años que venía hablando en prosa.

Este libro quiere demostrar que algo similar ocurre con el lenguaje de la comunicación psicoterapéutica. No es sólo que las características esenciales de este lenguaje fueran ya conocidas por los antiguos retóricos sino que, además, muchas de sus peculiaridades vienen siendo, desde hace ya mucho tiempo, objeto de penetrantes investigaciones en los más diversos ámbitos de la vida y de la experiencia humana, en la infancia, la poesía, el humor, el sueño, el éxtasis, el delirio y la locura. Lo que aflora a la superficie, procedente de aquellos ámbitos que, por su singular y extraño carácter, se atribuyen a zonas profundas, a la noche o a la demencia, se traduce luego en la conversión terapéutica, con la máxima celeridad posible, al lenguaje — tenido por terapéutico — de la razón y de la conciencia. Hasta ahora, se ha sacado pocas veces la conclusión, que tras un atento análisis parece evidente,

de que es cabalmente este oscuro y a menudo extravagante lenguaje el que ofrece la llave natural hacia aquella zona sólo en la cual puede producirse el cambio terapéutico. Y, como Monsieur Jourdain, nos quedamos sorprendidos cuando al final descubrimos que ya conocíamos de tiempo atrás este lenguaje, aunque sin saber que lo sabíamos.

Hasta aquí la tesis.

La aplicación práctica, clínica, de este lenguaje es difícil y a ella tiende este libro. Pretende ser una especie de introducción gramatical, un cursillo de lingüística que permita al lector comprender la esencia de este lenguaje para aplicarlo después en provecho de aquellos de sus pacientes que sufren bajo el peso de su concepción del mundo. Pero es más fácil decirlo que hacerlo y, en este sentido, el libro sólo puede ser un hilo conductor, no un manual de instrucciones al uso. Es bien sabido que la simple lectura de una gramática no confiere ya, sin más, el dominio de una lengua.

El lector que conozca mi obra *¿Es real la realidad?* [109] podrá comprobar que las reflexiones que allí se hicieron bajo una forma simple y sencilla, a menudo anecdótica e intencionadamente amena, en orden a la comprensión de la realidad, se analizan ahora desde el punto de vista del lenguaje y de la técnica de la psicoterapia. Por consiguiente, los dos libros se complementan. El presente trabajo se fundamenta además en el planteamiento psicoterapéutico detalladamente descrito en *Cambio* [108], basado en la comunicación interhumana.

Los autores y colegas cuyos trabajos han contribuido a la redacción de este libro son tan numerosos que resulta tarea imposible mencionarlos aquí uno por uno. He intentado cumplir el deber que tengo contraído con ellos indicando con exactitud las fuentes de que me he servido. Pero, por supuesto, soy el único responsable de la forma de mi exposición y de mis conclusiones, así como de todos los errores que pueda haber cometido.

Palo Alto, primavera de 1977.

A TÍTULO DE INTRODUCCIÓN

Se puede quitar a un niño las verrugas, mediante el recurso de «comprárselas». Para ello, se le da una moneda por su verruga y luego se declara que ya es de la persona que la ha comprado. Generalmente, el niño pregunta, divertido o extrañado, cómo se le puede quitar la verruga y entonces se le responde simplemente que no tiene que preocuparse, que la verruga misma se irá pronto, y por sí misma, al nuevo propietario.

Aunque es bien conocida, desde tiempos remotos, la eficacia de toda clase de tratamientos mágico-supersticiosos de las verrugas, no existe —y en concreto para el mencionado ejemplo— una explicación científica. Retengamos esto: sobre la base de una interacción simbólica absolutamente absurda, se produce un resultado totalmente concreto. Se contraen los vasos sanguíneos que irrigan esta excrescencia de origen viral y en definitiva se reseca el tejido, como consecuencia de una insuficiencia de oxígeno. Es decir, la aplicación de una comunicación interpersonal específica lleva aquí no a un cambio de opinión, de intenciones o sentimientos del compañero de diálogo, tal como puede observarse y conseguirse miles de veces en la vida cotidiana, sino a un cambio corpóreo que «normalmente» no puede producirse de forma voluntaria.

Y a la inversa, es bien sabido que los fenómenos psíquicos nos causan enfermedades físicas, que pueden, por así decirlo, inducirnos la enfermedad por hipnosis propia sin saber —al igual que nuestro Monsieur Jourdain— que dominamos y hablamos esta

«prosa» patológica en la comunicación con nosotros mismos. Lo cual equivale también a decir que — fieles al principio *similia similibus curantur* — tiene que ser posible poner este mismo lenguaje al servicio de la curación.

O, para expresar esta reflexión con palabras algo diferentes: existen innumerables ejemplos que muestran la eficacia — determinante, amenazadora o salvadora — que pueden tener las emociones, concepciones, esperanzas y, sobre todo, las influencias de otros hombres. No es preciso aducir aquí los casos excepcionales y exóticos, tales como las consecuencias concretas de maldiciones dramáticas que se dan, por poner un ejemplo, en el fenómeno de la muerte vudú, o los resultados, muchas veces increíbles, conseguidos por los curanderos, para comprender que tiene que existir un «lenguaje» que causa estos efectos. Es, por consiguiente, razonable admitir que este lenguaje puede investigarse y aprenderse, al menos dentro de unos ciertos límites¹.

En consecuencia, este aprendizaje y su aplicación pasa a convertirse en objetivo evidente y urgente de una terapia que concede importancia al poder concreto, casi diríamos manual, y que saluda con escepticismo los entusiasmos esotéricos de algunas modernas doctrinas psicoterapéuticas. Y, yendo todavía más lejos, me atrevería incluso a afirmar que, a la hora de aplicar este lenguaje, es secundario que el terapeuta se adscriba a esta o aquella teoría terapéutica, y más aún, que probablemente la mayoría de los asombrosos e inesperados resultados del tratamiento, para los que las correspondientes teorías no ofrecen explicación suficiente y que, en cierto modo no «deberían» propiamente haberse producido, deben atribuirse al empleo impremeditado y casual de este tipo de comunicación.

Se sabe desde hace mucho tiempo que la comunicación es *conditio sine qua non* de la existencia humana. Así por ejemplo, el padre Salimbene de Parma, cronista de Federico II, nos informa de un experimento, llevado a cabo por orden personal del emperador, con la intención de hallar una respuesta a la pregunta de cuál sería el lenguaje primitivo y natural de los hombres. Con este fin, ordenó que se pusiera un cierto número de recién nacidos bajo los cuidados de nodrizas a las que se dio la orden estricta

de atender con esmero a los niños, de modo que nada les faltara, pero cuidando mucho de no dirigirles nunca la palabra ni hablar con otros en su presencia. Mediante la creación de este vacío lingüístico esperaba Federico poder comprobar si los niños comenzaban a hablar espontáneamente griego, latín o hebreo. Lamentablemente, el experimento no llevó a ninguna conclusión. En palabras de Salimbene, «fue un esfuerzo inútil, porque todos los niños murieron» [87]. Como es sabido, siete siglos más tarde René Spitz aportó, gracias a sus estudios sobre marasmo y hospitalismo [99] la explicación moderna del catastrófico final de aquel excurso imperial en la psicolingüística².

Por lo demás, ya quince siglos antes de Federico II se sabía que el lenguaje puede influir en estados de ánimo, opiniones, comportamientos y, sobre todo, en las decisiones. Basta recordar la alta estima que los presocráticos sentían por la retórica y por los recursos sofisticados que empleaba. Tiene aquí particular interés el hecho de que la retórica, en cuanto sistema conceptual cerrado³, fuera una notable precursora de la moderna investigación de la comunicación, en cuanto que no se refería a un tema, un contenido o una doctrina determinados, sino que formaba una disciplina *por sí misma*; del mismo modo que el estudio de la pragmática de la comunicación [107] no se concibe como superpuesta al contenido y el significado de un intercambio de información, sino como referida al fenómeno de la comunicación en sí⁴. Pero justamente esta aparente falta de contenido es considerada — entonces, y a veces también en nuestros días — como elemento perturbador. La imposibilidad de subordinar la retórica a una disciplina concreta superior y las afirmaciones de sus representantes de que el hombre versado en retórica puede entablar una controversia con cualquier especialista de una materia determinada y salir victorioso de ella, tenían, por fuerza, que suscitar profunda desconfianza. Aquí podría encontrarse una de las razones principales de por qué un Sócrates por ejemplo se pronunció radicalmente en contra de los retóricos y los sofistas. Aristóteles, en cambio, mostró alta estima por la retórica y la consideraba — como diríamos hoy día — una forma de comunicación entre un hombre de prestigio, de elevada posición y alta credi-

A título de introducción

bilidad y el destinatario de sus manifestaciones, cuyo espíritu queda transformado por ellas. Esta forma de influir, tan libre de todo reproche ético, es la que expone prácticamente Aristóteles, con notable amplitud, en su *Retórica a Alejandro*, en la que se encuentran pasajes de sorprendente impertinencia y de maquiavélico cinismo.

Pero de entre todos los pensadores de aquella época, el que más se acercó al moderno concepto de comunicación terapéutica fue tal vez Antifonte de Atenas (480-411). Ciertamente que es muy poco lo que se sabe sobre su vida y su persona. Ni siquiera consta con certeza que Antifonte el sofista y Antifonte el terapeuta fueran la misma o distintas personas. En cualquier caso, han llegado

as (480-411). Ciertamente que es muy poco lo que se sabe sobre su vida y su persona. Ni siquiera consta con certeza que Antifonte el sofista y Antifonte el terapeuta fueran la misma o distintas personas. En cualquier caso, han llegado

Antifonte fue el inven-

teoría según la cual todas las perturbaciones del alma y los oscurecimientos de la luz eterna de la razón, inherentes a ellas, deben atribuirse al efecto — opuesto a la razón — de los sentimientos.

En el siglo I d.C. aporta Quintiliano, en sus *Instituciones oratorias* una importante — y también aquí muy moderna — contri-

sajaran o cauterizaran, y aunque el médico no lograba convencerle, conseguía yo persuadirle, sin otra ayuda que la de la retórica [76].

A Platón mismo se le considera el padre de la catarsis, es decir, de la purificación y convicción del alma mediante el lenguaje. Es indudable que ya Platón y los médicos hipocráticos explotaban aquí básicamente el efecto de la descarga producida por la reacción de los sentimientos. En el siglo III a.C. los estoicos especialmente aceptaron este principio y lo situaron en el centro de la teoría según la cual todas las perturbaciones del alma y los oscurecimientos de la luz eterna de la razón, inherentes a ellas, deben atribuirse al efecto — opuesto a la razón — de los sentimientos.

En el siglo I d.C. aporta Quintiliano, en sus *Instituciones oratorias* una importante — y también aquí muy moderna — contri-

fue tal vez Antifonte de Atenas lo que se sabe sobre su vida y su persona. Ni siquiera consta con certeza que Antifonte el sofista y Antifonte el terapeuta fueran la misma o distintas personas. En cualquier caso, han llegado

injusto, de lo verdadero como de lo falso. También a esto alude Platón en el Gorgias:

Ahora bien, mi querido Sócrates, hay que servirse de la retórica como de cualquier otro medio destinado a la lucha. Tampoco las otras artes pugilísticas pueden utilizarse contra todas las personas por la simple razón de que se ha aprendido el boxeo o la lucha libre o el pancracio de tal modo que se es superior a amigos y enemigos. No por eso se puede golpear, herir o matar a los amigos; ni tampoco se puede — por Zeus — odiar a los maestros y profesores del pancracio y expulsarlos del Estado porque alguien de vigoroso cuerpo, que aprendió el boxeo en la escuela de lucha, luego golpeó a su padre o a su madre, o alguno de sus parientes o amigos. Se les enseñó para que lo emplearan adecuadamente para defenderse, no para atacar. Pero estos tales lo utilizan para las dos cosas y no se sirven de su fuerza y de su arte como es debido. No debe, pues, vituperarse a los maestros ni es culpable y vituperable el arte, sino — esto es lo que pienso — aquellos que no lo utilizan como deben. Y lo mismo ocurre con la oratoria [76].

2500 años no han aportado modificaciones a esta problemática. Lo que se acaba de decir es válido también, en todos sus extremos, para la moderna investigación de la comunicación, y, por ende, también para este libro. *Todo* medio terapéutico puede ser mal empleado, del mismo modo que, a la inversa, también de un veneno puede hacerse triaca. Pero precisamente en nuestros días casi todas las formas de influencia, y en concreto la llamada manipulación, son atacadas y condenadas como carentes de ética. La acusación no se refiere tan sólo al abuso de la manipulación

en claro la posición de este libro, debemos
la utopía: desde los tiempos de los antiguos
os días se viene arrastrando la convicción
a suprema cualidad humana y de que, con
ombre llegar a comprender la verdad eterna.
nte sobre este extremo, para comprobar has-
topía se ha conservado también en la mo-
a determinado la teoría y la técnica tera-
explicado en otro lugar [109], prevalece en
de que puede concebirse la realidad obje-
consecuente, el grado de adaptación a la
na es también al mismo tiempo la medida
alidad.

a claro que esta opinión es insostenible, y
blar de *imágenes* de la realidad, pero no

maremos también aquí, una vez más, que no se puede *no* influir. Por eso es absurda la pregunta de cómo poder evitar el influjo y la manipulación. Lo único que queda es la decisión — de la que nunca se nos dispensa — de cómo utilizar responsablemente, y de la manera más humanitaria, ética y eficaz, esta ley fundamental de la comunicación humana.

Quien se sienta repelido por estos hechos y los salude con hostilidad o desilusión, podría recordar el título de un libro de Heinz Burger que no es sólo un título, sino también un aforismo: *Dasein heisst, eine Rolle spielen* (Existir es desempeñar un papel [16]). Incluso un hombre como Enzensberger, que rechaza tan radicalmente la moderna «industria de la conciencia» (excelente denominación, con la que se describe la tupida red de múltiples influencias y el encauzamiento de la opinión de los ciudadanos a través de los medios de comunicación colectiva, de los políticos, de la ciencia, de la propaganda, etc.), acentúa que con la simple repulsa no se consigue nada; se trata más bien de «distinguir entre integridad y derrotismo. No se trata de rechazar impotente-mente la industria de la conciencia, sino de *entrar en su peligroso juego. Para esto se requieren nuevos conocimientos...*» ([22], el subrayado es mío).

Para poner bien en claro la posición de este libro, debemos mencionar una segunda utopía: desde los tiempos de los antiguos retóricos hasta nuestros días se viene arrastrando la convicción

mal empleado, del mismo modo que, a la inversa, también de un veneno puede hacerse triaca. Pero precisamente en nuestros días casi todas las formas de influencia, y en concreto la llamada manipulación, son atacadas y condenadas como carentes de ética. La acusación no se refiere tan sólo al abuso de la manipulación, posible, por desgracia, en todo momento, sino ante todo y sobre todo a la manipulación en cuanto tal. Tras esta opinión se esconde la utopía, ciegamente aceptada, de que o bien es posible una convivencia humana en la que no existe ninguna influencia mutua o, al menos se da el caso, aparentemente tan ideal, de la absurda forma de oración de Fritz Perls: «You do your thing, and I do my thing... etc.» A partir de esta premisa se derivan luego fácilmente formas terapéuticas empapadas de falsa sinceridad cuyo denominador común es la afirmación de estar libres de toda manipulación⁵. Ya hemos expuesto con detalle en otras obras [108, pág. 71-85; 109, pág. 33-36] las consecuencias prácticas de una tal utopía. Pero como al parecer nunca se insistirá bastante, afir-

subrayado es mío).

Para poner bien
mencionar una segun
retóricos hasta nuest
de que la razón es l
su ayuda, puede el h
Volveremos más adel
ta qué punto esta ut
derna psiquiatría y h
péutica. Como se ha
este punto la opinión
tivamente y que, por
realidad de una perso
del grado de su norm

Pero pondremos e
que sólo podemos ha
de la realidad.

NUESTROS DOS LENGUAJES

Les mots et leur syntaxe, leur signification, leur forme externe et interne ne sont pas des indices indifférents de la réalité, mais possèdent leur propre poids et leur propre valeur.

Roman Jakobson

Si repasamos lo que hemos venido diciendo hasta ahora, advertiremos que su contenido responde en cierto modo a lo que se espera de una obra especializada: una introducción, una síntesis, la obligada indicación de las fuentes históricas, la posición personal adoptada por el autor y cosas semejantes. Visto desde el modo como estas páginas intentan entrar en comunicación con el lector, es decir, desde el punto de vista de la exposición lingüística, el libro se acomoda desde luego a la norma: su lenguaje es esclarecedor, transmite información (sobre cuyo valor objetivo pueden existir, evidentemente, diversas opiniones), es cerebral, intelectual y — prescindiendo de opiniones personales — objetivo.

Pero supongamos que el lector se encuentra con los siguientes versos de Pablo Neruda, extraídos de *20 Poemas de amor* (n.º 11):

Casi fuera del cielo ancla entre dos montañas
la mitad de la luna.
Girante, errante noche, la cavadora de ojos.
A ver cuántas estrellas trizadas en la charca.
Nace una cruz de luto entre mis cejas, huye.
Fragua de metales azules, noche de calladas luchas,
mi corazón da vueltas como un volante loco.

Es de todo punto evidente que en esta cita nos hallamos ante un lenguaje radicalmente diferente, que se dirige a otras esferas del lector.

En igual sentido todavía un nuevo ejemplo, también de un soberano dominador del lenguaje, tomado de la narración de Kafka *Un mensaje imperial*. En ella, el emperador envía desde su lecho de muerte, precisamente a ti, a ti en concreto, el súbdito miserable, un mensaje. Y el mensajero está ya en camino:

... Un hombre vigoroso, incansable; adelantando ya este brazo, ya el otro, se abre camino entre la multitud; si encuentra resistencia, señala su pecho, donde está el signo del sol; avanza tan fácilmente como ningún otro. Pero la muchedumbre es grande; sus casas no tienen fin. Si tuviera ante sí campo libre volaría, y muy pronto oirías la gloriosa llamada de sus puños

ica, su sintaxis y su semántica. El lenguaje no dirigido, por el contrario, en los sueños y fantasías, en las vivencias del mundo interior y en cosas similares. Pero sólo es no comparado con el dirigido, porque tiene sus propias reglas «alógicas», que se expresan, entre otras cosas, en juegos de palabras, retruécanos, en las alusiones y con-

en la lingüística y en la investigación de la comunicación existe una división casi idéntica, a saber, la modalidad analógica. Para expresar un determinado sentido, una vez más existe la posibilidad de exponerla mediante una designación que sólo tiene con lo designado una mera relación arbitaria que necesariamente conocida por todos los que se refieren al signo. Un sencillo ejemplo es una palabra cualquiera en una página del libro: entre ella y su significado no existe una relación inmediata y directamente comprensible, sino un convenio tácito de que esta secuencia de signos abstractos (en el caso de una palabra hablada, de sonidos) tienen un significado. Para designar esta forma de exposición se emplea la expresión técnica, tomada de las matemáticas, que es la expresión técnica, tomada de las matemáticas, pero existe también la posibilidad de emplear signos que tienen una relación sensible e inmediata con lo significado, en otros términos representan una analogía, una cierta similitud. Ejemplos de esto son los signos de que se sirven los mapas para señalar direcciones, las indicaciones de un país o región (a excepción, claro está, de las indicaciones marcadas mediante letras impresas), las imágenes pictóricas, los signos gráficos de todo tipo (aunque, como se ve en el caso de la escritura china por ejemplo, los signos puramente gráficos pueden convertirse, a lo largo de un proceso estereotipizador,

más difícil de definir, cabalmente porque no es el lenguaje de la definición. Podría designársele tal vez como el lenguaje de la imagen, de la metáfora, del *pars pro toto*, acaso del símbolo y, en cualquier caso, el lenguaje de la totalidad (no de la descomposición analítica).

Es sabido que la psicología del pensamiento hace una distinción similar entre el llamado pensamiento dirigido y el no dirigido. El primero sigue las leyes de la lógica del lenguaje, es decir, de su gramática, su sintaxis y su semántica. El lenguaje no dirigido se funda, por el contrario, en los sueños y fantasías, en las vivencias del mundo interior y en cosas similares. Pero sólo es no dirigido comparado con el dirigido, porque tiene sus propias reglas y normas «alógicas» que se expresan, entre otras cosas, en

... Un hombre vigoroso, incansable; adelantando ya este brazo, ya el otro, se abre camino entre la multitud; si encuentra resistencia, señala su pecho, donde está el signo del sol; avanza tan fácilmente como ningún otro. Pero la muchedumbre es grande; sus casas no tienen fin. Si tuviera ante sí campo libre volaría, y muy pronto oirías la gloriosa llamada de sus puños ante tu puerta. Pero en vez de ello, cuán inútilmente se fatiga; sigue avanzando por los aposentos de lo más recóndito del palacio. Nunca acabará de cruzarlos. Y, aunque lo consiguiera, nada habría ganado; tendría que enfrentarse con las escaleras. Y aunque lo consiguiera, nada habría ganado: tendría que cruzar los patios. Y después de los patios, el segundo palacio que rodea al primero. Y luego más escaleras y patios. Y luego otro palacio; y así, por miles de años. Y si alcanzara por fin la última puerta — pero nadie, nadie lo ha conseguido — tendría ante sí la ciudad residencial, el centro del mundo, pero todo solo meros sedimentos. Nadie puede cruzar por aquí, y menos aún con el mensajero de un muerto. Pero tú estás sentado ante tu ventana y te llenas de quimeras cuando la noche cae.

Querer explicar cómo y por qué estas palabras nos afectan, cómo ocurre que a veces sea uno mismo el que está sentado a la ventana, cómo la visión de pesadilla de la vastedad del palacio imperial — pero también la suave calma de la noche — se convierte de pronto en íntima realidad, sería inútil intento. No puede traducirse este lenguaje a otro que todo lo más puede diseccionar, analizar, pero no evocar¹.

Nos enfrentamos, pues, con dos lenguajes. Uno de ellos — en el que hemos expresado, por ejemplo, esta misma frase — es objetivo, definidor, cerebral, lógico, analítico; es el lenguaje de la razón, de la ciencia, de la interpretación y la explicación y, por consiguiente, el lenguaje de la mayoría de las terapias. El otro, del que se han servido los tres ejemplos arriba citados, es mucho

de su gramática, el lenguaje no dirigido se funda en los sueños y fantasías, en las vivencias del mundo interior y en cosas similares. Pero sólo es no dirigido comparado con el dirigido, porque tiene sus propias reglas y normas «alógicas», que se expresan, entre otras cosas, en juegos de palabras, retruécanos, en las alusiones y con-

También existe una distinción similar entre el llamado pensamiento dirigido y el no dirigido. El primero sigue las leyes de la lógica del lenguaje, es decir, de su gramática, su sintaxis y su semántica. El lenguaje no dirigido se funda, por el contrario, en los sueños y fantasías, en las vivencias del mundo interior y en cosas similares. Pero sólo es no dirigido comparado con el dirigido, porque tiene sus propias reglas y normas «alógicas» que se expresan, entre otras cosas, en juegos de palabras, retruécanos, en las alusiones y con-

en digitalizados), los símbolos auténticos (no sólo, pues, las representaciones alegóricas), como los que surgen espontáneamente en el sueño, las palabras onomatopéyicas (como *crujir*, *chapotear*, *crepitar*, y otras innumerables), las representaciones *pars pro toto* (en las que una parte representa por así decirlo a la totalidad) y otras semejantes.

El hecho de que existan estos dos «lenguajes» sugiere la hipótesis de que a cada uno de ellos deben corresponderle unas *concepciones del mundo* totalmente diferentes, porque es bien sabido que un lenguaje más que reflejar *la* realidad lo que hace es *crear una* realidad². Y así, vemos que a lo largo de siglos de la historia del espíritu, a través de la filosofía, la psicología, las artes figurativas, la religión e incluso las ciencias naturales, cuya objetividad se da por supuesta, se va arrastrando esta división, muchas más veces como cisma que como sintonía armónica. Piénsese, por ejemplo, en la teoría de los tipos de Jung [60], en la que se enfrentan diametralmente los pares contrapuestos pensamiento-sentimiento o respectivamente percepción-intuición. En esta teoría se expresan dos formas de concebir la realidad, a saber, un proceso que avanza paso a paso, con método y lógica, pero al que, en determinadas circunstancias, los árboles no le dejan ver el bosque y, del otro lado, una comprensión global y holística de las totalidades, de las configuraciones, que se enfrenta desvalidamente con lo singular y particular, es decir, que no ve los árboles cuando se encuentra en medio del bosque. Parece reservada a los genios la capacidad de integrar estos dos modos antagónicos de percepción. «Ya tenía la solución» — se dice que afirmó en cierta ocasión Gauss — «ahora sólo tenía que descubrir los caminos por los que llegué hasta ella». En esta afirmación se encierran dos circunstancias importantes: primero, el hecho, casi increíble para quienes somos legos en este campo, de que no raras veces los matemáticos geniales ven ya de «algún modo» con absoluta o inmediata claridad la solución de los más complicados problemas y que el problema se reduce a buscar la demostración metódica de la exactitud del resultado ya alcanzado a priori³. Y, segundo, que — como cualquiera puede imaginarse fácilmente — a lo largo de la filosofía y la epistemología de las matemáticas se abre un

cisma entre las corrientes analíticas y las intuitivas. Una fosa no menos profunda separa en las altas religiones a la ortodoxia de la mística: de un lado se encuentra aquí la fe, de suerte que la palabra de Dios llega al individuo concreto sólo a través de los sacerdotes o de los libros sagrados; del otro se halla la postura, desligada de todo compromiso, de los *enfants terribles* de la ortodoxia, es decir, de los místicos, que pasan por encima de la liturgia y de una revelación obligatoria fijada de una vez por siempre, para contemplar a Dios cara a cara.

Todo esto era ya sobradamente conocido desde mucho tiempo atrás, al menos en el terreno empírico. Pero en los últimos decenios estos hechos experimentales han logrado una inesperada fundamentación científica gracias a los resultados de la moderna investigación cerebral. Nos hallamos aquí con uno de aquellos raros casos en los que las ciencias exactas no sólo nos transmiten el conocimiento objetivo de funciones psicológicas *aisladas* (como la percepción, la memoria, etc.), sino también de aquellos fenómenos complementarios arriba descritos, que se extienden a través de casi todos los ámbitos de la experiencia y de la actividad humanas. En mi opinión, tenemos aquí por vez primera una clave para llegar a la comprensión objetiva de aquellos mecanismos y perturbaciones psíquicas funcionales (como represión, despersonalización, alucinaciones, etc.), para las que hasta ahora sólo disponíamos de hipótesis especulativas innegablemente vagas y nebulosas. Y, a la inversa, se arroja ahora nueva luz sobre aquellos fenómenos que los científicos experimentan como iluminación súbita y plástica, después de haber contenido en vano durante largo tiempo con el análisis intelectual de un problema. Baste aquí recordar cómo un Kekulé llegó a concebir el anillo de benzol mientras dormía, y otros numerosos ejemplos, que Koestler ha coleccionado en su *Der göttliche Funke* (El destello divino) [64] y que también Kuhn [66] describe como uno de los elementos esenciales del descubrimiento científico.

NUESTROS DOS CEREBROS

En torno a los mellizos, sobre todo los univitelinos, existe a menudo un mito familiar: el uno es intelectual y el otro artista.

No tiene, en cambio nada de mítico el hecho de que todos nosotros llevamos en nuestras cabezas un par de mellizos de esta especie, a saber, nuestros dos hemisferios cerebrales, que no representan en modo alguno un duplicado al parecer innecesario sino que — tal como ahora sabemos — son, en el más estricto sentido, dos cerebros, con funciones distintas.

Con palabras más concretas de lo que ya Goethe sospechaba, el médico y anatomista inglés Wigan comprobó, en 1844, que si no en nuestro pecho, sí en nuestra cabeza, habitan dos «almas»:

Creo poder demostrar primero, que cada hemisferio constituye por sí un órgano mental total y unitario y, segundo, que en los dos hemisferios pueden darse simultáneamente procesos mentales y reflexiones separados y de distinto género [113, pág. 26].

Wigan se apoyaba para sus afirmaciones en los resultados de las autopsias, una de las cuales nos describe con las siguientes palabras:

Uno de los hemisferios había desaparecido del todo — así lo veía yo claramente con mis propios sentidos; y sin embargo, el paciente, un hombre de unos 50 años, había conversado con toda normalidad y hasta había compuesto versos hasta pocos días antes de su muerte» ([113, pág. 40].

Y en otro lugar escribe:

El doctor Conolly menciona el caso de un hombre cuya enfermedad había sido tan grave que a través de la cuenca ocular había penetrado hasta el cerebro y había destruido poco a poco su vida [...]. La inspección demostró que uno de los hemisferios había sido totalmente destruido — desaparecido, aniquilado — y que en su lugar (en el estilo empático del informador) «se abría un vacío». Con todo, hasta pocas horas antes de su muerte, aquel hombre tuvo pleno dominio de sus sentidos y su mente se mantuvo clara y sin perturbaciones [113, pág. 41].

Wigan es, pues, uno de los precursores de la investigación cerebral en el sentido más actual y moderno de la palabra. Para sus investigaciones sólo disponía de los cuadros clínicos de graves lesiones cerebrales, mientras que los actuales investigadores disponen además de las repercusiones psicológicas y relativas al comportamiento derivadas de la comisurotomía. Se entiende con esta palabra la separación quirúrgica de la comisura de la banda de fibras o tejido de las zonas de conexión de los dos hemisferios, la llamada trabécula o *corpus callosum* (cuerpo calloso)¹. Tal como ya Wigan había constatado, a pesar de la gravedad de la intervención un observador superficial no advierte, al parecer, prácticamente ninguna perturbación en el comportamiento de estos pacientes. Sólo bajo la luz de análisis más exactos se descubren modificaciones psíquicas, que tienen importancia inmediata para mi razonamiento y que, en consecuencia, resumiré brevemente en las líneas que siguen.

En los típicos «diestros» (es decir, en los que usan preferentemente la mano derecha) domina el *hemisferio cerebral izquierdo*, especializado en la traducción de la percepción del medio a representaciones lógicas, semánticas y fonéticas y en la comunicación con la realidad sobre la base de esta información lógico-analítica del mundo. Entre sus funciones entra, pues, todo cuanto se relaciona con el lenguaje (la gramática, la sintaxis, la semántica) y con el pensamiento estructurado sobre esta base, entre otras cosas también la lectura, la escritura, el cálculo y, en general, todo lo relativo a la comunicación digital. En la literatura especializada se le designa, por tanto, a menudo como *hemisferio verbal*. En el test Rorschach probablemente este hemisferio es el que ayuda a interpretar la significación de los pequeños detalles. Desde el pun-

to de vista psicoanalítico, su función coincide ampliamente con la definición de los procesos secundarios. Causa las inervaciones conscientes y determina, en consecuencia, el dextrismo, en virtud del cual la mano izquierda queda literalmente degradada a una actividad accesoria. Como ya se dijo antes, el hemisferio izquierdo propende, en virtud de esta especialización, a no ver el bosque, porque se lo tapan los árboles. Las lesiones en este campo se traducen en fenómenos de deficiencias en el lenguaje, la escritura, el cálculo y la capacidad silogística. Pueden también derivarse de aquí notables complicaciones: un paciente sometido a una hemisferectomía total del hemisferio izquierdo (es decir, a la extirpación quirúrgica del hemisferio) podía, por ejemplo, *cantar* el texto de una canción, pero no podía emplear aisladamente cada una de las palabras en sí mismas, es decir, fuera del contexto de la canción [97, 116].

Las funciones del *hemisferio cerebral derecho* (siempre respecto de los que usan la mano derecha) son las siguientes: este hemisferio está altamente desarrollado para la comprensión unitaria de conjuntos complejos, muestras, configuraciones y estructuras. Aflora la impresión de que esta comprensión debe estar emparentada con la esencia de la holografía². En efecto, en primer lugar es el hemisferio derecho el que dirige la percepción de una figura desde los más diversos puntos de vista y deformaciones perspectivas (una capacidad cuya simulación mediante computadoras plantea todavía grandes problemas técnicos a los investigadores de la percepción). En segundo lugar, consigue comprender la totalidad basándose en una de sus partes (a veces incluso en una parte mínima). Así por ejemplo, podemos a veces reconocer con seguridad a una persona aunque eventualmente sólo veamos una pequeña sección de su rostro, del mismo modo que el músico puede identificar un concierto o una sinfonía con un sólo compás o incluso con un solo acorde. Se trata de una capacidad basada en el principio del *pars pro toto*, es decir, en el reconocimiento de una totalidad a partir de un detalle esencial³. En este contexto es preciso hacer una mención expresa de las sensaciones olfativas que, aunque parecen ser parte insignificante de una situación, pueden evocar la totalidad de la misma al cabo de mucho tiempo.

El olor de la sangre puede despertar el terror de una situación de guerra reprimido durante decenios; el aroma del jazmín, de los tilos o de la madreelva puede, por el contrario, evocar la magnificencia de un paisaje mediterráneo o la dulzura de una conmovedora experiencia amorosa vivida en la primera juventud.

Esas excelentes caricaturas que, con extrema parquedad de líneas, nos transmiten una figura compleja, son también una prueba de esta concepción *pars pro toto* y una evocación de la realidad a través del hemisferio cerebral derecho. A la inversa, el servicio de reconocimiento policial debe luchar con la notoria dificultad de tener que describir en términos claros e inequívocos un rostro, sirviéndose del lenguaje analítico-verbal del hemisferio cerebral izquierdo [36, pág. 574]⁴.

Tiene, en fin, especial importancia el hecho de que, según todas las probabilidades, al hemisferio cerebral derecho le incumbe la construcción — decisiva para nuestra concepción de la realidad — de los conjuntos (clases) lógicos y de las formaciones conceptuales que de aquí se derivan. Esto equivale a decir que cuando usamos conceptos tales como «triángulo», «mesa», etc., nos estamos refiriendo a abstracciones que, *en cuanto tales*, no existen sino que son, por así decirlo, la quintaesencia (justamente el *conjunto* lógico) de todos los posibles triángulos⁵, mesas, etc., tanto existentes como imaginables. Sin esta capacidad, sería totalmente imposible

la percepción directa de los conjuntos. Los pastores primitivos, por ejemplo, que sólo tienen los numerales *uno*, *dos* y *varios*, advierten de inmediato si les falta algún animal y cuál es, incluso en el caso de que el rebaño sea muy numeroso.

El hemisferio cerebral derecho cuenta con capacidades cognitivas inhabitualmente elevadas y supera, por consiguiente, al izquierdo en la concepción de las dimensiones espaciales (es decir, en la sensibilidad para los espacios concretos); posee también una *imagen del mundo* más o menos cerrada, una circunstancia a la que nos dedicaremos con mayor detalle cuando analicemos las implicaciones terapéuticas de estos resultados de la investigación. Domina aquí básicamente la imagen, la analogía y, por ello, también la evocación de imágenes extraídas del recuerdo y de sus correspondientes sensaciones. Hace ya muchos años que Jaspers pudo afirmar:

lenguaje del hemisferio derecho es arcaico y poco desarrollado. En la literatura especializada se le designa a veces como hemisferio cerebral mudo o no dominante. Le faltan las proposiciones y prácticamente todos los demás elementos (del hemisferio izquierdo) de la gramática, la sintaxis y la semántica. Sus conceptos son ambivalentes (recuérdese *El doble sentido antitético de las palabras originarias*, de Freud), muestra tendencia a las conclusiones falsas basadas en meras asociaciones de sonido, a la mezcla y confusión entre lo concreto y lo metafórico y cosas semejantes, a las condensaciones, las formaciones de palabras híbridas, las ambigüedades, juegos de palabras, retruécanos; resumidamente, formaciones lingüísticas que la psicopatía, incluye casi siempre en el renglón de manifestaciones de esquizofrenia. En los tests Rorschach este hemisferio proporciona probablemente las interpretaciones de totalidad.

A su lenguaje arcaico corresponde una aritmética primitiva, cuyo límite superior se sitúa en la zona de las sumas de dos cifras, es decir, por debajo del veinte [98, pág. 731]; pero, por otra parte, dispone de una capacidad extremadamente exacta para la percepción directa de los conjuntos. Los pastores primitivos, por ejemplo, que sólo tienen los numerales *uno*, *dos* y *varios*, advierten de inmediato si les falta algún animal y cuál es, incluso en el caso de que el rebaño sea muy numeroso.

firiendo a abstracciones que, *en cuanto tales*, no son, por así decirlo, la quintaesencia (justamente el *conjunto* lógico) de todos los posibles triángulos⁵, mesas, etc., tanto existentes como imaginables. Sin esta capacidad, sería totalmente imposible agrupar en conjuntos lógicos y ordenar en concepciones cópica pluralidad y diversidad del mundo, sería imposible la existencia, tanto humana como animal.

En la terminología psicoanalítica las funciones del hemisferio cerebral derecho coinciden en amplia medida con las de los procesos primarios. Sus asociaciones son no lineales y permiten condensar bajo una luz nueva las asociaciones libéramente. Freud lo había postulado para el «ello», el hemisferio cerebral derecho es, para bien y para mal, «atemporal». Sus contenidos parecen ser mucho más resistentes al tiempo, mientras que la concepción de los lapsos temporales y, por ende, la orientación en el tiempo, le resulta mucho más difícil que al

naturaleza, en acciones y realizaciones. Todas las concepciones primitivas del mundo se construyen sobre este camino, al que se refiere posteriormente el lenguaje en palabras.

Sin embargo, para Jaspers este modo de pensar es sólo una transición hacia el lenguaje en palabras:

El pensamiento sin lenguaje parece darse *como germen y como transición*. Tal vez lo decisivo del conocimiento — el salto a lo nuevo, el punto de arranque, el comprender originario y anticipador — se realice en el pensamiento sin lenguaje [57, pág. 415].

Hay que mencionar finalmente una competencia casi exclusiva del hemisferio cerebral derecho que, atendidas las capacidades ya varias veces mencionadas de este hemisferio para la comprensión y formación de la totalidad, no debería resultar sorprendente, a saber la relativa a la música [14, pág. 142-145]. ¿Cómo concebimos las estructuras musicales, cómo retenemos temas sinfónicos extensos, y, sobre todo, cómo se explica intensidad, profundidad y claridad de sentimientos de las imágenes del pasado que suscitan de forma poco menos que física unas determinadas melodías? En la China de los emperadores, con su insistencia en un orden reglamentado hasta en sus mínimos pormenores, la música era asunto del Estado que, por tanto, se sustraía a los individuos concretos. También Platón atribuye a la música algunas cualidades peligrosas para el Estado:

Porque en ningún Estado se pueden violar las formas artísticas de la música sin conmocionar los órdenes políticos fundamentales; esto dice Damón, el músico, y estoy convencido de ello [...]. Aquí deben, pues, alzar los centinelas su torre de vigía: en la música [77, libro 4, pág. 424].

Esta función evocadora *pars pro toto* de la música sólo es superada por las ya mencionadas sensaciones olfativas y también aquí sería vano esfuerzo intentar traducirlo al lenguaje digital del hemisferio cerebral izquierdo⁶. (Sólo con el *kitsch* de la música parecen ser las cosas diferentes. Se dan aquí esas llamadas melodías que evocan fatalmente el amor-dolor, emoción-corazón y otras lindezas semejantes).

Los experimentos demuestran que la música es asumida y elaborada casi exclusivamente por el hemisferio cerebral derecho, cuando se trata de experiencias musicales por así decirlo inmediatas. En las personas musicalmente cultivadas, por el contrario, que además del «simple» escuchar, prestan atención a los detalles, como la tonalidad, la armonía, la orquestación, etc., tiene también una amplia participación el hemisferio cerebral izquierdo [13,46].

De lo dicho se desprende fácilmente que las lesiones del hemisferio derecho producen perturbaciones en las concepciones de las imágenes y del espacio y en la percepción general de la figura. Los pacientes son incapaces, por ejemplo, de dibujar figuras geométricas o de reconocer los rostros (a veces incluso el suyo propio); queda muy disminuida y hasta desaparece del todo la capacidad de síntesis y de integración. Dimond [17, pág. 189] descubrió que estas lesiones perjudican también las secuencias del comportamiento que, como el vestirse, se han convertido en automáticas a lo largo de innumerables repeticiones y que — tal como sospecho — ya antes de la lesión habían sido almacenadas en el hemisferio derecho — como una especie de subprograma al que poder recurrir en cualquier momento.

COMPROBACIONES EXPERIMENTALES

La bibliografía sobre las investigaciones y experimentos en que se apoya nuestra anterior y sumamente resumida descripción de las peculiaridades de los hemisferios cerebrales izquierdo y derecho es hoy casi inabarcable, aunque por ahora, parece limitarse básicamente al ámbito lingüístico anglonorteamericano¹. Debemos, pues, mencionar a continuación algunas de las investigaciones que tienen relación inmediata con mi tema y aducir pruebas algo más concretas respecto de lo afirmado en el capítulo anterior.

Como ya se ha dicho, los pacientes pueden dar la impresión superficial de normalidad incluso cuando presentan graves lesiones en un hemisferio cerebral o cuando han sufrido la separación del *corpus callosum*. Las manifestaciones de deficiencias sólo se hacen patentes tras cuidadosos análisis, pero entonces los resultados pueden ser muy instructivos. Geschwind mostró, por ejemplo, que los pacientes con extensas lesiones del hemisferio izquierdo (sobre todo de la corteza óptica del lado izquierdo) no pueden leer palabras y números arábigos, pero pueden comprender en cambio, las cifras romanas. Esto podría acaso deberse al hecho de que estas últimas son, al menos en parte, análogas, mientras que entre las cifras (digitales) arábigas y los conceptos numéricos expresados en ellas no existe ninguna relación sensible. «Es importante», escribe Geschwind, «tener en cuenta que dos funciones al parecer totalmente iguales, como leer una palabra y leer una cifra, son desempeñadas por el sistema nervioso de forma radicalmente diferente» [41, pág. 107].

Geschwind [41, pág. 105] comprobó que un paciente a quien se le había practicado la separación de trabécula (comisurotomía), podía decir correctamente el nombre de un objeto (por ejemplo cuchara, tijeras, clip) cuando — sin que él pudiera verlo — se le daba a palpar dicho objeto con la mano derecha (correspondiente al hemisferio izquierdo), mientras que cometía equivocaciones si sólo podía tocarlo con la mano izquierda (relacionada principalmente con el hemisferio derecho). Se observó también que, a pesar de equivocarse en el *nombre* del objeto, lo conocía bien, primero porque lo manejaba correctamente, segundo porque, cuando así se le pedía, podía elegirlo con acierto entre un conjunto de objetos diversos, bien mediante el tacto con la mano izquierda o bien mediante la vista y, tercero porque podía incluso dibujarlo con la mano izquierda. Era incapaz, en cambio, de separar un objeto de entre otros varios palpándolo con la mano derecha o de dibujarlo con esta mano si sólo lo había tenido en la mano izquierda pero no lo había visto. En mi opinión, ya este solo experimento permite extraer conclusiones sumamente interesantes sobre la posibilidad de llegar hasta los correspondientes hemisferios y en consecuencia sobre el lenguaje (en el amplio sentido de la palabra) que debe emplearse en cada caso.

El investigador Galin, que trabaja en el Langley-Porter Neuropsychiatric Institute de la Universidad de California, en San Francisco, se refiere en un detallado artículo, enriquecido de amplia bibliografía, dedicado a la significación fundamental de las especializaciones hemisféricas para la psiquiatría, a un filme tomado por su colega Sperry, del California Institute of Technology de Pasadena. Puede verse en él cómo un paciente, al que se le ha practicado la comisurotomía, puede ejecutar con rapidez y seguridad, sirviéndose de su mano izquierda (es decir, la correspondiente al hemisferio derecho), la operación de ir colocando, tomándolos de un montón, cubos de madera de diversos colores, para reproducir una muestra dada. El director de la prueba mezcla de nuevo los cubos y vuelve a pedir al paciente que reproduzca la muestra, pero esta vez con la mano derecha. El paciente trabaja despacio y con signos de visible cansancio. En un pasaje del filme se ve cómo, en el intento de componer una esquina del

mosaico, vuelve a mezclar los cubos, aunque ya estaban bien colocados, y a continuación interviene súbitamente la mano izquierda corrigiendo y colocando de nuevo los cubos en el orden debido, y acto seguido la mano del director de la prueba saca la izquierda del paciente del campo de visión de la cámara de filmación [36, pág. 574]. Esta prueba deja fuera de toda duda el hecho de que las dos manos del paciente son dirigidas, por así decirlo, por dos cerebros distintos, uno de los cuales (el hemisferio derecho, con la mano izquierda por él invadida) domina con facilidad la concepción y reproducción de un conjunto, mientras que la mano derecha fracasa en el empeño.

Al igual que la capacidad manual condicionada por los hemisferios, se da también en cierto modo una «capacidad óptica», es decir, las señales de las mitades derecha e izquierda de nuestra retina van a los hemisferios contralaterales (opuestos) de nuestro cerebro. En otra parte del citado filme de Sperry se somete a comprobación con un taquiscopio a una paciente que ha sufrido comisurotomía. En una serie de figuras geométricas neutras — informa Galin — que se han presentado indiscriminadamente a la mitad derecha o izquierda de la retina, hay la toma de una persona desnuda que proyecta sólo la mitad izquierda del campo de visión, de tal suerte que sólo es perceptible para el hemisferio derecho. La paciente enrojece y reprime la risa. Sperry pregunta: «¿Qué ha visto usted?» Ella responde: «Nada, sólo un brillo de luz», sonríe de nuevo y se lleva una mano a la boca. «Entonces, ¿por qué se ríe», pregunta Sperry, y ella vuelve a reírse y dice: «Oh, doctor Sperry, ¿es que tiene usted un aparato...!» El incidente, acentúa Galin, es sumamente significativo. Quien ignore la situación neuroquirúrgica de la paciente podría ver en su comportamiento un ejemplo de censura de percepción y suponer que la mujer «reprimía» una percepción sexual que le resultaba inaceptable. E incluso su observación final (un *non sequitur* socialmente aceptable) pasaría muy bien como hipótesis de una represión clásica [36, pág. 573].

Lo mismo puede afirmarse, *mutatis mutandis*, respecto del oído. Al igual que Gordon [46], también Kimura [62] descubrió que nuestros oídos anuncian primariamente sus percepciones a los he-

misferios contralaterales. Y exactamente lo mismo ocurre con el olfato. Sperry nos informa sobre pacientes a los que se había practicado la comisurotomía:

Cuando las sensaciones olfativas son conducidas a través de la fosa nasal izquierda al hemisferio no dominante, la persona sujeta a prueba no las puede nombrar, aunque muchas veces puede decir si estos olores son agradables o desagradables. Puede incluso soplar y reaccionar ante un olor particularmente desagradable con manifestaciones de malhumor o con exclamaciones como «¡puf!», pero no puede precisar si es olor a ajos, a queso o a podrido. Parece, pues, una vez más, que el componente afectivo llega al correspondiente hemisferio, pero no llega la información más específica [98, pág. 732]².

Como era de esperar, la dificultad (o el impedimento) de la integración de los dos hemisferios causada por la separación del *corpus callosum* produce fenómenos de interferencia y conflictos. Sobre esto, una vez más Sperry:

El hemisferio no dominante desencadena con frecuencia, en el curso de la prueba, reacciones de aversión, que se manifiestan mediante fruncimiento de cejas, convulsiones y meneos de cabeza en aquellas situaciones de test en las que el hemisferio no dominante, que sabe la respuesta correcta, pero que no puede hablar, se ve obligado a escuchar una falsa respuesta del hemisferio dominante. Entonces el hemisferio no dominante parece expresar realmente irritación frente a las falsas respuestas de su mejor mitad [98, pág. 732].

Sobre este mismo tema menciona Gazzaniga [38, pág. 142] una comunicación personal de su colega inglés MacKay, según la cual en los casos normales el hemisferio cerebral derecho vigila y en caso necesario corrige en cierto modo, como mudo monitor, las manifestaciones y decisiones del izquierdo.

Estos y otros hechos semejantes pueden apoyarse además en un gran número de otras observaciones y resultados de la investigación de muy diverso tipo. Pero creo que puede sintetizarse el material hasta aquí presentado de la siguiente manera:

Las consecuencias que se siguen de la comisurotomía demuestran que nosotros (y, por lo demás, también otros primates) poseemos dos cerebros que pueden funcionar con mutua independen-

cia. Esta diferenciación de las funciones cerebrales implica no sólo que las dos mitades no responden de la misma manera a unos mismos incentivos del medio ambiente, sino que, además, cada una de ellas sólo reacciona a aquellos estímulos que caen bajo su competencia. De donde se sigue que todo intento por influir en uno de los dos hemisferios debe utilizar su «lenguaje» específico, para que la señal o respectivamente la comunicación alcance su objetivo.

Podría replicarse a todo lo expuesto que estos hechos, por muy interesantes que puedan ser, se refieren, sin excepción, al comportamiento de pacientes gravemente dañados, en los que la coordinación normal entre los dos hemisferios ha sido perturbada o incluso en muy buena parte anulada en virtud de las heridas o de las intervenciones quirúrgicas. Pero, como ocurre de ordinario en la exploración cerebral, también aquí el estudio de los casos o manifestaciones excepcionales permite extraer conclusiones importantes sobre el funcionamiento normal.

¿Qué relación mantienen entre sí los dos hemisferios cerebrales en los casos normales, es decir, cuando pueden comunicarse entre sí?

No es difícil imaginarse el caso ideal. En él se basa la antes mencionada cita de Gauss: «Ya tenía la solución, ahora sólo tenía que descubrir los caminos por los que llegué hasta ella.» El hemisferio derecho había alcanzado ya, de inmediato y holísticamente, el resultado. Le tocaba ahora el turno al hemisferio izquierdo, altamente especializado en métodos analíticos, de elaborarlo paso a paso³. Podemos, pues, sospechar que en los casos normales los dos hemisferios pueden conseguir un alto grado de integración y complementaridad no a pesar sino precisamente a causa de sus distintas especializaciones. Podemos además suponer que probablemente cada hemisferio toma, por así decirlo, la dirección en aquellos casos en los que, en virtud de su especialización, es más competente que el otro para dominar una situación concreta. Hasta aquí el caso ideal.

En su resumen, aduce Galin [36, pág. 575] dos nuevos modelos de interacción hemisférica que contienen, con todo, el germen

de conflictos entre los dos hemisferios (también en casos de cerebros no dañados):

1. Para uno de los modelos utiliza Galin el concepto de «solución por velocidad»: el hemisferio que alcanza más rápidamente la solución del problema, domina la eferencia y determina por tanto el comportamiento solucionador del problema.

2. Es posible influir, mediante reforzamientos, sobre el hemisferio dominante de los monos ya que, al estar mucho menos acusadamente marcado que en el hombre, es mucho más flexible. En este sentido, informa Gazzaniga [39] que el hemisferio que obtiene más éxito en la consecución de recompensas se hace cada vez más dominante. Como quiera que también en los hombres los hemisferios están, durante la primera infancia, todavía muy indeferenciados⁴, puede admitirse que son posibles, en la interacción entre los padres y el niño pequeño, los reforzamientos que llevan a una dominancia definitiva. Me atrevería incluso a añadir que de este modo, y bajo la forma de profecía que se cumple a sí misma, se tiende a convertir en realidad el ya mencionado mito de que entre los mellizos univitelinos el uno es intelectual y el otro artista. Galin propone para este modelo de interacción la denominación «solución por motivación», con lo que intenta decir que toma la iniciativa y determina el comportamiento el hemisferio para el que resulta más importante alcanzar el resultado correspondiente.

Ahora bien, si es correcto afirmar que en la integración normal entra en acción aquel hemisferio que, gracias a su especialización, es más competente para dominar una situación determinada, esto equivale a decir que vivimos la caleidoscópica variedad y multiplicidad del mundo de dos formas completamente distintas y que estas dos formas vivenciales no sólo no son intercambiables sino que ni siquiera resulta posible traducir la modalidad de la una a la de la otra. Galin expone muy claramente esta dificultad cuando afirma que apenas si es posible describir con palabras la vivencia de un concierto sinfónico, del mismo modo que resulta muy difícil expresar mediante imágenes la frase «la democracia exige participación informada» [36, pág. 576].

Como antes hemos indicado, se halla aquí el germen del con-

flicto y de la patología⁵. Todo tiende, efectivamente, a indicar que la conexión *interhemisférica* a través de la trabécula es débil comparada con la conexión *intrahemisférica*, y que en unas concretas y determinadas situaciones conflictivas los dos hemisferios quedan separados — por así decirlo — desde el punto de vista funcional y pueden entrar en mutua colisión, una tesis que ya hace casi cien años defendió Pierre Janet en su teoría de la disociación y que recientemente ha vuelto a poner en circulación Hoppe bajo el nombre de *comisurotomía funcional*, apoyándola en las pruebas pertinentes, sobre todo en el ámbito de los síndromes psicósomáticos [53]⁶.

Entre las situaciones que entran aquí en consideración, acaso las más importantes sean aquellas en las que las comunicaciones contradictorias provocan la comisurotomía funcional, creando así conflictos de todo tipo, como los que fueron investigados por vez primera por el grupo Bateson de Palo Alto. Aduciremos aquí un ejemplo tomado de su informe fundamental «Hacia una teoría de la esquizofrenia»:

Un joven, que se había recuperado bastante bien de una recaída esquizofrénica aguda, recibió en el hospital la visita de su madre. Se alegró mucho al verla y le echó impulsivamente el brazo en torno a sus espaldas, ante lo que ella se puso rígida. Entonces retiró el brazo y ella preguntó: «¿Es que ya no me quieres?» Él enrojeció y la madre añadió: «Querido, no debes ser tan tímido ni tener miedo de tus propios sentimientos.» El paciente no pudo conversar con su madre más allá de un par de minutos y cuando ella se fue, atacó a un asistente [8, pág. 29].

En este caso se advierte una clamorosa contradicción entre la comunicación verbal y la averbal de la madre. Y como estas dos modalidades de comunicación habían sido captadas separadamente por los dos hemisferios cerebrales de su hijo — las palabras de la madre por el hemisferio izquierdo, mientras que su lenguaje corporal (análogo) por el derecho — y de ambos se desprendían cuadros totalmente inconciliables del aspecto de realidad *madre*, sólo quedan dos posibilidades:

1. Uno de los dos hemisferios entorpece al otro y se apodera por tanto de la eferencia y de la motricidad, lo que lleva a la re-

presión de la percepción contralateral contradictoria. El precio que debe pagarse por esta solución es una falsificación masiva de la realidad. En el caso de que en esta situación sea el hemisferio derecho el que aventaja al izquierdo, cabe esperar que las reacciones de la persona afectada —su comportamiento, su lenguaje y el pensamiento en que ambos se apoyan— estén dominados por el hemisferio derecho y, por ende, sean arcaicos, metafóricos, impulsivos, ilógicos, en una palabra: *psicóticos*. Si es, por el contrario, el hemisferio izquierdo el triunfador en el conflicto, puede condicionar un comportamiento inhibido, eventualmente obsesivo y, en todo caso, pobre en sentimientos, «cerebral».

2. La contradicción no queda encubierta mediante la solución de urgencia de una comisurotomía funcional; en su lucha por la eferencia, es decir, por el acceso a la motricidad, los dos hemisferios se paralizan mutuamente y la disociación, probablemente insoportable a nivel subjetivo, descarga al fin (al menos en el ejemplo arriba mencionado) bajo la forma de pánico de una violenta reacción.

La teoría de los hemisferios, esbozada en el marco de este libro (y de mi competencia) sólo en sus grandes líneas genéricas, nos proporciona, a cuanto entiendo, el instrumental en orden a una comprensión de los procesos anímicos fundamentales, que supera lo que permitían las teorías precedentes.

Presenta, ante todo, un importante enriquecimiento de nuestras ideas en torno a las repercusiones de la comunicación sobre el comportamiento. Eran muchos los investigadores y clínicos que, aunque adoptaban una actitud totalmente positiva respecto de la pragmática de la comunicación, consideraban molesto el hecho de que esta pragmática no pasara, al parecer, «de la superficie», ya que concebía lo anímico como un especie de *caja negra*, cuyo funcionamiento íntimo no era conocido directamente, sino sólo a través del inevitable rodeo de la observación de sus llamadas relaciones *input-output* (esto es, la diferencia entre la señal recibida y la señal emitida, entre incentivo y reacción). Se consideraba también lamentable —si no ya totalmente inaceptable— el hecho de que la pragmática de la comunicación humana no sólo no podía conciliarse con las teorías en curso sobre el aparato

psíquico⁷, sino que bajo numerosos puntos de vista entraba en colisión y contradicción con ellas.

Pero ahora, la teoría de los hemisferios sugiere la hipótesis de que la separación conceptual entre procesos conscientes e inconscientes, así como todas las secuencias que de aquella distinción fundamental se le derivaban a la patología y la terapia, están necesitadas de urgente revisión, que poseemos más bien dos conciencias que, en el caso ideal, colaboran y se complementan en integración armónica en orden a la comprensión y adecuado dominio de la realidad, pero que, en los casos conflictivos, no pueden comunicarse entre sí, porque les falta un lenguaje común. Como ya se ha dicho, la teoría de los hemisferios es, fundamentalmente, una moderna comprobación de la teoría de la disociación que, ya en los últimos años del pasado siglo, había postulado Pierre Janet [56] en la Salpêtrière. Su hipótesis —que hoy tiene todos los visos de ser acertada— de una separación *vertical* de la conciencia en los casos de neurosis⁸, fue desplazada, como es sabido, por la topología *horizontal* de Freud⁹.

En el siguiente capítulo analizaremos la importancia de esta teoría para la terapia.

CONCEPCIONES DEL MUNDO

Pues lo que todo el mundo prevé con harta antelación acaba siempre sucediendo al fin: estupidez inextinguible, a la que desde ahora se llama destino.

De Max Frisch: *Cándido y los incendiarios.*

La psicoterapia se ocupa del cambio. Pero están muy divididas las opiniones de las escuelas sobre qué es lo que debe cambiar, y esta diversidad de opiniones tiene su fundamento en las teorías radicalmente contrapuestas sobre la auténtica esencia del hombre; en torno, pues, a una problemática filosófica, y hasta metafísica, y no psicopatológica. Es preciso hallar una respuesta utilizable para esta pregunta, antes de poder investigar las consecuencias que de lo anteriormente dicho se le derivan a la técnica de la terapia.

Yo propondría, para empezar, responder a la pregunta de la manera más práctica que sea posible: quien acude a nosotros en busca de ayuda, es porque, de alguna manera, sufre bajo el peso de su relación con el mundo. Con esto quiere decirse — y esta opinión se remonta hasta el primitivo budismo que, como es bien sabido, era eminentemente práctico — que sufre bajo el peso de su concepción o *imagen* del mundo, bajo la no resuelta contradicción entre lo que las cosas *son* y lo que, de acuerdo con su visión del mundo, *deberían ser*. En este punto, le quedan dos posibilidades: una intervención activa, que acomoda en mayor o menor grado el medio ambiental a su visión del mundo, o, donde esto no es posible, proceder a la inversa, es decir, acomodar su

visión del mundo a los datos inamovibles. La primera de estas dos soluciones puede muy bien ser objeto de consulta y asesoramiento, pero difícilmente de la terapia en sentido estricto; la segunda es, en cambio, el objetivo y la meta propia del cambio terapéutico.

También aquí existen planteamientos antiguos que tienen un aire muy moderno. En su *Tópicos* establece ya Aristóteles la distinción fundamental entre las conclusiones evidentes por sí mismas, es decir las que, por así decir, se derivan de la naturaleza misma de las cosas, y aquellas otras que se apoyan en opiniones generalmente admitidas, es decir, que son dialécticas en virtud de su propia esencia: «Es verdadero y originario todo aquello que tiene su fuerza de convicción no a través de otro, sino en virtud de sí mismo [...]. Es admitido, en cambio, lo que piensan todos, o la mayoría, o los sabios y, de estos últimos, o todos ellos o al menos la mayor parte y la más prestigiosa» [4, 100b]. Sobre esto observa también Kopperschmidt: «La "verdad" de las premisas dialécticas depende de la validez que se les otorgue, y ésta sólo puede obtenerse por consenso de aquellas a quienes se le comunican» ([65] pág. 127, el subrayado es mío).

Pero de este modo los fundamentos de la acción humana se sitúan fuera del ámbito de la objetivación científica, lo que Aristóteles fundamenta, en su *Ética a Nicómaco*, aludiendo a la inexplicabilidad de los motivos humanos, a la diferencia de los casos concretos, a las necesidades del instante, etc. Para todo esto introduce, en la citada *Ética a Nicómaco* [1139b], el expresivo concepto de la *posibilidad de ser diferente*.

¿Cómo actuar, pues, cuando la realidad que debe cambiarse no puede concebirse objetivamente y existe siempre la posibilidad de ser diferente? Según Aristóteles, el consejo ofrece aquí una posible salida: «Acudimos al consejo de otros en las decisiones importantes, cuando no confiamos en tener por nosotros solos el recto conocimiento. El consejo no se orienta a los fines, sino a los medios [...], a cómo y por qué medios se alcanza [el fin]» [2, 1112b]. El consejo, es, pues, una tentativa por buscar soluciones a los problemas. Y para esto es preciso conocer las premisas dialécticas (vide supra) de las que se deriva el problema. Quien más

se aproxima a nuestra temática es Viehweg [104], que habla del tópico como de un *procedimiento en busca de premisas*, es decir, de una búsqueda de la totalidad de los supuestos, presupuestos, esperanzas —justamente de la imagen del mundo tal como *debería ser*—, ya que es esta imagen la que hace surgir el problema.

Con la concepción del mundo, con la «situación que debería ser» del mundo, nos hallamos ante un caso concreto de aquel aforismo muchas veces citado e incomparablemente expresivo de Epicteto: «No son las cosas las que nos inquietan, sino las *opiniones* que tenemos de las cosas»; o en palabras de Hamlet: «En sí las cosas no son ni buenas ni malas; sólo el pensamiento las hace tales»¹. Según esto, habría una realidad, que es objetiva, porque existe fuera y con independencia de mí (la realidad del primer orden); y habría además otra realidad subjetiva, que es el resultado de mis «opiniones» y de mi pensamiento sobre la primera, es decir, de mi *concepción* de ella (la realidad del segundo orden)². Sobre esto, Jaspers: «El mundo es lo que es. No es el mundo, sino nuestro conocimiento, lo que puede ser verdadero o falso» [57, pág. 627]. Que el mundo es *de suyo* inaccesible a la comprensión humana es algo sobre lo que, lo más tarde desde Kant, no debería existir ya la menor duda. Cuando, pues, hablamos de la realidad y sufrimos por ella, se trata siempre de una construcción, cuyo origen y premisas sólo son conocidas —literalmente hablando— por el buen Dios; una construcción de la que hemos olvidado —si es que alguna vez lo hemos sabido— que nosotros somos los arquitectos y que ahora vivimos como algo «exterior», supuestamente independiente, como una realidad «verdadera» [109]³. O, para repetir las sólidas palabras del coro de la obra de Max Frisch *Cándido y los incendiarios*, citadas a la entrada de este capítulo: «Estupidez inextinguible, a la que desde ahora se llama destino.»

Una concepción del mundo representa, pues, la síntesis más universal y compleja de miríadas de vivencias, influidas por otras interpretaciones, convicciones y adscripciones de valor y sentido a los objetos de nuestra percepción —derivadas de aquellas vivencias—, de las que la persona interesada es capaz: es, en el sentido más directo e inmediato, el resultado de la comunicación,

tal como he intentado demostrar en otra parte [109]. No es *el mundo*, sino un mosaico de cuadros o imágenes particulares, que hoy pueden ordenarse de este modo, y mañana de otro; un esquema de esquemas; una interpretación de interpretaciones; el resultado de incesantes decisiones extraconscientes sobre lo que, en esta interpretación de interpretaciones, se puede y es *lícito* aceptar y sobre lo que se debe rechazar; de decisiones que se apoyan a su vez en las consecuencias de otras decisiones adoptadas con anterioridad⁴.

Ya Nietzsche sabía del poder vivificador o aniquilador de las concepciones del mundo, al comprobar que cuando alguien tiene un *por qué* en la vida, puede soportar casi todos los *cómos*. Un experimento, del que por desgracia sólo tengo referencia de oídas pero que es perfectamente creíble, demuestra que incluso los animales dependen, para vida y muerte, de sus concepciones del mundo. Según el citado experimento, si una rata cae al agua y, tras nadar de un lado para otro, «comprueba» que no existe ninguna salida, muere mucho antes de haberse agotado físicamente. Pero, si cuando se halla en estas circunstancias, se la saca del agua, esta salvación provoca en ella una «concepción del mundo» completamente diferente: al repetirse el experimento y volver a caer en el agua, en vez de reconocer que no tiene salida, en vez de resignarse y morir, nada sin cesar, hasta agotarse por completo. Si, en vez de una rata, se tratara de un hombre, no tendría nada de absurdo la hipótesis de que su fe en un poder salvador superior le capacitaría para este mismo comportamiento. Dentro de esta misma temática, merece la pena mencionar que en la oncología (la ciencia del cáncer) se va imponiendo cada vez más la opinión de que los enfermos cancerosos que se defienden, con una actitud al parecer «inmadura», contra la enfermedad, la odian y se revuelven encarnizadamente contra la idea de morir, tienen unas expectativas de curación mucho mayores que aquellos que — al parecer con más madura serenidad — se preparan para la muerte (véase además lo que decimos en la pág. 59).

Indudablemente, pueden saludarse con escepticismo todas estas reflexiones, sobre todo si se las tacha — a la manera típica del hemisferio izquierdo — de imprecisas y pseudofilosóficas. Pero ya

el mismo Schrödinger afirmó claramente que no hay aquí superficialidades acientíficas, sino una profunda problemática, genuinamente científica. «Cualquier concepción del mundo es y sigue siendo una construcción mental; de ninguna otra manera puede demostrarse su existencia» [90, pág. 44]. Las concepciones del mundo se sustraen a todo tipo de objetivación científica ortodoxa, porque deben contener inevitablemente dentro de sí a su propio sujeto (observador o descriptor) y, en consecuencia, llevan a los problemas, bien conocidos de la lógica, de la referencia refleja paradójica a sí mismo. «Todo lo que es verdadero se halla inserto en la escisión entre subjetividad y objetividad», postula Jaspers. Y lo explica:

Existe en nosotros, cuando nos consagramos a la investigación científica, la constante tendencia a considerar al mundo como si yo, el cognoscente, no estuviera para nada en él y dentro de él. Desearíamos conocer el mundo excluyendo el hecho de que somos nosotros los que le conocemos [57, pág. 628].

Y antes afirma:

Mediante el conocimiento, el mundo se identifica en cierto modo con unas determinadas concepciones del mundo. Sobre todo las modernas concepciones del mundo de las ciencias exactas tienden a sugerir una y otra vez que en lo así conocido se ve el mundo en su totalidad y en su auténtica realidad [...]. Pero justamente la ciencia crítica hace que se desmoronen todas las concepciones del mundo» [57, pág. 91]⁵.

Un mundo totalmente libre de subjetividad, es decir, un mundo en el que, siguiendo la exigencia científica de objetividad absoluta, fuera desterrado todo lo subjetivo ya no sería — caso que semejante objetivación pueda ni tan siquiera alcanzarse — un mundo perceptible, y, en consecuencia, quedaría situado fuera del campo de toda investigación. Von Foerster alude a esta situación paradójica, cuando insiste:

... toda descripción del mundo presupone a alguien que lo describa (lo observe). Lo que necesitamos es, pues, una descripción del «descriptor», o, en otras palabras, necesitamos una teoría del observador [31, pág. 1].

Y también sobre este mismo punto afirmaba Schrödinger:

La razón de por qué no podemos llegar en ningún momento de nuestra visión científica del mundo a nuestro yo sensible, percipiente y pensante, puede expresarse fácilmente en ocho palabras: *porque él mismo es esta concepción del mundo*. Se identifica con el todo y, por tanto, no puede estar contenido en él como parte ([90], pág. 52, el subrayado es mío)⁶.

Con esto, hemos llegado al punto en el que pueden ya darse la mano los dos temas capitales desarrollados hasta ahora, es decir, los resultados de la investigación de los hemisferios cerebrales y el concepto de visión o imagen del mundo. *La traducción de la realidad percibida a una figura, de esta condensación de la vivencia del mundo a una imagen, es, sin duda, función del hemisferio derecho*. Al izquierdo le competiría la función de racionalización de la imagen, la división del todo (del *pleroma* de la filosofía griega) en sujeto y objeto, la «objetivación» de la realidad, así como la deducción de las consecuencias al parecer (y totalmente en el sentido de *Cándido*) inevitables, que luego tienden a cumplir y autoconfirmar esta concepción con recursos prácticamente infinitos, hasta tal extremo que cualquiera cosa que se oponga a ella no sólo no sirve para corregirla, sino que lleva a su ulterior alambicamiento⁷.

Para modificar esta realidad, aparentemente inmodificable, hay que saber, ante todo, *qué* es lo que se debe cambiar (es decir hay que llegar a comprender la concepción del mundo de la persona interesada) y, en segundo lugar, averiguar *cómo* puede conseguirse este cambio desde una mera perspectiva técnica. Obsérvese la ausencia de la pregunta *¿por qué?*, es decir, del planteamiento causal, pesquisidor y descubridor, brevemente, del planteamiento propio de la psicología profunda. De estos dos presupuestos se derivan conclusiones finales de decisiva importancia, tanto para el *lenguaje* como para la *técnica* de la psicoterapia.

Por lo que se refiere al *lenguaje*, debería estar claro, llegados a este punto, que nosotros lo conocemos ya, lo mismo que nuestro Monsieur Jourdain conocía la prosa. Es el lenguaje del hemisferio derecho. En él se expresa la concepción del mundo y es, por tanto, también la llave del «ser en el mundo» y del «sufrir por el mundo» de una persona.

*Pero con esto se pone al descubierto la improcedencia de un procedimiento que consiste en esencia en querer traducir consecuentemente el lenguaje analógico al lenguaje digital de la explicación, la fundamentación, el análisis, la interpretación, la confrontación, etc.*⁸, con lo que no se hace otra cosa sino repetir los errores a causa de los cuales tiene el paciente que acudir a la terapia, en vez de proceder al revés, es decir, aprender el lenguaje del hemisferio cerebral derecho del paciente y avanzar por la calzada real del cambio terapéutico.

Por lo que hace a la *técnica*, se abren tres posibilidades que, en la práctica, pueden presentarse mezcladas en grados diversos:

1. la utilización de las formas lingüísticas propias del hemisferio cerebral derecho;
2. el bloqueo del hemisferio cerebral izquierdo;
3. normas de comportamiento, con metas bien definidas.

Estas tres posibilidades son, a mi entender, de tal importancia, que dedicaré a cada una de ellas un capítulo en las páginas siguientes.

FORMAS LINGÜÍSTICAS DEL HEMISFERIO CEREBRAL DERECHO

Los hechos tienen su propio acento distinto en cada lenguaje.

Wieslaw Brudzinski

Nos adentramos ahora en las consideraciones puramente prácticas. Como se dijo en el prólogo, este libro pretende ser una especie de empalme entre una gramática y un manual lingüístico; resulta, por tanto, imposible, dar un catálogo de unas determinadas intervenciones habladas al que acudir en determinadas situaciones terapéuticas. La esencia de una gramática consiste en que intenta no dar todas las combinaciones de palabras (frases) que son posibles en una lengua, sino más bien indicar las reglas cuyo conocimiento y aplicación permiten la libre construcción de cualquier frase (correcta). Atendido que el mejor modo de enseñar estas reglas es mediante los ejemplos, y dado que a través de estos ejemplos es como debe explicarse la «gramática» del hemisferio cerebral derecho, me parece que lo más ventajoso será no reducir en demasía el ámbito de las ejemplificaciones. Repitémoslo una vez más: se trata de entender las *reglas*; su *aplicación* es asunto que debe confiarse a la capacidad, la inventiva y la presencia de espíritu del terapeuta.

Para el desarrollo de esta exposición, una buena parte del material lo tomaré en préstamo del ámbito de la hipnosis (sobre todo de la genial capacidad de Milton H. Erickson), esto es, de aquellas intervenciones *par excellence* en el hemisferio cerebral derecho, basadas en la facultad de este último de utilizar formas

lingüísticas inhabituales; intervenciones que han sido desde siempre decisivas, aunque no han sido objeto de una investigación a fondo hasta una época muy reciente. Otros muchos ejemplos proceden del lenguaje usual y cotidiano, pero en razón de su estructura pueden incorporarse de inmediato al lenguaje de la terapia y, además, son preferibles a los ejemplos tomados de la praxis psicoterapéutica, en cuanto que no exigen largas explicaciones contextuales. La división de la materia en varias secciones pretende contribuir a una exposición en cierto modo sistemática.

Los subgángsteres de Occidente

La descripción que ha hecho Jean Giono del proceso contra el campesino francés Gaston Domenici muestra bien a las claras que con un bagaje de lenguaje digital reducido a su mínima expresión es posible hacer frente a las más comprometidas situaciones, incluso en nuestro mundo moderno. Domenici fue acusado de haber asesinado, el 5 de agosto de 1952, en las cercanías de su granja de Lurs, en la Alta Provenza, al sabio británico Sir Jack Drummond, a su mujer y a su hija. Respecto del lenguaje utilizado por el acusado, un patriarca de 72 años de edad, que sujetaba a su familia con puño de hierro, escribe Giono:

El acusado tenía un [vocabulario] que no pasaba de las treinta o las treinta y cinco palabras. (Las conté, frase por frase, a medida que las iba diciendo en el curso de las sesiones.) El presidente, el fiscal, el abogado defensor, etc., disponían de varios miles de palabras para expresar sus ideas [42, pág. 61-62] ¹.

El lenguaje de los sueños y de los hechos anómalos o actos fallidos, de las fábulas y de los mitos, de la hipnosis y la locura, y otras similares manifestaciones (el lenguaje que se presenta, pues, como la clave más obvia y natural para penetrar en aquellos ámbitos solo en los cuales puede acontecer el cambio terapéutico) lo conocemos siempre y desde siempre como extremadamente denso

(el lenguaje que se presenta, pues, como la clave más obvia y natural para penetrar en aquellos ámbitos solo en los cuales puede acontecer el cambio terapéutico) lo conocemos siempre y desde siempre como extremadamente denso

el sueño mismo se despacha en un solo párrafo, mientras que la interpretación ocupa varias páginas.

La enorme condensación y potenciación que se deriva de la utilización consciente de formas lingüísticas al parecer arcaicas y primitivas, pero al mismo tiempo creadoras de totalidad, reaparece una y otra vez en un tan inspirado y genial dominador del lenguaje como Karl Kraus. En un pasaje (en la revista «Die Fackel»), se refiere a los nazis como a los *subgángsteres de Occidente* (*die Untergangster des Abendlandes*). Tal vez mis lectores más jóvenes ignoren — y por eso lo mencionamos aquí — que la célebre obra de Spengler *Der Untergang des Abendlandes* (La decadencia de occidente) fue condenada por los ideólogos del nazismo como producto especialmente repudiable de la filosofía decadente ². Karl Kraus, que no se cansó de prevenir una y otra vez frente al peligro que para el mundo civilizado implicaba el nacionalsocialismo, dio una enorme densidad a la idea de decadencia (*Untergang*) al asociarla con gran habilidad al concepto de *gangster*, de tal modo que ahora el título del libro de Spengler y su significación para los contemporáneos adquiriría un sentido enteramente nuevo. Hacía caer, por así decirlo, a los nazis en su propia trampa y dada a entender, además, que eran inferiores hasta en el ámbito de lo absolutamente malo (subgángsteres, gángsteres de segunda fila). *Untergangster* en vez de *Untergang*: una simple adición de cuatro letras, pero ¡qué plenitud de sentido completamente diferente! Un cambio y una plenitud que «se siente» mucho más allá de cuanto pueda decir mi pobre, fatigosa, seca y cerebral explicación.

Merece la pena precaver contra este lenguaje cerebral; y no sólo en la terapia, aunque es aquí donde consigue su especial floración. Cuando este lenguaje hace acto de presencia, siempre hay algo que «no marcha». Pongamos un nuevo ejemplo: El escritor vienés Hans Weigel es autor de un divertido *Antiwörterbuch* (Antidiccionario) en el que, bajo el título *Die Leiden der jungen Wörter* (Las cuitas de las palabras jóvenes) analiza las modernas monstruosidades lingüísticas. Sólo quien nunca ha oído hablar de otras similares manifestaciones como la clave más obvia y ámbitos solo en los cuales puede acontecer el cambio terapéutico lo conocemos siempre y desde siempre como extremadamente

lo que sugiere de forma inmediata esta variante del título. Una crítica que apareció poco después de la publicación de la primera edición del *Antiwörterbuch*, nos muestra la acogida dispensada por ciertos círculos al *Antidiccionario*. La crítica concluye con la siguiente orgía del hemisferio cerebral izquierdo:

variante del título. Una publicación de la primera a la acogida dispensada a crítica concluye con la siguiente orgía del hemisferio cerebral izquierdo:

ón alternativa — estancadora rucción capitalistoides en el egradas de teoremas comu- 2].

plástica describe la «De- en la página 53, la total guaje de la imagen al e ya la presencia del fe- iré más adelante.

sación. No parece traído ilización, por así decirlo, rección opuesta, es decir, patriótica subsiguiente al uando el imperial y real ensas llanuras de Galicia, amaba en «Die Fackel»: la época de posguerra ncia, o de los trotones confianza, conseguía con e más lacerante de cuan- ones y agudos argumen- egos de palabras en las «Fackel»). Schneider [89, que calificaba al psico-

quiera sea brevemente,

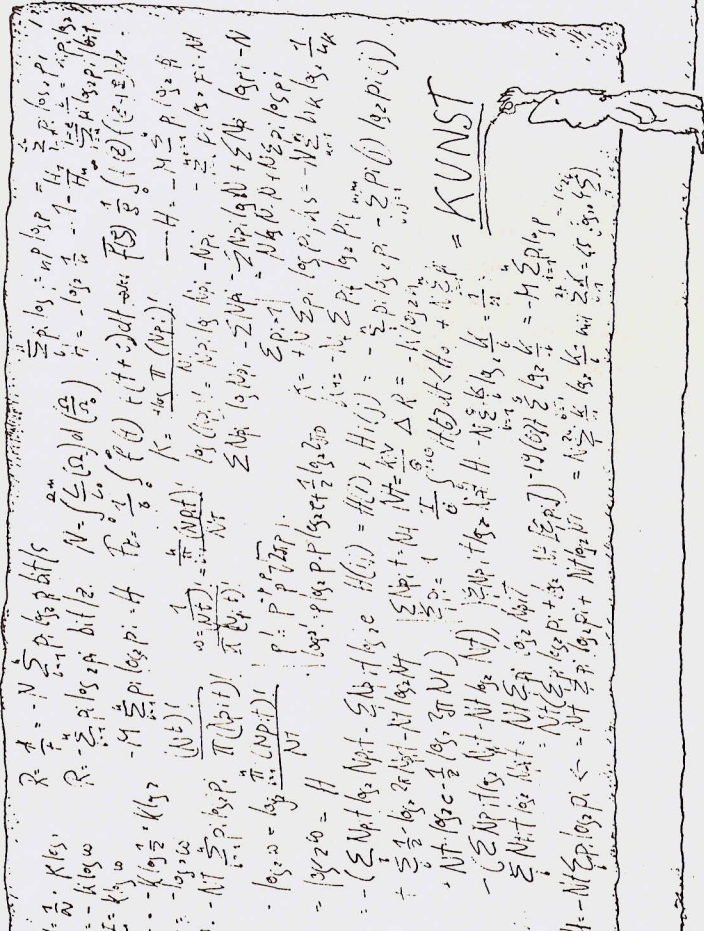


Figura 1: Definición, por Magi Wechsler

lo que sugiere de forma inmediata esta crítica que apareció poco después de la p edición del *Antiwörterbuch*, nos muestr por ciertos círculos al *Antidiccionario*. L siguiente orgía del hemisferio cerebral iz

En resumen: una contribución a la dinamizaci de la conciencia— de los mecanismos de des sentido de formaciones sintácticoformales rein icativos modificadores de la información» [1

De una manera todavía más directa y p finición» de Magi Wechsler, reproducida desesperanza de las traducciones del le lenguaje de la lógica³. En ella se percib nómeno de la caricatura, al que me refer

Pero volvamos al concepto de conden por los cabellos concebir su consciente ut como proceso primario que marcha en di de «fuera» «adentro». Si en la euforia estallido de la primera guerra mundial, c ejército amenazaba desangrarse en las inm Karl Kraus se mostraba «conforme» y cl «Sí, es una gloriosa guerra»⁴, o si en hablaba de los *potentados de la impote crucigamados*, o de los *hombres de des* estas expresiones una eficacia infinitament to puede alcanzarse con largas explicaci tos. (Wagenknecht [106] enumeró 30 ju 26 páginas del primer número de «Die pág. 242] alude al desconocido humorista análisis de *Genitalmud*⁵.

Debe mencionarse en este apartado,

errores alegres (*freudvoll*), terribles (*frightful*) o provechosos (*fruitful*).

Lo que en Joyce es forma artística, puede muy bien ser en los esquizofrénicos, con sus infinitos juegos de palabras, condensaciones y traslaciones de sentido, una defensa para impedir que se dé a sus palabras una significación determinada de la que se les haga responsables. El retruécano esquizofrénico permite, efectivamente, en caso de necesidad, poder afirmar que la significación que se le reprocha no responde al sentido que él pretendía. Y más aún: un paciente de rápidas respuestas (aunque convengamos en que no es un caso demasiado frecuente) puede incluso mostrar su asombro de cómo su interlocutor ha podido dar una interpretación tan disparatada a algo que él había expresado con tanta absoluta claridad.

En estas finas matizaciones y desviaciones radica la esencia de los *chistes* y agudezas, otra importante forma del lenguaje, cuya eficacia terapéutica está muy por encima de ciertas interpretaciones psiquiátricas mortalmente serias. Dice mucho en favor del poder y del espíritu de los chistes y golpes de ingenio el hecho de que los dictadores y los regímenes totalitarios — y últimamente también algunos políticos demasiado sensibles de las democracias — los temen como el diablo al agua bendita. Si se condensaba el sonoro título de Hitler de *Grösster Feldherrn Aller Zeiten* (Supremo Mariscal de Todos los Tiempos) en el acróstico *Gröfaz*, se caía bajo la ley de conspiración y se demostraba que la suma de dos cosas en sí tan inofensivas (los acrósticos, entonces ya tan en boga como hoy y el título militar honorífico de *Führer*) podrían convertirse en algo que era todo menos inofensivo⁶. Cuando Mauthe [72] nos califica a los austríacos de *Irrelevantiner des Westens*⁷, comprime en estas tres palabras mucho de cuanto puede expresarse con una larga explicación que, a fin de cuentas, resultará vacía.

Precisamente porque el golpe de ingenio, el chiste, se alza soberanamente por encima del sentido y de la lógica de una determinada concepción del mundo, sacude el orden de cualquier mundo y puede por ende convertirse en instrumento del cambio. Y también por eso es curioso que Freud, el autor del estudio tal

vez más clásico sobre este tema — *El chiste y su relación con lo inconsciente* —, lo considere sólo como «calle de dirección única», es decir, del inconsciente a la conciencia, y no haya sacado la conclusión obvia de que el lenguaje del chiste puede utilizarse también, *a la inversa*, como medio de comunicación con el inconsciente. Parece haberse hallado demasiado sujeto al influjo de su máxima, según la cual, donde hubo el «ello» debe estar el «yo». Aparte esto, su libro sobre el humor es un auténtico catálogo de formas humorísticas, que no sólo ofrece una lectura entretenida sino que presenta aspectos muy instructivos desde el punto de vista de la aplicación al lenguaje de la terapia. Lo mismo cabe decir de otras dos obras modernas pertenecientes al ámbito casi inabarcable de la literatura sobre este tema: *Der Göttlicher Funke* («La centella divina») de Koestler [64] y *Sweet Madness* de Fry [35].

Los chistes se sitúan, como ya se ha dicho, sin respeto alguno por encima de los órganos y las concepciones del mundo al parecer inamovibles⁸. Tal vez esto explique por qué las personas con sufrimientos psíquicos parecen estar ya medio curadas cuando consiguen reírse de sus propios problemas. «Reía para liberar a su espíritu de la presión de su espíritu», escribió una vez James Joyce. La risa parece ser la reacción más inmediata cuando, tras una larga noche en la que al parecer se nos cerraban todos los caminos, respiramos el aire puro de la libertad. El héroe de la novela de Hermann Hess *El lobo estepario* ríe al final de su odisea a través del teatro mágico, cuando ve que la realidad consiste únicamente en elegir una de innumerables puertas abiertas. Y no otra cosa parece hacer el discípulo zen en el momento de su iluminación: ríe.

Formas del lenguaje figurado

Los sueños son expresión del hemisferio cerebral derecho⁹. Sobre el lenguaje de los sueños y su traducción existe una bibliografía aún más amplia que sobre el humor. Pero también aquí sorprende que — con una importante excepción — hasta la época más re-

Los sueños son expresión del hemisferio cerebral derecho⁹. Sobre el lenguaje de los sueños y su traducción existe una bibliografía aún más amplia que sobre el humor. Pero también aquí sorprende que — con una importante excepción — hasta la época más re-

ciente la traducción ha discurrido en un solo sentido y la idea de una utilización consciente de este lenguaje, es decir, de una re-traducción con la finalidad de modificar una concepción del mundo, nunca fue considerada con la suficiente seriedad. La excepción a que aludimos es, naturalmente, la hipnoterapia, que se sirve, desde hace ya largo tiempo, de formas del lenguaje figurado; en esta técnica tiene una importancia decisiva para el éxito de las intervenciones terapéuticas el dominio de este lenguaje figurado¹⁰.

¿Cuántas veces «entendemos» los sueños? Y ¿qué puede «decirse» sobre obras fantásticas, por ejemplo los filmes de Buñuel *El discreto encanto de la burguesía* o *El fantasma de la libertad*, de los que tal vez acaso sólo «sabemos» que no son una tomadura de pelo, pues de alguna forma nos afectan curiosamente? Lo mismo cabe decir de ciertos géneros artísticos, como el realismo fantástico vienés. Por supuesto, es el denominador común de todo arte, pero aquí se trata de formas de expresión figuradas, que se alejan ampliamente de una comprensión lógica y razonable de su significación. Y no otra cosa sucede en la amena literatura. Veamos un ejemplo tomado de la novela *Der Makler* de Heinz Weder, un libro que ofrece un lenguaje ensoñador-evocativo de corte absolutamente clásico:

... Tres cuatro casas, una descolorida taberna, el vino es magnífico, la esencia del verano, días de bronce y negros ornamentos, barranco de salamandra, pregunto por algunos hombres, sonrisas [...] ladra un perro, nada el sol en el metálico azul de peñas fosfóreas, suenan las campanas, veo al cura, figura negra, figura negra de tinta china, figura negra de tinta china y negras carcajadas, corre por la calle, saludando fugitivamente, y helo de nuevo ahí, en su jardín... [111].

Aquí no se explica, se evoca; el lector se siente inmediatamente trasladado a la profunda hora del mediodía de un día de verano, lo siente, lo ve, lo huele y lo oye. A título de comparación, un párrafo de una inducción a trance de Erickson; la misma estructura lingüística, el mismo efecto:

... y aquel pisapapeles; el archivador; sus pies sobre la alfombra; la iluminación del cuarto; las cortinas; su mano sobre el brazo de la butaca;

el cambiante foco de sus ojos, cuando mira en su entorno; los curiosos títulos de los libros; la tensión de sus hombros; la sensación de la butaca; los molestos ruidos y pensamientos; el peso de las manos y de los pies, peso de los problemas, peso de la mesa; los informes de numerosos pacientes; el ir y venir de la vida; enfermedad, sentimientos del cuerpo y del alma; la paz de la distensión; la necesidad de aceptar sus necesidades; la necesidad de aceptar su tensión, mientras contempla la mesa, o el pisapapeles o el archivador; la sensación de bienestar de apartarse del mundo; cansancio y su origen; la inmutabilidad de la mesa; la monotonía del archivador; la necesidad de descanso; la sensación de bienestar al cerrar los ojos; la distensión del respirar profundo, el bienestar de experimentar algo pasivamente... [24].

Podría, desde luego, objetarse, que al lenguaje de Erickson no sólo le faltan las cualidades estéticas de la cita anterior, sino que se trata de enumeraciones bastante vacías. Pero tanto Weder como Erickson utilizan un lenguaje evocativo, sólo que en direcciones opuestas. Weder evoca de dentro afuera, al «despertar» por así decirlo las imágenes que existen en el mundo interior de su lector; Erickson hace lo contrario: utiliza lo que existe en el inmediato entorno exterior y lo asocia a las sensaciones y los contenidos del mundo interior, es decir, procede de afuera adentro. Lo hace así a base de observar atentamente la conducta de su paciente y avanzar con el máximo cuidado, manteniendo el paso de sus percepciones y sensaciones: girar los ojos alrededor del cuarto; la detención de la mirada en unos determinados objetos, unido a la mención de las cualidades llamativas de estos objetos («curiosos títulos de los libros», «el peso de la mesa»); las impresiones y sensaciones corpóreas (luz, el cambiante foco de los ojos, sensación del asiento, tocar el brazo de la butaca con la mano, la presión de los pies calzados sobre la mullida alfombra, etc.), cosas de las que puede suponerse con seguridad que el paciente o bien tiene conciencia en aquel momento o, si no, la adquiere mediante la simple mención. A todo esto se añade otro importante elemento, que no cae ciertamente bajo la rúbrica del lenguaje figurado, pero que a efectos prácticos debe citarse aquí: la técnica de mezclado (*interspersal technique*), cuya aplicabilidad en la terapia general (es decir, no hipnótica) está fuera de toda duda.

Como el lector ha podido comprobar, la recién mencionada inducción al trance no sólo contiene referencias al comportamiento del paciente y a sus sensaciones corpóreas, sino que incluye también toda una lista de asociaciones sutiles y sugestivas a zonas más profundas de la vivencia y a procesos mentales, así como a los pensamientos perturbadores (cuya presencia puede admitirse con total seguridad), a la tensión y distensión emocional, a lo real y al apartamiento de la realidad, a las historias clínicas de numerosos pacientes y a la obvia asociación de que han sido ya muchas las personas que han hallado ayuda en esta habitación. Y muchas otras cosas. En el monótono fluir de una enumeración al parecer vacía, cuya finalidad es, por un lado, y en razón de su palpable y notoria evidencia, incomprensible, mientras que por otro lado parece no tener ninguna importancia, se mezclan las sugerencias recién mencionadas, contenidas en el más simple de los lenguajes. O dicho de otra forma: imaginemos la página de un libro que no parece contener otra cosa sino una descripción larga, insípida, aburrida y hasta adormecedora, pero en la que algunas palabras están subrayadas¹¹. Si se leen estas palabras seguidas una tras otra, tal como van apareciendo, entonces dan un significado totalmente distinto del que ofrece la hoja del libro en el que están incluidas. La comprensión de este nuevo sentido, de esta figura totalmente diferente, la percepción del cuadro misterioso, podría ser una capacidad exclusiva del hemisferio cerebral derecho y la técnica de mezclado podría proporcionar el acceso a ella. (Erickson [27] presenta una descripción más minuciosa de esta técnica, con detallados ejemplos.)

Pero volvemos al tema del lenguaje figurado. El empleo de imágenes concretas fue corriente desde hace ya milenios entre los curanderos y los taumaturgos. Ya se ha indicado que la sugestión de imágenes es un importante constitutivo de la hipnoterapia (y, como es bien sabido, también del *training* autógeno). En vez de utilizar un lenguaje puramente intelectual y sugerir por ejemplo que un obeso comenzará ya en los próximos días a perder su insaciable apetito y adelgazar, es mucho más eficaz invitarle a que se forme una perfecta imagen de las adiposidades de su propio cuerpo. No tiene aquí la menor importancia que la imagen sea

médicamente correcta o no. Lo único que interesa es que se trata de *su* imagen. Se le hace luego formular una descripción de cómo se imagina el aspecto de las células adiposas, por ejemplo amarillento-blanquecinas, ovales, amontonándose en altas, gruesas capas, como panales de miel. El próximo paso consiste en imaginarse de la manera más exacta posible sus proteínas y sugerir, en fin, que éstas caen hambrientas sobre las células grasientas y comienzan a devorarlas desde dentro, de modo que se libera la energía acumulada en la grasa y se provoca una sensación de bienestar corpóreo y de renovada actividad.

Se está introduciendo en la actualidad, cada vez con mayor amplitud, este tipo de ejercicios imaginativos de concentración para el tratamiento del cáncer¹² y no sólo bajo la forma de sugerencias encaminadas a atenuar los *efectos secundarios* de la radioterapia y la quimioterapia¹³, sino también bajo la forma de sugerencias encaminadas a ejercer un influjo *inmediato* sobre el curso de la enfermedad. En este contexto, debe mencionarse el grupo de investigación del oncólogo norteamericano Simonton, que forma a sus pacientes para que utilicen imágenes visuales concentradas [95]. Se le recomienda al paciente que evoque aquella imagen de su enfermedad que le resulta personalmente más acertada y significativa y luego se va modificando poco a poco, mediante sugestión, esta imagen, encaminándola hacia la desaparición de las manifestaciones de la enfermedad, hacia la curación y la salud. Se solicita, por ejemplo, del enfermo, que se imagine con intensidad que sus glóbulos blancos son osos polares de poderosas garras, que andan vagando hambrientos por su cuerpo y caen, como fieras depredadoras, sobre toda célula cancerosa que pueden encontrar.

Erickson describe numerosas intervenciones de este tipo. Así por ejemplo, en el caso de frigidez se le impone a la interesada la obligación de imaginarse, hasta en sus menores detalles, cómo deshíela en su casa el frigorífico. Esta intervención puede llevarse a cabo tanto en el trance como en estado de vigilia. Insistiendo una y otra vez, lenta y monótonamente, en sus consejos, le menciona cómo hará ella este trabajo; si empezará por arriba, por abajo o por el centro; lo que sacará en primer término y lo que

sacará después: cuánto hielo se ha podido formar con el paso del tiempo, dónde será más gruesa la capa, qué cosas encontrará en el último rincón, ya olvidadas, y qué debería haber tirado hace mucho tiempo, cómo conseguir deshelar el frigorífico de la forma más eficaz; si pueden tal vez hacer acto de presencia recuerdos y pensamientos que no tienen nada que ver con este trabajo, cómo luego volverá a ponerlo todo de nuevo en orden, qué es lo que merece la pena conservar, etc. Básicamente, se evita aquí cualquier alusión inmediata al problema sexual. El terapeuta se limita a hablar, de una manera al parecer muy superficial, pero también muy circunstanciada, de esta trivial faena doméstica. No es preciso insistir en que la esencia de esta intervención es un sueño «invertido». Lo que Erickson dice, podría también referirse a su propio paciente como un sueño, en el que el material no aceptable evita la censura del hemisferio cerebral izquierdo mediante el rodeo de un lenguaje trasladado, basado en imágenes. La diferencia consiste, naturalmente, en que el sueño no pasa casi nunca de ser un reflejo *pasivo* de una situación conflictiva, mientras que, a través de la utilización del lenguaje de los sueños, es decir, esquivando el hemisferio cerebral izquierdo, Erickson interviene *activamente*¹⁴.

También la poesía se sirve del lenguaje figurado y, además, está emparentada con la música, mediante el ritmo de sus palabras. Tal vez aquí radique el curioso poder de la rima, de la que ya Schopenhauer decía que a través de ella «nos vemos seducidos a aceptar algo a lo que no concedemos validez en el lenguaje cotidiano»¹⁵. Piénsese, por ejemplo en cuán pobres serían, expresados en prosa, qué poco nos dirían y qué complicados resultarían además, los pensamientos que el poeta suizo Lothar Kempter nos ofrece en su poesía *Ins Ohr zu flüstern* (Susurrar al oído).

Las poesías era única y exclusivamente el lenguaje, ya que, tanto en su forma como en su contenido, se apartaban poco del bien conocido tipo de la lírica decadente y romántica, un género que el autor detestaba cuando componía sus obras en italiano. Estas últimas pertenecían, efectivamente, al estilo de la moderna poesía «hermética», no tenían rima y su contenido era bastante impersonal. Pero en las poesías expresaban por hallar una expresión digna de una fórmula y semiburlesca posibilidad

La impresión de que en el caso de E.J. se daban los estados de conciencia y los sentimientos pugna- dos tipos diferentes c

Déjate caer
y así en pie estarás.

Un caso sumamente interesante, estudiado por el lingüista italiano Bausani, proyecta luz adicional sobre el lenguaje de la poesía. Se refiere a un joven italiano, E.J., que ya de niño había ideado una lengua artificial, llamada *markuska*, que fue desarrollando y perfeccionando en años sucesivos. Lo mismo que en el caso de la muchacha islandesa mencionado en la nota 2, del cap. primero, también los hermanos y compañeros de juego de E.J. aprendieron algunos elementos de *markuska*.

«¿Cómo explicar estas curiosas manifestaciones de inventiva lingüística?» se pregunta Bausani, y continúa:

En nuestra opinión, se trata aquí de una explicitación a nivel consciente de procesos que se desarrollan también, y parecidamente, a nivel inconsciente, en los lenguajes de los perturbados mentales, los sonámbulos y los mediums, aunque debe insistirse en que el joven inventor de lenguaje de nuestro caso gozaba de perfecta salud psíquica, si bien estuvo dotado desde niño de una fuerte inclinación a aprender lenguas extranjeras. No dejan de ser interesantes los fenómenos psíquicos que acompañaban al origen y desarrollo de esta lengua «artificial», por ejemplo el sentimiento de ligereza o de plena libertad, una cierta alegre serenidad de ánimo y, a veces, también excitación sexual. No raras veces nuestro joven amigo se refugiaba en su lengua *markuska* para componer poesías [10, pág. 28].

Respecto de estas poesías de E.J., hace Bausani la siguiente comprobación, importante para la temática de mis explicaciones:

Lo «llamativo» en estas poesías era única y exclusivamente el lenguaje, ya que, tanto en su forma como en su contenido, se apartaban poco del bien conocido tipo de la lírica decadente y romántica, un género que el autor detestaba cuando componía sus obras en italiano. Estas últimas pertenecían, efectivamente, al estilo de la moderna poesía «hermética», no tenían rima y su contenido era bastante impersonal. Pero en las poesías expresaban por hallar una expresión digna de una fórmula y semiburlesca posibilidad

sados en prosa, qué poco nos dirían y qué complicados resultarían además, los pensamientos que el poeta suizo Lothar Kempter nos ofrece en su poesía *Ins Ohr zu flüstern* (Susurrar al oído).

Cierra los ojos
y entonces verás.
Rompe tus muros
y construirás.
Aprende a pararte
y caminarás

uno de los dos hemisferios cerebrales; el izquierdo utilizaba el lenguaje oficial de la razón, mientras que el derecho creaba sus propias expresiones, a pesar de la resistencia de su mejor mitad, por el rodeo del lenguaje oculto y de la ironía; de modo enteramente similar a como el ya mencionado humor político sabe crearse, por caminos «secretos», una atmósfera respirable frente a la total ausencia de humor y la inhumanidad de las ideologías.

Merece la pena consignar aquí al pariente pobre de la rima, la llamada rima doble con metástasis. Indudablemente, tienen también su eficacia los anuncios rimados o en pareados, por no decir nada de una de las conquistas básicas de las agencias de publicidad americanas, las coplas imbéciles¹⁶. La propaganda comercial puede reclamar para sí, y con títulos innegables, el honor de haber llevado a su pleno florecimiento el empleo de aliteraciones,

bien su eficacia los anuncios rimados o en pareados, por no decir nada de una de las conquistas básicas de las agencias de publicidad americanas, las coplas imbéciles¹⁶. La propaganda comercial puede reclamar para sí, y con títulos innegables, el honor de haber llevado a su pleno florecimiento el empleo de aliteraciones, asociaciones de sonidos, conclusiones erróneas inducidas y otros malabarismos semánticos. Así por ejemplo, en un anuncio puede verse a un vigoroso deportista, rebosante de salud, con un cigarrillo en la mano y las palabras: «Fumo por placer», con lo

que se lo impide. Es prisionero de sí mismo, pues mientras forcejea, sin querer dejar la fruta, llegan los cazadores y le echan una red encima. Y entonces sí tiene que soltarla, pero ya demasiado tarde.

Las dos comparaciones expresan la misma idea básica: la necesidad de abandonar algo y quedar vacío, sobre lo que se puede intelectualizar hasta el infinito.

Merece especial atención otra particularidad del lenguaje figurado. Como ya se ha dicho, su estructura es destacadamente primitiva. Le falta, ante todo, la sintaxis lógica altamente desarrollada de la comunicación digital. En la práctica esta peculiaridad se observa especialmente en la ausencia de la negación, es decir, en la negación de un contenido mediante las expresiones (digitales) *no, nadie, nunca, en ningún lugar*, y otras similares.

Como ya se ha explicado con mayor detenimiento en otro lugar [107, pág. 98-103], es difícil si no imposible, expresar con recursos

nada. Grita una tercera vez y con toda seguridad añadirá reniegos y juramentos. En el primer caso no se irritó. En el segundo se irrita. Porque en el primer caso la barca estaba vacía y el segundo había alguien en ella [19].

Es totalmente indiferente que la siguiente anécdota, al parecer verdadera, sea real o inventada: en algún lugar de los trópicos se caza a los monos mediante el artificio de sujetar sólidamente una calabaza al suelo y poner dentro de ella una fruta particularmente apreciada por los monos. La boca de la calabaza tiene la suficiente anchura para permitir al animal introducir el brazo. Pero cuando el mono tiene la mano cerrada en torno a la fruta, ya no la puede sacar por la abertura. Para quedar libre, lo único que tiene que hacer es soltar el señuelo y sacar la mano, pero su codicia se lo impide. Es prisionero de sí mismo, pues mientras forcejea, sin querer dejar la fruta, llegan los cazadores y le echan una red encima. Y entonces sí tiene que soltarla, pero ya demasiado tarde.

Las dos comparaciones expresan la misma idea básica: la necesidad de abandonar algo y quedar vacío, sobre lo que se puede intelectualizar hasta el infinito.

Merece especial atención otra particularidad del lenguaje figurado. Como ya se ha dicho, su estructura es destacadamente primitiva. Le falta, ante todo, la sintaxis lógica altamente desarrollada de la comunicación digital. En la práctica esta peculiaridad se observa especialmente en la ausencia de la negación, es decir, en la negación de un contenido mediante las expresiones (digitales) *no, nadie, nunca, en ningún lugar*, y otras similares.

Como ya se ha explicado con mayor detenimiento en otro lugar [107, pág. 98-103], es difícil si no imposible, expresar con recursos

Las culturas orientales tienen bien merecida fama de ser ricas en comparaciones y parábolas plásticas, como lo demuestran innumerables historias y anécdotas rusas, armenas, árabes y, sobre todo, del lejano Oriente. La siguiente parábola de Dshu

insuficientes, como por ejemplo *Un hombre junto a un hoyo y un árbol caído*, *Hombre y árbol desarraigado* o interpretaciones igualmente inexactas. Los hipnotizadores experimentados evitan, por tanto, las negaciones y las remplazan, siempre que les es posible, por formulaciones positivas. En consecuencia, a un paciente ya operado, pero que se halla todavía bajo la influencia de la anestesia, no se le sugiere: «Cuando vuelva en sí, no sentirá vómitos» (lo que no sólo choca contra la regla del resto irresuelto — véase pág. 68 — sino que en la práctica equivale a una orden posthipnótica de vomitar), sino: «Cuando vuelva a su habitación, al cabo de unos veinte minutos notará, con gran sorpresa, una agradable sensación de apetito.» Como apetito y malestar son cosas que se excluyen mutuamente, se dice ya lo necesario y se implica, además, que se trata aquí de algo que para la razón (del hemisferio izquierdo) resultará inesperado e incomprensible.

Tampoco este aspecto se limita en exclusiva a la hipnosis. Todo deseo, todo mandato es mucho más eficaz si se expresa en lenguaje positivo (es decir, evitando las negaciones). «Acuérdate de echar la carta» se le graba al interesado, sobre todo si es un niño, mucho más profundamente en la memoria que el «No te olvides de echar la carta».

Añadamos, en fin, sobre este mismo tema, una breve alusión a las formulaciones aversivas. Nos referimos a todo aquellas que, de alguna manera, se dirigen contra la sensación de bienestar, la distensión y otros estados similares y que por tanto, se identifican — aunque en un sentido mediato — con las negaciones. En vez de sugerir «los cigarrillos le dejarán un sabor horrible y cuando fume toserá usted terriblemente», es más recomendable

ón y otros estados similares y que por tanto, se identifican — aunque en un sentido mediato — con las negaciones. En vez de sugerir «los cigarrillos le dejarán un sabor horrible y cuando fume toserá usted terriblemente», es más recomendable

res y que por tanto, se identifican — aunque en un sentido mediato — con las negaciones. En vez de sugerir «los cigarrillos le dejarán un sabor horrible y cuando fume toserá usted terriblemente», es más recomendable

si se compra una gran cantidad, se hace descuento.»

Lo que aquí se intenta poner en claro es que las afirmaciones retóricas ampulosas, al parecer de validez incuestionable, pueden demolerse mejor mediante concreciones que mediante réplicas

si se compra una gran cantidad, se hace descuento.»

Lo que aquí se intenta poner en claro es que las afirmaciones retóricas ampulosas, al parecer de validez incuestionable, pueden demolerse mejor mediante concreciones que mediante réplicas efectuadas con el mismo lenguaje. Y el modo como nuestros pacientes ponen ante sus ojos su concepción del mundo, su «inmutable» realidad generadora de sufrimientos es, demasiado a menudo, y sin pretenderlo expresamente, retórica, grandilocuente, ampulosa y, al parecer, de validez indiscutible. La observación, insinuada de pasada, de que «nunca han existido los buenos tiem-

mas lingüísticas positivas y concretas son uno de los presupuestos de un influjo eficaz.

Al insistir en lo concreto, nos adentramos ya en un nuevo tema: la *concreción consciente* y la inherente demolición de las formas del lenguaje retórico y abstracto.

«Soldado Pérez», pregunta el cabo (probablemente en el viejo *Simplizissimus*), ¿por qué un soldado tiene que estar dispuesto a dar su vida por el emperador? — «Tiene usted razón. ¿Por qué?», responde Pérez, y posiblemente con esta respuesta deja fuera de combate, por el momento, el aparato mental del cabo. Porque querer *explicar* qué era lo que allí no marchaba bien, es todo menos sencillo. Y entonces el interesado prefiere renunciar. Quien no renunció fue la Gestapo, cuando un buen día en los arrogantes carteles de propaganda, con la inscripción: «¿Nacional-socialismo o caos bolchevique?», aparecieron pequeñas pegatinas con las palabras «¿Papas o patatas?» Y, ¿qué queda ya de la regla de oro de la retórica: «Donde hay humo hay fuego», después de que un Roda Roda añadiera muy simplemente: «... o también un montón de estiércol recientes?»

Ya hemos mencionado el genial dominio del lenguaje de Karl Kraus. Añadamos aquí un par de ejemplos, tomados de «Die Fackel»: «De esto no saben nada aquellos que ponen tan alto el honor de su estado, que ya no puede divisársele a simple vista.» «Nada es más caro al militar que su palabra de honor. Pero si se compra una gran cantidad, se hace descuento.»

Lo que aquí se intenta poner en claro es que las afirmaciones retóricas ampulosas, al parecer de validez incuestionable, pueden demolerse mejor mediante concreciones que mediante réplicas

la distensión y otros estados similares y que por tanto, se identifican — aunque en un sentido mediato — con las negaciones. En vez de sugerir «los cigarrillos le dejarán un sabor horrible y cuando fume toserá usted terriblemente», es más recomendable

la distensión y otros estados similares y que por tanto, se identifican — aunque en un sentido mediato — con las negaciones. En vez de sugerir «los cigarrillos le dejarán un sabor horrible y cuando fume toserá usted terriblemente», es más recomendable

la indicación: «El que no puede vivir *sin* una determinada persona, muy a menudo tampoco puede vivir *con* ella.» De forma enteramente similar actúa la frase de Talleyrand *On peut faire tout avec les bayonnettes, sauf s'asseoir dessus* (se puede hacer todo con las bayonetas, menos sentarse encima), porque, en definitiva, hasta el hombre más poderoso tiene que sentarse alguna vez. El proverbio asiático «quien cabalga sobre un tigre, no puede desmontar», sugiere con sus cinco primeras palabras una imagen de total sumisión a un salvajismo bestial, pero las tres siguientes llevan esta situación *ad absurdum*, al recordar con una pincelada la imposibilidad práctica, y, sobre todo, la precaria y amenazante situación de esta solución heroica.

Cierto que son escasos los hombres dotados del talento suficiente para tener en cuenta estas finas y agudas parábolas y «salidas de ingenio» en el calor de una discusión o de un enfrentamiento, pero esto no excluye que el terapeuta pueda ejercitarse en el uso de estas formas lingüísticas.

Pars pro toto

Una de las propiedades de las totalidades es que las partes de las mismas pueden representar, de forma peculiar, el todo. Ya hablamos de este aspecto en la página 25s. Los pocos y concisos trazos de una caricatura, un solo compás de una sinfonía, un aroma que puede evocar de nuevo, con toda su rica y fresca inmediatez, una compleja vivencia del pasado, son ejemplos de esta afirmación. De parecida forma, podemos sentirnos inmediatamente atraídos o repelidos por un desconocido, simplemente porque una leve característica corporal o un detalle de su conducta nos recuerda a otra persona y nos la evoca en su totalidad.

Ernst H. Gombrich nos proporciona nuevas aportaciones sobre este tema, tomadas del campo del arte figurativo. Nos invita a bosquejar un rostro sin ojos y a experimentar después el sentimiento de ligereza que nos invade cuando, al añadirle dos puntos, nos puede contemplar [43]. Concedamos que los ojos son probablemente la parte más importante de la totalidad de un

rostro, el «espejo del alma» (recuérdese su importancia en el ámbito del simbolismo y en la psicopatología). Pero, como el pequeño experimento de Gombrich demuestra, también dos puntos añadidos fugitivamente tienen esta peculiaridad creadora de totalidad, representan, por así decirlo, el conjuro mágico visual que modifica una imagen o que, más aún, la hace vivir. Aquí está, a mi entender, su significación para la temática de este capítulo. Richard Gombrich nos proporciona un ejemplo aún más interesante, esta vez de Ceilán, en el que pintar los ojos de una estatua de Buda, ya ultimada en todos sus demás detalles, significa su consagración y da vida a la imagen divina:

La ceremonia es considerada como muy peligrosa para quienes la ejecutan y está rodeada de tabúes [...] El artista pinta los ojos en un momento favorable y permanece encerrado en el templo con sus colegas, mientras que todos los demás se alejan incluso fuera de la puerta exterior. Además, el artista no se atreve a mirar el rostro de la estatua, sino que se pone de espaldas y pinta o bien de lado o bien por encima del hombro, con ayuda de un espejo que intercepta la mirada de la estatua a la que da la vida. Cuando ha acabado su tarea, también la mirada del pintor es peligrosa [44].

En consecuencia, es posible utilizar el mecanismo del *pars pro toto* al servicio de la comunicación con el hemisferio cerebral derecho (evitando al izquierdo), aunque, por supuesto, esta intervención requiere no sólo fantasía sino también presencia de espíritu. Pero la capacidad de adentrarse en la concepción del mundo de los otros ha sido, desde siempre, presupuesto de toda terapia auténticamente eficaz. La comunicación *pars pro toto* aparece indicada sobre todo allí donde, por las razones que fueren (por ejemplo extrañeza, enormidad, aparente falta de sentido), resulta difícil la comprensión de una totalidad. Si alguien intenta describir la inconcebible violencia de un huracanado torbellino, tenderá a hablar de los tejados y autobuses sacudidos por la fuerza del viento, de los árboles arrancados de cuajo, etc., etc. Todo esto es impresionante, pero apenas imaginable. Pero si menciona que vio una pesada puerta de madera en la que se incrustó una paja con la fuerza de un clavo, se tiene, con una sola pincelada, un punto de comparación para imaginarse el nunca visto furor de las des-

vastadoras ráfagas del huracán. La paja, cifra y síntesis de lo frágil y quebradizo, se estrelló con tal velocidad contra la puerta que no se quebró antes de hundirse profundamente en la madera. Esta imagen tiene un efecto mucho más directo e inmediato que el intento más logrado por hacer una detallada descripción del amplio surco de destrucción que atraviesa la ciudad de parte a parte.

A este apartado pertenecen probablemente las extrañas y no escasas reacciones de desesperación por sucesos sin importancia y al parecer sumamente triviales: el autobús que arranca ante nuestras mismas narices, la pérdida de un pañuelo, el romperse un cordón. En lenguaje alegórico suele hablarse en tales casos de la gota que desborda el vaso. Pero, en mi opinión, se trata más bien de una vivencia *pars pro toto* de una desdicha o de una desesperanza mucho más profunda, cuyas verdaderas dimensiones ha podido eludir el afectado, hasta que un hecho trivial se lo pone al descubierto, como bajo el crudo e insoportable fulgor de un relámpago.

También aquí tiene validez el principio *similia similibus curantur*. Muchas terapias parecen fracasar o prolongarse por tiempo limitado, porque en su decurso se acomete la utópica tentativa de querer afrontar un problema en toda su supuesta profundidad y en la totalidad de sus ramificaciones. Pero aquí son más recomendables las intervenciones mínimas, aunque bien pensadas y meditadas, desde tiempo atrás conocidas por la hipnoterapia, que cuentan con buen fundamento sistemático-teórico y han dado excelentes pruebas de eficacia en la terapia breve. De su naturaleza *pars pro toto* se desprende su aparente trivialidad mecanicista, superficial, y en crasa contradicción con los planteamientos de la psicología profunda. A menudo son los propios pacientes los que se oponen a un pequeño cambio concreto, precisamente porque parece minimizar el «problema real». Con frecuencia se desliza aquí, por supuesto, la convicción, desde tiempo atrás acimatada y admitida, de que la «auténtica» terapia tiene que ser de larga duración y que consiste básicamente en palabras y conversaciones. De cualquier modo, es siempre difícil el paso de las habladurías a la acción concreta modificadora de la realidad. Pero

si, por el camino que fuere, se consigue un cambio en un aspecto supuestamente superficial del problema total, se advierte muy pronto que el problema no es tan monolítico como al principio parecía. De otra parte, también es cierto que se consigue con más facilidad que el paciente acepte la *parte* precisamente en razón de su aparente intrascendencia respecto del *todo*, a condición de que el terapeuta eche mano de todas las posibilidades de que dispone para influir en este sentido. Ya hemos hablado de tales posibilidades en otro lugar [108] y volveremos sobre este extremo más adelante.

Sea como fuere, constatemos que la eficacia de una intervención *pars pro toto* radica con suma probabilidad no en el hecho de que se dé en ella, en el sentido clásico, la acertada interpretación en el momento oportuno (es decir, cuando el paciente está dispuesto a aceptar lo anteriormente reprimido y por tanto, a comprender las cosas en su justo alcance). Se trata más bien de que una parte no sólo puede *representar* sustitutivamente al todo, sino también de que puede *producir* una nueva totalidad, posibilitando así la modificación de una concepción del mundo. Pero para poder inducir esta modificación a ciencia y conciencia, con participación del entendimiento y de la voluntad (y no atribuirla a la mera intuición o al azar) es indispensable conocer la concepción del mundo que se debe modificar. Analizaremos más de cerca esta necesidad al hablar de las reestructuraciones.

Existe todavía otro aspecto del principio *pars pro toto* que — en sentido estricto — no se halla en el mismo contexto de lo dicho hasta ahora; a pesar de ello, es aquí donde mejor encaja su descripción. Se trata de la regla hipnoterapéutica básica del *resto irresuelto*, aunque es también perfectamente aplicable al ámbito de la terapia general. Quiere decirse con esta expresión que nunca debe intentarse llegar a la solución total y definitiva de un problema, sino solo a su mejoría esencial, por ejemplo a que el paciente experimente una *reducción* sustancial de sus sufrimientos, a que pueda dormir *algo más* o a que tenga *algo menos* de miedo en el ascensor. Con esto se consigue, en primer lugar, eliminar de la idea del cambio el cuadro utópico en puros colores blanco y negro, en éxitos totales o fracasos definitivos. En segundo lugar,

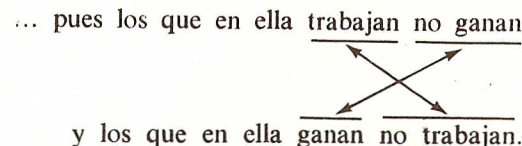
se consigue que al afectado se le abra la posibilidad de ir, *por sí mismo*, más lejos de lo que el terapeuta parece considerar posible. De este modo, abandonará el tratamiento con mayor confianza en su propia capacidad para la solución de futuros problemas y con una menor dependencia respecto de las muletas de la terapia.

Aforismos

Según el *Brockhaus*, el aforismo es «una sentencia breve en prosa, dotada de unidad en sí, formulada a menudo con gran capacidad expresiva». Uno de sus elementos esenciales consiste en crear entre dos conceptos o dos líneas de pensamiento una conexión desconcertante o paradójica que por eso (o precisamente a pesar de su aparente inconciabilidad) llama más la atención y causa una impresión más directa. Cuando Hölderlin dice, por ejemplo, que lo que ha convertido al estado en un infierno es que el hombre lo quiso convertir en su cielo, juega con una inusual contraposición entre *cielo* e *infierno*. Lo mismo ocurre con la conocida expresión: *demasiado para morir, demasiado poco para vivir*. Normalmente, la idea de *morir* se asocia con el *demasiado poco*. Aquí no sólo no se choca con el absurdo lógico (entre vivir y morir no hay un *tertium*), sino que estas siete palabras transmiten un sentido que se capta mucho más inmediatamente de cuanto pudiera hacer una explicación que respetara las leyes de la lógica y de la razón. Parece incluso que el aforismo se presta de manera singular para iluminar, como un relámpago, situaciones humanas de gran amplitud y, por tanto, también concepciones del mundo. Así, el poeta húngaro Gyula Sipos concluye su poesía «Si no merece la pena» con las palabras «... si no hay nada por lo que merezca la pena morir, tampoco la vida merece la pena», perfilando de este modo la interdependencia del sentido de la vida y de la muerte de forma mucho más clara y directa que cuanto pudiera hacer un largo tratado.

Una forma particularmente expresiva del aforismo es el *quiasmo*. Se trata de una forma lingüística de estructura cruciforme,

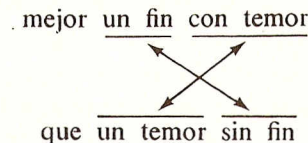
que debe su nombre a la letra griega *ji* (χ). Kopperschmidt describe la esencia y la estructura del quiasmo de la mano de una cita sobre la sociedad capitalista tomada del *Manifiesto comunista* (1848):



y menciona, entre otras cosas, la siguiente:

... los citados elementos lexicográficos forman dos series sintácticas (partes de la frase), cada una de los cuales contienen ocho elementos cuyo carácter equivalente se intensifica aún más en virtud de una amplia identidad del léxico (cinco palabras iguales sobre un total de ocho) (x los que en ella x no x) de los miembros sintácticos. Este llamado *paralelismo* sintáctico y lexicográfico llevaría a una trivialidad de forma y a una tautología de contenido si el paralelismo no quedara interrumpido lexicográficamente en algún punto, de modo que entre en función el principio de la repetición para crear un esquema de contraste en el que destaca de forma significativa la violación parcial, pero decisiva cuanto a la idea expresada, de la regla [...]. La referencia quiástica entre los miembros lexicográficamente correspondientes significa al mismo tiempo, desde la perspectiva semántica, una contraposición de la afirmación con su inversión de contenido, es decir, una correspondencia antitética de las dos partes de la frase en paralelo sintáctico, que en el ejemplo citado queda insinuada con el adversativo «y» [65, pág. 166].

En esta sorprendente afirmación, que logra salvar, al parecer sin esfuerzo alguno, una profunda contradicción y que, en razón de su esencia, pertenece mucho más a la «sintaxis» del hemisferio derecho que a la del izquierdo, debería tal vez buscarse la vibrante eficacia del quiasmo. No es extraño que sea un instrumento predilecto de los políticos y de los tribunos populares. Cuando el año 1809 Ferdinand Schill arengó a su cuerpo de voluntarios:



parece que la situación quedaba perfectamente perfilada, que se había tomado la decisión correcta y que había quedado superada toda duda de que pudiera existir ninguna otra posibilidad, fuera de las dos alternativas propuestas. La situación no se modificaba en nada, pero sí se modificaba la *imagen* que los afectados tenían de ella. Aquí está, a cuanto entiendo, el poder del quias-

mo y su posilbe utilización con un mismo significado pueden ponerse al servicio del cambio, precisamente allí donde los datos de una situación son, al parecer, inamovibles. Un excelente ejemplo es la máxima «Se obedece, pero no se cumple», con ayuda de la cual los funcionarios de la Corona española de las posesiones de América central conseguían conciliar su actuación con las órdenes procedentes de Madrid, que no podían cumplirse bien porque eran dictadas desde el Escorial con un total desconocimiento de las circunstancias reales o bien porque, desde su promulgación, la situación había evolucionado en un sentido totalmente diferente. *Obedecer* y *cumplir* significan lo mismo. Entonces, ¿qué sentido práctico tiene afirmar que se hace lo uno, pero no lo otro? Precisamente el hecho de que los dos verbos tengan el mismo significado subraya que aquí se están refiriendo a cosas diferentes, a saber, de un lado que no se quiere desobedecer (ser desobediente) y, de otro, que no se cumple la orden. Dicho de otra forma: se hace lo que la situación *real* pide y se hace en el marco de una *aparente* obediencia a un orden *ajena* a la realidad.

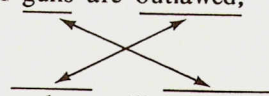
Un ejemplo más complicado, en el que se entrecruzan los elementos digitales y los análogos, es el que figura en la reproducción de la pág. 75. La frase es sintáctica y semánticamente correcta, porque el idioma español no exige el pronombre. Pero esto no quita que el sentido quede en el aire. No se sabe, en efecto, si lo que cada vez le gusta más a la joven es el caballero o la camisa. Y aquí radica precisamente la refinada ambigüedad del anuncio. Mi amigo y colega Verón, a quien debo este ejemplo, lo ha sometido a un cuidadoso análisis, del que destaco aquí algunos puntos: La imagen muestra a un hombre que se está vistiendo (el hecho es claro por la posición de las manos; nadie puede *quitarse* la corbata de este modo). Ahora bien, vestirse presupone un anterior estado de desnudez al que la imagen de la muchacha confiere un significado sexual. Esta asociación es además confirmada por la expresión soñadora del rostro de la joven. La claridad de la imagen del hombre y el esquematismo del de la mujer pone nuevos acentos: el hombre se pronuncia por el mun-

dades, de los *juegos de palabras* y de las *insinuaciones*, cuya rica flora hace difícil su división.

Diferentes palabras con un mismo significado pueden ponerse al servicio del cambio, precisamente allí donde los datos de una situación son, al parecer, inamovibles. Un excelente ejemplo es la máxima «Se obedece, pero no se cumple», con ayuda de la cual los funcionarios de la Corona española de las posesiones de

América central conseguían conciliar su actuación con las órdenes procedentes de Madrid, que no podían cumplirse bien porque eran dictadas desde el Escorial con un total desconocimiento de las circunstancias reales o bien porque, desde su promulgación, la situación había evolucionado en un sentido totalmente diferente. *Obedecer* y *cumplir* significan lo mismo. Entonces, ¿qué sentido práctico tiene afirmar que se hace lo uno, pero no lo otro? Precisamente el hecho de que los dos verbos tengan el mismo significado subraya que aquí se están refiriendo a cosas diferentes, a saber, de un lado que no se quiere desobedecer (ser desobediente) y, de otro, que no se cumple la orden. Dicho de otra forma: se hace lo que la situación *real* pide y se hace en el marco de una *aparente* obediencia a un orden *ajena* a la realidad.

Un ejemplo más complicado, en el que se entrecruzan los elementos digitales y los análogos, es el que figura en la reproducción de la pág. 75. La frase es sintáctica y semánticamente correcta, porque el idioma español no exige el pronombre. Pero esto no quita que el sentido quede en el aire. No se sabe, en efecto, si lo que cada vez le gusta más a la joven es el caballero o la camisa. Y aquí radica precisamente la refinada ambigüedad del anuncio. Mi amigo y colega Verón, a quien debo este ejemplo, lo ha sometido a un cuidadoso análisis, del que destaco aquí algunos puntos: La imagen muestra a un hombre que se está vistiendo (el hecho es claro por la posición de las manos; nadie puede *quitarse* la corbata de este modo). Ahora bien, vestirse presupone un anterior estado de desnudez al que la imagen de la muchacha confiere un significado sexual. Esta asociación es además confirmada por la expresión soñadora del rostro de la joven. La claridad de la imagen del hombre y el esquematismo del de la mujer pone nuevos acentos: el hombre se pronuncia por el mundo; naturalmente, repitémoslo una vez más, para bien o para mal. Un ejemplo tomado de la vida práctica es la observación que se puede aplicar a toda una serie de problemas: «Cuanto más nervioso está usted, más se zahiere, y cuanto más se zahiere usted, más nervioso está» aunque a la frase le falta el rigor estructural de la anterior cita de Marx. Aun así, la complicada estructura del círculo vicioso se condensa en una forma expresiva y fácil de entender. Cuando Oscar Wilde constataba maliciosamente la única diferencia entre un santo y un pecador consistía en que el santo tiene un pasado y todo pecador un futuro», dentro de un cuadro insensato, en puro blanco y negro, de la naturaleza humana. Lo mismo puede decirse del agudo dicho: «La ayuda a los pobres consiste en quitar dinero a las *gentes pobres de los países pobres* para dárselo a las *gentes ricas de los países pobres*». Por desgracia, no hace sino poner el dedo en la llaga. Si el lado contrario, la *National Rifle Association*, tan influyente en la política, fundamenta — a pesar de todas las pruebas en contra — su resistencia a toda limitación de la libre compra y posesión de armas de fuego ligeras con el intraducible quiasmo

If guns are outlawed,

 only outlaws will have guns,

(algo así como: si las pistolas quedan fuera de la ley, fuera de la ley tendrían pistolas), se da aquí una razón que sólo puede convencer a los elementos irresponsables.

Debe mencionarse, en fin, el amplio campo de las a-

do real y concreto, porque da por supuesto que con su excitante y masculino *sex-appeal* consigue lo que quiere. Ella, en cambio, sueña con los ojos abiertos. Y ¿ante qué sueña? No sólo ante esta única vez, sino ante el *cada vez*; de aquella vez pasada y de todas las veces futuras, cada una de las cuales le *gusta más* que la anterior. Así nos lo dicen las cinco palabras entre paréntesis, que expresan evidentemente sus pensamientos. Ahora bien, estos pensamientos pueden tener (debido a que falta el pronombre personal) tres distintas significaciones, que se mezclan en una vaga y sugestiva impresión: cada vez le gusta más *él*, *ella* (la camisa, en definitiva se trata de un anuncio de camisas) o *ello* (la experiencia amorosa con él). «Y como estas líneas semánticas alternativas están todas ambigüamente presentes en virtud de la indeterminación propia de la materia del mensaje, en virtud del mecanismo de contigüidad entre fragmentos de la acción, la feliz camisa preside este delicado equilibrio y resulta asociado al sexo, al amor de las mujeres hermosas, al éxito y sin duda a muchas cosas más» [103]. Y así, añadiría yo, la camisa sigue siendo una prosaica camisa, pero su significación en la concepción del mundo

d entre fragmentos de la acción, la feliz ca-
delicado equilibrio y resulta asociado al sexo,
eres hermosas, al éxito y sin duda a muchas
así, añadiría yo, la camisa sigue siendo una
o su significación en la concepción del mundo
l anuncio, su realidad del segundo orden, ha
sencial.

os a estas ambivalencias, generadoras de to-
mos preocuparnos con exceso por la lógica
ces es precisamente el absurdo de estas for-
que les presta — a pesar de toda la razón —

Soyez réalistes, demandez l'impossible (Sed
posible) podía leerse en muchas paredes du-
ayo de 1968 en París, con lo que se procla-
tan enérgica como expresiva el hecho de que
lítica de los estudiantes, tan sólo un cambio
conseguir en el marco del orden vigente, hu-

esprende que la utilización consciente de am-
os puede desempeñar una importante función
terapéutica. De hecho, hace ya largo tiempo
se viene sirviendo de ellas. En principio, se
de una interrupción de la censura lógica y

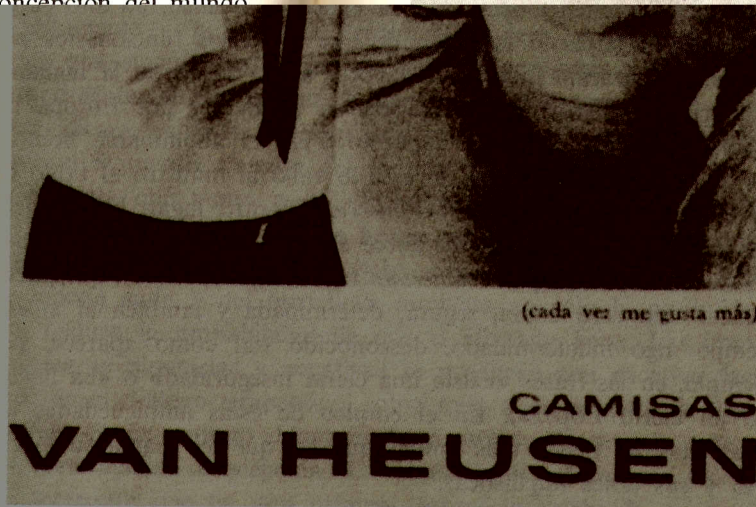


Figura 2

crítica del hemisferio cerebral izquierdo (sobre lo que se dirán
más cosas en el capítulo siguiente), sobre todo mediante el empleo
de palabras fonéticamente idénticas (homofonéticas), pero semán-
ticamente opuestas, entre las que el hemisferio derecho puede,
por así decirlo, buscar aquella significación que tiene sentido para

nismo de contigüidad
misa preside este d
al amor de las muj
cosas más» [103]. Y
prosaica camisa, per
del que contempla e
sufrido un cambio e

Cuando recurrir
talidad, no necesita
digital. No raras ve
mas del lenguaje la
su especial eficacia.
realistas, pedid lo ir
rante los días del m
maba de una forma
en la perspectiva po
total, imposible de
ciera sido realista¹⁷.

De lo dicho se c
bigüedades y absurd
en la comunicación
que la hipnoterapia
trata de un rodeo c

él. En este punto, el castellano dispone, desgraciadamente, de menos posibilidades, por ejemplo, que el inglés. *Right, write y rite* suenan lo mismo, pero tienen significaciones totalmente diferentes (derecho, escribir y rito respectivamente). Los ejemplos de este tipo son innumerables en inglés¹⁸. Así por ejemplo, Erickson utiliza las palabras *a part* y *apart* cuando trata de sugerir la idea de que algo que, desde la perspectiva del paciente, es una parte (*a part*) del problema, puede muy bien ser que no pertenece en realidad a dicho problema, es decir, que esté aparte (*apart*).

Muchos de estos juegos de palabras pueden acentuarse aún más mediante condensaciones. *Circus viciosus* en vez de *circulus viciosus*, o *Don Coyote* por *Don Quijote*, reúnen todas las características de un acto fallido, pero pueden también perfectamente ser insinuaciones intencionadas. En la época de Franco, un alto cargo del régimen impartió la orden de que todos los funcionarios públicos comenzaran su jornada laboral a las nueve de la mañana. Casi por el mismo tiempo empezaron a circular por Europa las primeras noticias sobre el supuesto *Yeti*, el abominable hombre de las nieves del Himalaya. Y esto le valió al ministro el título de *El abominable hombre de las nueve*. En otro lugar, hace Erickson juegos malabares con la doble significación (existente también en castellano) de la palabra *certain* (el castellano, *cierto*), que puede indicar una cosa cierta, segura, determinada y también al mismo tiempo algo indeterminado, desconocido (tal como aparece, por ejemplo, en las frases «existe una cierta inseguridad» o «ha llamado un cierto López»). En el empleo de estas ambigüedades los terapeutas no tienen más límites que los que les marca su inventiva y sus dotes lingüísticas.

Mejor conocidas y más fáciles de hallar que estas ambigüedades foneticosemánticas son las múltiples alusiones, insinuaciones y suposiciones que se dan también en el lenguaje cotidiano. Cuando el actor Girardi escribió al autor de una crítica demoleadora: «Estoy sentado en el rincón más pequeño de mi casa. Tengo todavía *delante de mí* su recensión de la noche pasada», está insinuando algo que, dicho de cualquier otra forma, sería malsonante. O téngase presentes las ricas implicaciones de una frase de la descripción de un caso de Selvini: «se había casado con

ella, más o menos, por agradecimiento a que ella le había curado de su impotencia» [94].

Otro ejemplo, en este mismo sentido, ofrece la conocida historieta, utilizada también por Freud, del joven rey que, al cruzar a caballo una de sus aldeas, vio a un hombre que tenía un sorprendente parecido con él. Le hizo llamar y le preguntó: «¿Trabajó alguna vez su madre en el palacio de mi padre?» A lo que el hombre replicó: «No, Majestad, mi madre no, pero sí mi padre.»

En todos estos ejemplos, el efecto de la información clave es mucho más acusado e inmediato que bajo la forma de una respuesta «más clara», «más normal». Y es que, aunque por un lado no se explicita el elemento clave, aparece, por el otro, claramente implícito. Parece darse aquí una regla tácita de la comunicación humana según la cual lo que se dice — pero sin decirlo expresamente — no se dice «realmente», pero, a pesar de ello, posee una singular capacidad expresiva. Lo mismo cabe afirmar, naturalmente, de los chistes. Perderían su «picante» gracia si se les explicara, es decir, si se quisiera traducirlos al lenguaje del hemisferio izquierdo, carente del sentido del humor.

«¿Hasta qué punto es el alcohol un problema para usted?», es, a todas luces una pregunta hecha con mucho más tacto y táctica que la directa «¿Cuánto bebe usted?» ya que, de un lado, no supone nada y del otro lleva implícita no sólo la posibilidad sino incluso la probabilidad de que el afectado beba. Las implicaciones involuntarias y negativas se producen con excesiva facilidad en el diálogo terapéutico, sobre todo si el paciente es hipersensible en un aspecto determinado o está inclinado, sin más, a una determinada concepción. La observación, al parecer inocua, del terapeuta que en una primera entrevista celebrada en enero dice: «por lo demás, yo tomo siempre mis vacaciones en agosto», pondría bien en claro, *sub rosa*, al más optimista de los pacientes, que el tratamiento durará varios meses. Deben mencionarse también, en este apartado, los pecados de la lengua de algunos médicos que, sea por pesimismo, sea por otras predicciones apodícticas, comunicadas de forma casi poshipnótica, pueden influir negativamente en el curso de la enfermedad.

Por fortuna, también es posible utilizar este mismo mecanis-

mo para ejercer influjos positivos. He aquí algunos ejemplos: «Intente usted comer tanto que pierda cada semana de uno a dos kilos de peso», o (con sugestión poshipnótica): «Como consecuencia de su autohipnosis, la comida le dará a usted mucha más satisfacción que nunca hasta ahora. El *más pequeño* bocado le sabrá incomparablemente mejor y le llenará mucho más que las copiosas comidas de antes (un “antes” que lleva implícita la idea de que todo esto es cosa ya del pasado).» O la absurda formulación «su problema le perturbará muy probablemente todavía por mucho tiempo, tal vez incluso tres o cuatro semanas», que, a tenor de la experiencia, es mucho más eficaz que su formulación correspondiente, lógica, positiva y segura, que parece estar indicada cuando existe la esperanza de un pronto cambio terapéutico y, por tanto, hay razón para apoyarla suavemente. A la inversa, la observación «es probable que la mejoría se produzca de una manera inesperadamente rápida» crea, una confusión deseable desde el punto de vista terapéutico, en los casos en que el enfermo se muestra desilusionado o impaciente por el curso que ha seguido hasta ahora el tratamiento. Sin afirmarlo de forma expresa, esta observación subraya, en efecto, en el marco de una aparente comprensión, que el descontento del paciente no tiene base real. Casi en esta misma categoría se incluye el aforismo, de

Crescencia: ¿Está casado?

Altenwyl: En cualquier caso, no he tenido el placer de conocer personalmente a la señora Brücke.

Crescencia: Yo encuentro que los hombres célebres son odiosos, pero sus mujeres son aún más irritantes. Kari [su hermano] y yo tenemos sobre esto la misma opinión. Nos pirramos por los hombres triviales y las conversaciones triviales, ¿verdad Kari?

Altenwyl: En este punto yo estoy chapado a la antigua, como Helen sabe bien.

Y a este tenor va avanzando el diálogo; Altenwyl dice mucho, pero como quien no lo dice, y ninguna de sus afirmaciones le creará un compromiso.

Resumamos, para concluir: Existen determinadas formas lingüísticas que, según el estado actual de nuestros conocimientos, pueden calificarse de peculiares del hemisferio cerebral derecho y que, en consecuencia, son singularmente apropiadas para la comunicación terapéutica. Es, desde luego, imposible presentar un catálogo de estas formulaciones terapéuticas, por la simple razón de que cada ejemplo concreto exigiría una larga descripción anamnéstica del contexto correspondiente. Pero el estudio de su aparición en el lenguaje cotidiano de una parte, y su ya antigua utilización en la hipnosis de otra, permiten alcanzar una cierta ejercitación en esta desmesurada e impaciente por el curso que ha seguido hasta ahora el tratamiento. Sin afirmarlo de forma expresa, esta observación subraya, en efecto, en el marco de una aparente comprensión, que el descontento del paciente no tiene base real. Casi en esta misma categoría se incluye el aforismo, de signo contrario: «La situación es desesperada, pero no grave.»

El empleo de las insinuaciones, del decir como quien no dice nada, está al orden del día en la diplomacia y en contextos sociales similares y tiene también un puesto de honor en el arsenal lingüístico de la comunicación terapéutica. Pongamos un ejemplo de esta estructura, tomado de la comedia *Der Schwierige* («El difícil») de Hugo von Hofmannsthal. La joven Crescencia desea obtener de su anfitrión, el conde Altenwyl, mayor información sobre otro de los huéspedes:

Altenwyl: El profesor Brücke es una gran celebridad en su especialidad y para mí personalmente un querido colega político. Disfruta extraordinariamente cuando se encuentra en una reunión en la que no hay ningún otro colega del mundo sabio, cuando es, por así decirlo, único representante del espíritu en un ambiente meramente social, y mi casa puede ofrecerle este placer.

de que c
nética d
ción en
zación er
tación er
dedicado
güísticos.

EL BLOQUEO DEL HEMISFERIO CEREBRAL IZQUIERDO

Otro método de acceso al hemisferio derecho, radicalmente distinto aunque no opuesto al mencionado hasta ahora, consiste en bloquear o eludir al hemisferio izquierdo cerebral izquierdo.

Otro método de acceso al hemisferio derecho, radicalmente distinto aunque no opuesto al mencionado hasta ahora, consiste en bloquear o eludir al hemisferio izquierdo, de modo que el derecho pase a ser compensatoriamente el dominante, es decir, consiste en provocar conscientemente una especie de comisurotomía funcional.

Como ya se dijo en la página 37, este mecanismo puede presentarse de forma espontánea tanto en las enfermedades psicosomáticas como en los diversos estados de disociación y, en estos últimos, puede llevar a las manifestaciones, clínicamente bien conocidas, de los llamados procesos primarios.

Han sido, en cambio, mucho menos estudiados aquellos estados de ánimo que surgen espontáneamente en situaciones de peligro mortal o en momentos críticos similares y que, en total contradicción con los cuadros psicopatológicos, se caracterizan por una extraordinaria capacidad de adaptación a la realidad una

últimos, puede llevar a las manifestaciones, clínicamente bien conocidas, de los llamados procesos primarios.

Han sido, en cambio, mucho menos estudiados aquellos estados de ánimo que surgen espontáneamente en situaciones de pe-

curso de una de estas acciones, un B-17 y su tripulación sufrieron daños tan graves que su salvación parecía imposible. Nuestro médico había estudiado las personalidades «básicas» de la tripulación y había descubierto en ella una gran variedad de tipos humanos. Sobre su comportamiento en el momento crucial dice lo siguiente:

«Todos ellos reaccionaron de una manera notablemente parecida. Durante el fragor del ataque y en las situaciones de emergencia que se fueron presentando, hablaban tranquilamente y con exactitud por el teléfono de a bordo y actuaron sin vacilaciones. El tirador de popa, el de la zona media derecha y el oficial de navegación quedaron gravemente heridos desde el inicio del combate, pero todos ellos siguieron cumpliendo su deber, de forma eficaz y sin interrupciones. La carga principal de las decisiones más urgentes recaía sobre el piloto, el mecánico y el tirador de proa. Todos ellos trabajaron con rapidez y eficacia, sin movimientos superfluos. El peso de las decisiones durante el combate, pero también, y sobre todo, después del mismo, correspondía esencialmente al piloto, mientras que los detalles secundarios eran de la incumbencia del segundo piloto y del bombardero. Las decisiones se tomaban rápida y cuidadosamente, se mantenían luego inalterables y los resultados demostraron que fueron muy acertadas. Mientras se esperaba que de un minuto a otro se produjera la catástrofe, se fueron fijando con claridad planes alternativos, cuyo único objetivo consistía en la seguridad de toda la tripulación. Todos ellos estaban ahora tranquilos, discretamente alegres y preparados para todo. En ningún momento hubo entorpecimientos, pánico, pensamientos borrosos, juicios falsos o confusos, ni miras egoístas entre ellos [55].

No es menos interesante un estudio reciente sobre las vivencias subjetivas que acompañan a los últimos segundos anteriores a lo que se considera la muerte inmediata. Dos investigadores de la Universidad de Iowa interrogaron a 70 hombres y 34 mujeres que, en una situación peligrosa, estuvieron a un paso de la muerte. En casi la mitad de los casos se trataba de caídas por precipicios de montaña; los demás fueron peligro de perecer ahogados, accidentes de tráfico, situaciones de extrema gravedad en la guerra.

lógicas que suenan a sumamente complicadas, sea mediante la mención, hecha con absoluta seriedad y por tanto desconcertante, de las cosas más banales, o bien una combinación de ambas cosas. He aquí un ejemplo que podría demostrar —en la línea de pensamiento de Erickson— cómo se puede crear una confusión, aunque, por supuesto, en la práctica el proceso es mucho más prolijo y monótono, de la siguiente forma:

Se piensa y piensa y las cosas son relativas mis pensamientos relativos

ataques cardíacos y graves reacciones alérgicas. Casi todas las personas implicadas hablaron de un sentimiento de paralización del tiempo, de paz y de liberación del miedo y, en especial, mencio-

En el estadio actual de la investigación no puede darse una respuesta a la pregunta de en qué medida se trata aquí de una espontánea toma de posición dominante de parte del hemisferio cerebral derecho o si estos estados no deben considerarse más bien como una óptima integración —fuera de lo normal— de los dos hemisferios. Sea como fuere, es claro que afloran aquí dos cualidades típicas del hemisferio derecho: una cierta atemporalidad de estos pocos segundos y la vivencia en imágenes de la existencia como quien contempla la proyección de una película.

Es obvio que no pueden producirse voluntariamente estas situaciones críticas —que suponen una amenaza de muerte— con el simple objetivo de vivir la propia concepción del mundo y de su relatividad. Las drogas alucinógenas parecen producir un efecto similar, pero siempre llama la atención el hecho de que resulta difícil, por no decir imposible, traerse «de allá» algo que sirva de provecho para la vida cotidiana.

Con todo, la terapia conoce algunos métodos, aunque no tan drásticos por supuesto, para conseguir un bloqueo transitorio de la censura crítico-analítica y lógica de la razón. Debe mencionarse aquí en primer término, la *técnica de la confusión* de Erickson [25], que da excelentes resultados sobre todo en las personas que se inclinan a la intelectualización y a la caritura intelectualoide de los esfuerzos del terapeuta. Tal como su nombre sugiere, esta técnica consiste esencialmente en crear un estado de confusión intelectual, sea mediante el empleo de explicaciones pseudo-lógicas que suenan a sumamente complicadas, sea mediante la mención, hecha con absoluta seriedad y por tanto desconcertante, de las cosas más banales, o bien una combinación de ambas cosas. He aquí un ejemplo que podría demostrar —en la línea de pensamiento de Erickson— cómo se puede crear una confusión:

Universidad de Iowa interrogaron a 70 hombres y 34 mujeres que, en una situación peligrosa, estuvieron a un paso de la muerte. En casi la mitad de los casos se trataba de caídas por precipicios de montaña; los demás fueron peligro de perecer ahogados, accidentes de tráfico, situaciones de extrema gravedad, ataques cardíacos y graves reacciones alérgicas. Casi todas las personas implicadas hablaron de un sentimiento de paralización del tiempo, de paz y de liberación del miedo y, en especial, mencionaban la vivencia de un desfile, casi a modo de un desfile.

Se piensa y piensa y las cosas son relativas mis pensamientos relativos

ataques cardíacos y graves reacciones alérgicas. Casi todas las personas implicadas hablaron de un sentimiento de paralización del tiempo, de paz y de liberación del miedo y, en especial, mencio-

Se piensa y piensa y las cosas son relativas mis pensamientos relativos

presente mientras su dieciocho aniversario aconteció antes que el diecinueve pero en su dieciocho aniversario era el diecisiete en el pasado y el dieciocho era ahora y ahora piensa usted en el futuro en el que el futuro será presente de su 20 aniversario y así ocurre con las propiedades de las palabras si piensa usted en las palabras cualitativas hay palabras que tienen por sí su propia peculiaridad y palabras que no tienen por sí su propia peculiaridad porque la palabra *corto* es corta en sí pero la palabra *largo* no es larga en sí sino tan corta como *corto* y la palabra «español» es española pero la palabra «spanisch» es alemana y ...

En este torrente de trivialidades y oscuridades se mezclan (véase pág. 58s) las auténticas sugerencias que, de este modo, quedan fuera del campo de dominio de la intelectualización o bien se

tos consisten en un monólogo o en un diálogo imaginario que, al igual que las frases habladas (y que cualquier pensamiento correcto) sigue las leyes de la gramática. Ahora bien, ocurre que siempre es posible interrumpirse a sí mismo en medio de una frase, sin terminarla; y aquí se abre el arranque de un recurso terapéutico: exactamente igual que con la frase hablada, también es posible interrumpir a mitad de camino una frase pensada, sin dejar que llegue hasta el fin. Se puede hacer que el paciente practique este ejercicio durante la consulta para que advierta inmediatamente

mezclan (véase modo, quedan ón o bien se mediata y, por el intelecto se ensible y, por no debe des- ón sólo tenga

terapéutico: exactamente igual que con la frase hablada, también es posible interrumpir a mitad de camino una frase pensada, sin dejar que llegue hasta el fin. Se puede hacer que el paciente practique este ejercicio durante la consulta para que advierta inmediatamente cómo todo pensamiento interrumpido es sustituido al instante por otro nuevo, que tampoco se debe seguir hasta el final; cómo entonces se produce un tercer pensamiento, y así sucesivamente, en una secuencia al parecer intermitente. De aquí se deriva, cuando se practica este ejercicio de manera consecuente, aunque sea tan sólo durante unos pocos minutos (que por lo demás, al interesado se le antojan horas) una confusión intelectual que fomenta el sueño y que lleva del pensamiento correcto del estado de vigilia a los procesos imaginarios propios del sueño. Según sean sus diferentes concepciones del mundo, el lector puede considerar esta intervención como una técnica refrescada y modernizada del antiguo y bien conocido «arrear ovejas» o como una aplicación del concepto de la *atención budista* en la que, como es sabido, se busca la mayor concentración posible de los pensamientos, sentimientos y acciones cotidianas, como medio para liberarse de las cadenas de la vida

nos adentramos así en un tema cuyo análisis detallado describe el marco del presente libro, pero que debe ser mencionado

largas horas en que no puede conciliar el sueño, ese ir y venir, ese trajín al parecer inextricable de los pensamientos, de que se quejan casi sin excepción todos cuantos padecen de insomnio? Piensan —y no sin razón— que si, por el medio que fuere, se parara ese girar incansable de los pensamientos, pronto quedarían dormidos. Cuando se les pregunta, admiten que estos pensamientos consisten en un monólogo o en un diálogo imaginario que, al igual que las frases habladas (y que cualquier pensamiento correcto) sigue las leyes de la gramática. Ahora bien, ocurre que siempre es posible interrumpirse a sí mismo en medio de una frase, sin terminarla; y aquí se abre el arranque de un recurso

es española pero la palabra «spanisch» es alemana y ...

En este torrente de trivialidades y oscuridades se mezclan (véase pág. 58s) las auténticas sugerencias que, de este modo, quedan fuera del campo de dominio de la intelectualización o bien se presentan en la niebla de la confusión de forma inmediata y, por así decirlo, en un texto claro, de tal modo que el paciente se aferra a ellas como al único punto de apoyo comprensible y, por ello, especialmente convincente. El anterior ejemplo no debe despertar la impresión de que el método de la confusión sólo tenga aplicación en la hipnosis. Lo mencionaremos aquí justamente porque puede trasladarse a la comunicación terapéutica general, si bien aquí la pseudológica de la confusión debe ser algo más inatacable e invulnerable. Pero ¿quién no ha intentado inútilmente, en una situación de la vida cotidiana, seguir una explicación complicada y embrollada, para luego aferrarse en definitiva a la conclusión concreta y comprensible? El resultado es prácticamente el mismo¹. De parecida manera, acostumbra Erickson —y no sólo en la inducción al trance, sino también en el diálogo terapéutico general con aquellos pacientes que propenden a la racionalización y la caricaturización— dirigirles preguntas y, en el instante en que el otro se apresta a responder, plantearle ya, sin darle tiempo de respiro, la siguiente pregunta. El sujeto así bombardeado con preguntas se ve una y otra vez obligado a enfrentarse con la nueva pregunta, sin poder llevar sus procesos mentales a su conclusión normal mediante una respuesta. El resultado es el bloqueo intelectual.

presentan en la niebla de la confusión de forma inmediata y, por así decirlo, en un texto claro, de tal modo que el intelecto se aferra a ellas como al único punto de apoyo comprensible y, por ello, especialmente convincente. El anterior ejemplo no debe despertar la impresión de que el método de la confusión sólo tenga aplicación en la hipnosis. Lo mencionaremos aquí justamente porque puede trasladarse a la comunicación terapéutica general, si bien aquí la pseudológica de la confusión debe ser algo más inatacable e invulnerable. Pero ¿quién no ha intentado inútilmente, en una situación de la vida cotidiana, seguir una explicación complicada y embrollada, para luego aferrarse en definitiva a la conclusión concreta y comprensible? El resultado es prácticamente el mismo¹. De parecida manera, acostumbra Erickson —y no sólo en la inducción al trance, sino también en el diálogo terapéutico general con aquellos pacientes que propenden a la racionalización y la caricaturización— dirigirles preguntas y, en el instante en que el otro se apresta a responder, plantearle ya, sin darle tiempo de respiro, la siguiente pregunta. El sujeto así bombardeado con preguntas se ve una y otra vez obligado a enfrentarse con la nueva pregunta, sin poder llevar sus procesos mentales a su conclusión normal mediante una respuesta. El resultado es el bloqueo intelectual.

Este método no se limita al diálogo terapéutico, sino que

terapéutico
bien
sada,
pacie
advie
sustit
pensa
samie
mina
forma
nutos
confu
samie
tivos
del m
versió
«cont
ción
cienci
diana
diaria
No
borda

Uno de estos métodos es el *koan* del budismo zen, ejercicio mental cuyo carácter absurdo o paradójico bloquea y lleva al fracaso a las capacidades de la comprensión racional. Puede entonces llegar hasta la conciencia la comprensión de la propia concepción del mundo, pero como una *imagen de la realidad*, no como la realidad. Se abre aquí paso la idea de que las llamadas experiencias místicas de irrupción o desbordamiento son instantes en los que — por los motivos que fuere — nos apartamos de la referencia a nosotros mismos de nuestra visión del mundo y lo contemplamos, como bajo la luz de un relámpago, «desde fuera» y, por ende, en su relatividad y en su posibilidad de ser diferente. Sólo quien ha vivido esta experiencia sabe que el resultado no es una destrucción o una disolución de la realidad, sino que transmite un sentimiento de liberación y de seguridad existencial que el conde Dürckheim por ejemplo, describe como la *gran experiencia* [20].

Pero volviendo de lo esotérico a los aspectos puramente profesionales de la terapia práctica, digamos, sintetizando, que las intervenciones mencionadas en este capítulo se refieren, en lo esencial, a una sobrecarga del hemisferio izquierdo, mediante la cual se hace posible la comunicación inmediata con el derecho. Se abre paso, espontáneamente, la idea de compararlo con algún

como su primera víctima a un joven que le ha interrumpido, provocando las risas del público.

«¡Ah, bravo!» respondió Cipola. «Me caes bien, Giovanotto. ¿Quieres creer que te vengo observando hace ya un buen rato? Las gentes como tú cuentan con mi especial simpatía, porque puedo utilizarlas. Evidentemente, eres todo un tipo. *Haces lo que quieres. O, ¿no has hecho alguna vez lo que querías? ¿O has hecho lo que no querías? ¿Lo que tú no querías?* Escucha, amigo, debería ser cómodo y agradable no tener que representar siempre el papel de todo un tipo ni verse obligado a responder de las dos cosas, del querer y del hacer. Habría que establecer la división del trabajo, sistema americano, *sai?* ¿Quieres, por ejemplo, sacar la lengua, toda la lengua, hasta su raíz, ante este selecta y respetable reunión?

«No», respondió el muchacho agresivamente, «No quiero hacerlo. Sería prueba de mala educación.»

«No sería prueba de nada», replicó Cipola, «porque sencillamente lo harías».

[...]

Y entonces Cipola cuenta hasta tres y el muchacho saca la lengua. Más tarde sugiere al mismo joven un cólico:

«Ha sido una estupidez haber bebido esta tarde tanta cantidad de este vino blanco, que era terriblemente ácido. Y ahora tienes tal cólico que tienes que retorcerte de dolor. ¡Hazlo sin reparos! Estos movimientos del

gua. Más tarde sugiere al mismo joven

«Ha sido una estupidez haber bebido este vino blanco, que era terriblemente ácido. Y ahora tienes tal cólico que tienes que retorcerte de dolor. ¡Hazlo sin reparos! Estos movimientos del cuerpo proporcionan un cierto alivio cotidiano» [...].

«Retuércete», repitió Cipola. «¿Qué otros movimientos reflejos naturales sólo por

Y a una persona de las que participaban en la prueba, que le hizo saber que estaba decidida a actuar según su propia voluntad al sacar una carta:

«Con eso», respondió Cavaliere, «hará usted su propia voluntad. Pero su resistencia no cambiará en nada y existe también la voluntad; pero no es la voluntad que se orienta a su voluntad. Usted es libre de sacar o no sacar. Pero esto con tanta mayor seguridad cuando

Il est interdit d'interdire

El modo de actuar de Cipola se apoya a todas luces en la forma de comunicación posiblemente más eficaz, a saber, la paradoja. Sus orígenes son muy antiguos... Su primera exposición sistemática es, sin duda, el artículo «Hacia una teoría de la esquizofrenia» de Bateson y sus colaboradores, publicado el año 1956 [8], que introdujo en la psiquiatría el concepto del doble vínculo (*double bind*). Desde entonces, ha crecido hasta tal punto la bibliografía sobre el tema que, para evitar fatigosas repeticiones, bastará con algunas indicaciones².

La paradoja es el auténtico talón de Aquiles de nuestra concepción lógico-analítico-racional del mundo. Ella constituye el punto en que se desmorona y muestra ser insuficiente la división — al parecer universal — del mundo en pares contrapuestos, sobre todo la dicotomía aristotélica de verdadero y falso³. La expresión francesa *Il est interdit d'interdire* (prohibido prohibir) es un buen ejemplo de comunicación paradójica: la prohibición de prohibir algo — sea lo que fuere — es, naturalmente, una prohibición en sí y crea una situación insostenible en pura lógica, porque se prohíbe a sí misma y por tanto se priva de su propia base. En efecto, si está prohibida toda prohibición, entonces también está prohibida la prohibición de prohibir, lo que significa que se permite prohibir — y si se permite, entonces está prohibido, porque la prohibición de prohibir se refiere a todas las prohibiciones, y así *ad infinitum*.

No es muy probable que este ejemplo teórico cause desgracias prácticas. Tiene, en cambio, resonancias concretas toda una serie de exigencias de comportamiento cuyo denominador común es la paradoja del «¡sé espontáneo!» La esencia de esta forma paradójica consiste en que en una situación interhumana uno de los implicados en ella pide al otro o presupone en él un comportamiento que, en virtud de su propia naturaleza, sólo puede darse de forma espontánea, no cuando se le pide: la simple petición hace imposible lo pedido. La paradoja «¡sé espontáneo!» tal vez más importante desde el punto de vista clínico es la prohibición

de estar triste y la inherente exigencia «¡sé alegre!», de la que existen numerosas variantes. Pero la alegría no es algo que pueda imponerse o arrancarse a la fuerza, del mismo modo que no se puede olvidar la tristeza sólo porque se desee. El resultado es un acuciante sentimiento de desesperanza, de no poder actuar con acierto, en una palabra: depresión en el destinatario de esta comunicación paradójica. Ahora bien, esto equivale también a decir que la persona afectada no pone en cuestión la comunicación *misma*, sino que se somete a ella; si no se sometiera, nada podría importarle tal comunicación. Y esto significa, nada más y nada menos, que — a tenor de lo que enseña siempre la experiencia clínica — se aplica a sí mismo la paradoja y que ha interiorizado (introyectado) la exigencia de espontaneidad, que originariamente procedía del exterior. Pero cuanto más intenta suscitar en sí el «correcto» sentimiento de alegría, más aguda se hace la paradoja y más profundamente se hunde en la depresión. No es esencialmente diferente el dilema de la persona aquejada de insomnio, que también se afana por alcanzar, a fuerza de voluntad, el fenómeno espontáneo de quedar dormido. También él se ve inserto en la paradoja del «¡sé espontáneo!», que es justamente la que hace imposible alcanzar lo deseado.

Prescripciones de síntomas

Queda perfilada así la base de una ulterior intervención. Quien sufre ante la incapacidad de hacer algo o, a la inversa, bajo la presión de tener que hacer algo, brevemente: quien tiene un síntoma, se halla en una situación análoga a la descrita. Sentimos los síntomas como impedimentos o como impulsos que se sustraen a nuestro dominio y, en este sentido, son puramente espontáneos. Para poder influir en ellos se nos ofrece el principio *similia similibus curantur*. Si la tentativa voluntaria y consciente por ser alegre genera depresión y si los esfuerzos por dormirse le mantiene a uno despierto, se sigue que en la ejecución deliberada de comportamientos sintomáticos se priva a estos últimos de su espontaneidad, aparentemente indomable. Éste es, efectivamente, el caso,

y la intervención consiste, por tanto, en *prescribir* — y no en combatir, como se hace tradicionalmente — los síntomas.

Es muy posible que hayan recurrido a este tipo de acción los curanderos, los chamanes y otros similares excepcionales conocedores del alma humana, desde los oscuros tiempos de la prehistoria hasta Don Juan, el maestro de Carlos Castañeda. Hace ya varios años que Viktor Frankl ha descrito esta técnica, con su concepto de la intención paradógica, en varios pasajes de su obra [cf. p.ej. 33]. Pero el ejemplo más antiguo que yo conozco de la literatura especializada es el tratamiento de un caso de impotencia, mencionado por el célebre médico inglés John Hunter (1728-1793) en su libro *A Treatise on the Venereal Disease* (Tratado sobre la enfermedad venérea):

Tras una exploración del caso de una hora de duración, se desprendieron los siguientes hechos: que él tenía fuertes erecciones cuando no las necesitaba y que estas erecciones estaban acompañadas del deseo sensual de

sobre la enfermedad venérea):

Tras una exploración del caso de una hora de duración, se desprendieron los siguientes hechos: que él tenía fuertes erecciones cuando no las necesitaba y que estas erecciones estaban acompañadas del deseo sensual de

sobre la enfermedad venérea):

Tras una exploración del caso de una hora de duración, se desprendieron los siguientes hechos: que él tenía fuertes erecciones cuando no las necesitaba y que estas erecciones estaban acompañadas del deseo sensual, de tal modo que se daban todos los presupuestos naturales; que, no obstante, existía en alguna parte una perturbación, de la que él suponía que radicaba en su alma; le pregunté si le ocurría igual con todas las mujeres y respondió que no; con algunas mujeres podía tener, como siempre hasta entonces, relaciones sexuales. Con esto quedaba algo más localizada la perturbación, fuera cual fuere; todo inducía a creer que su incapacidad era provocada por una mujer determinada y que esta incapacidad surgía del deseo de hacer bien con ella el acto del amor; este deseo que suscitaba en él la duda o el miedo de no poder hacerlo bien, era el fundamento de su incapacidad [...]. Y como esto se debía única y exclusivamente a su situación anímica [...], había que recurrir también al alma para el tratamiento; le dije que podía curarse si podía abandonarse plena y totalmente al poder de su propia renuncia. Cuando la expliqué lo que intentaba decirle, me contestó que podía confiar en todos los actos de su voluntad y en sus propósitos. Le dije entonces que si tenía plena confianza en sí mismo en este aspecto, debía acostarse con aquella mujer, pero que antes tenía que prometerse a sí mismo que en las seis noches siguientes no tendría ninguna relación sexual con ella, fueran cuales fueren sus inclinaciones y deseos. Unos quince días más tarde me dijo que aquella decisión había provocado un cambio radical en su estado de espíritu

vez que había superado aquel maleficio, su espíritu y potencia actuaban a la par. Y nunca volvió a recaer en su anterior estado [54].

La lección que podemos extraer de este ejemplo es válida prácticamente para todas las prescripciones de síntomas. El esfuerzo consciente de la voluntad hacia un objeto o bien hace imposible que se produzca una reacción normal espontánea, que de por sí no presupone una planificación especial, o bien provoca reacciones espontáneas, no planificadas ni deseadas. En uno y otro caso, el problema radica en el esfuerzo de la voluntad, es decir, en la solución intentada. Ésta, y no la reacción deseada y no alcanzada, o la que se produce sin ser deseada, debe ser, por tanto, la meta de la intervención terapéutica. Esta causa generadora de problemas, la solución intentada del problema (problema que, por otra parte, no existiría sin tal «solución») cae, según la teoría de los hemisferios, dentro de la zona del hemisferio izquierdo. La pres-

de la intervención terapéutica. Esta causa generadora de problemas, la solución intentada del problema (problema que, por otra parte, no existiría sin tal «solución») cae, según la teoría de los hemisferios, dentro de la zona del hemisferio izquierdo. La descripción de síntoma bloquea la solución también su consecuencia, el síntoma 4.

Añadamos algunos ejemplos prácticos

En el curso de una terapia matrimonial, una mujer, que es muy insegura, le atormenta la pregunta: «¿Me sigues queriendo?» o las afirmaciones como: «Sé muy bien que no te volveré a abandonar.» La mujer concede que no tiene una conducta y que todo se debe a su nerviosismo. Y añade que se da perfecta cuenta de que su conducta y que todo se debe a su nerviosismo. Y otra vez repetidas sobre el amor de su marido, le sueltan palabras molestas e irritantes, que acaban por hacerle perder la confianza y que su expectativa de que él la abandone, a la larga, en una profecía que tiende a confirmarse. Confirmando esta impresión, cuenta que ella había buscado la única solución que le permitiera decir, responder a la angustiada inseguridad

rapeuta sólo le quedan dos caminos: puede comenzar a hurgar en las causas profundas, intrapsíquicas, del comportamiento de la mujer, o bien puede enfrentarse con la situación desde la terapia de la comunicación. Si se decide por este último camino, comprenderá fácilmente que estos consortes se hallan envueltos en la paradoja «¡sé espontáneo» y que el mejor punto de arranque en orden a su intervención es la solución ya intentada por el marido. Mantiene entonces una entrevista privada con éste, y le pide que, — en vez de intentar por enésima vez tranquilizarla con sus protestas de amor — le dé la razón y conteste riéndose: «Claro que no te amo y por supuesto que me marcharé el mejor día.» El resultado es hilaridad por las dos partes.

De igual modo que el marido del ejemplo precedente, también un terapeuta puede cometer fácilmente el error de intentar convencer a un paciente cohibido, con palabras más o menos persuasivas, a que tenga más confianza y, por tanto, a que se abra también con mayor espontaneidad. Pero es mucho más eficaz intentar dar un rodeo en torno a esta resistencia, con la observación: «No tiene usted que decirme nada hasta que no esté realmente dispuesto a hacerlo.» O: «No deseo que hable usted hoy de ello, y en todo caso, no antes de finales de la próxima semana.»

En este contexto merece la pena consignar el método de «imaginar lo peor», elaborado por nosotros en el Mental Research Institute. Permite a menudo llegar, por así decirlo por la puerta trasera, a un tema tabuizado o dominado por la angustia. El método consiste en pedir al interesado que no hable de las cosas que «realmente» teme, sino sencillamente que se imagine las consecuencias más catastróficas y más inverosímiles que podría tener su problema. Por este rodeo, totalmente desvinculado de las limitaciones de lo real, lo posible y lo razonable, les resulta más fácil a la mayoría de las personas representarse a sí mismos (y al terapeuta), de forma racional, las consecuencias reales o posibles. Como el lector puede comprobar, esta intervención es exactamente el polo opuesto de lo que le parece obvio a la «sana razón humana».

Bandler y Grinder [7] mencionan el caso de una paciente (participante en una sesión de grupo), cuyo síntoma consistía en que

no podía decir «no». Como es fácil de imaginar, esta incapacidad le causaba problemas vitales estereotípicos que iban desde dejarse explotar en lo material, hasta el ámbito de lo sexual. En su concepción del mundo, el decir «no» estaba asociado a múltiples consecuencias catastróficas. Al parecer, cuando era niña se negó una vez a quedarse en casa con su padre; cuando regresó, lo encontró muerto. Y, desde entonces, temía las consecuencias mágicas de toda negativa y las evitaba⁵.

En la sesión de grupo, el terapeuta le prescribió un síntoma al pedirla que negara algo a cada uno de los presentes. Ella rechazó la sugerencia, casi invadida por el pánico: «No, me resulta completamente imposible decir “no” a otra persona.» El terapeuta insistió en su petición y la paciente siguió rechazándola en términos cada vez más vehementes y obstinados. Sólo al cabo de unos minutos de esta interacción advirtió que — sin que se produjera ningún tipo de consecuencias catastróficas — acababa de negar algo, a saber, se había negado a decir no y que, conseguido este objetivo, no había ocurrido nada.

La estructura de esta elegante prescripción de síntomas (que es la base de todo doble vínculo terapéutico eficaz) es la siguiente:

- 1.º Síntoma: «No puedo decir “no”.»
- 2.º Prescripción de síntoma: «Diga usted “no” a todos los presentes.»
- 3.º Doble vínculo terapéutico: dos alternativas («no» a todos los presentes o «no» al terapeuta). Cualquiera de las dos alcanza el resultado apetecido.

Volveremos de nuevo sobre esta estructura en el apartado dedicado a la ilusión de alternativas.

Desplazamientos de síntomas

En cierto modo a medio camino entre las prescripciones de síntomas y las reestructuraciones (que estudiaremos más adelante) se encuentra la técnica del desplazamiento de síntomas. Aquí se

trata no del intento de una supresión inmediata, sino de un desplazamiento provisional del síntoma, que proporciona al paciente un primer vislumbre de un posible poder sobre el síntoma.

También esta técnica es conocida desde mucho tiempo atrás en la hipnoterapia, y resulta particularmente indicada para el alivio de dolores físicos cuya intensidad, como es bien sabido, depende ampliamente de factores subjetivos y de su contexto interpersonal. Aquí es posible recurrir a dos posibilidades: desplazamiento en el tiempo (por ejemplo: «su dolor se concentrará los lunes, miércoles y viernes de ocho a nueve de la tarde») o en el espacio (por ejemplo: «su dolor irá bajando lentamente desde la cadera, por la rodilla izquierda, hasta el pie izquierdo»). El lector interesado en el tema hallará más información en cualquier manual de hipnosis clínica.

Pero existe una tercera posibilidad, a saber, la utilización premeditada de un síntoma en vez de tolerarlo pasivamente y el desplazamiento inherente de su significación que — como se acaba de decir — sitúa a esta intervención en las proximidades de la reestructuración. Dado que me propongo dedicar un apartado especial a estas reestructuraciones, nos limitaremos a mencionar aquí de forma sucinta un caso típico de desplazamiento.

Erickson tenía bajo tratamiento a una paciente con graves perturbaciones sexuales. Llevaba casada nueve años y, en el curso del acto sexual, y a menudo también ya antes, sufría agudos ataques de asfixia. De la larga descripción del caso, citaremos aquí solamente el pasaje en el que Erickson menciona que llegó con la paciente al acuerdo (siguiendo la regla del resto irresuelto) de que debía reservar su síntoma para otros fines más útiles. Explica su intervención como sigue:

...¿Cuántos pacientes toman a mal que quiera usted quitarles sus dificultades? ¿Cuántos apéndices no son conservados por las familias, en frascos de formaldehído, como si fueran reliquias? ¿No le ha contado nunca alguien «Este es el apéndice que me extirpó el doctor?» «¿Sabe usted cuántos ataques de apendicitis tuvo?» [...] Lo que le dije a esta paciente se apoyaba en lo siguiente: «Vamos a guardar sus asfixias y sus ahogos en una especie de frasco de formaldehído, y usted puede conservarlo, es suyo.» Me dijo en qué pensaba emplear sus ahogos y sus dificultades res-

piratorias. «Hay un matrimonio al que conocemos desde hace mucho tiempo, pero no puedo soportar a ninguno de los dos. Nos hacen frecuentes y prolongadas visitas, siempre están dispuestos a beber y beben siempre sin tasa. Siempre tienen algo que objetar, si no tenemos el mejor whisky [...] Me gustaría perderlos de vista, no puedo soportar su amistad.» Y, en adelante, cada vez que recibía la visita de este matrimonio tenía un ataque de asfixia. Ahora se ha liberado de ellos [49a, pág. 257-258].

Al desplazar Erickson paradójicamente el síntoma y trasladarlo de su contexto original a la situación del matrimonio antipático, la paciente se sintió libre en el momento en que (como consecuencia del síntoma desplazado) perdió también de vista al matrimonio. Lo que llama la atención en esta forma de intervención es que, en el fondo, también aquí se trata de un fenómeno conocido desde mucho tiempo atrás — desplazamiento de síntomas —, si bien hasta ahora sólo se le había contemplado desde la perspectiva de sus implicaciones negativas, no como un proceso terapéutico que puede ponerse en marcha con deliberada intención.

La ilusión de alternativas

En una anécdota muy difundida en el ámbito lingüístico angloamericano, el juez dice con voz tonante al acusado: «¿Ha dejado, por fin, de maltratar a su mujer?» Y le amenaza con castigarle por desacato al tribunal, porque no responde ni con un claro «sí» ni tampoco con un «no», sino que intenta más bien explicar que él *nunca* ha infligido malos tratos a su mujer y que, por tanto, la pregunta del juez no ha lugar. Desde el punto de vista de la lógica formal, esta historieta — por desgracia no del todo improbable — tiene aspectos muy interesantes.

La pregunta del juez estaría plenamente justificada si se hubiera demostrado que el acusado golpeaba a su mujer o lo hizo al menos en épocas anteriores. En tal caso, sólo cabrían las dos posibilidades mencionadas por el juez: o bien el acusado ha dejado de maltratar a su mujer, o la sigue maltratando. No existe una tercera posibilidad, y nos hallamos así ante el *tertium non*

datur de la lógica aristotélica. Es la lógica de las alternativas (del latín *alter*: lo uno o lo otro de dos cosas), de las cuales una de ellas es acertada («verdadera», «real») y la otra no. Y es que, efectivamente, en este marco no pueden darse las dos a la vez (verdadero y falso) ni tampoco ninguna de las dos (*ni* verdadero *ni* falso). Ordenamos nuestro mundo a tenor de esta lógica, que es suficiente para las necesidades cotidianas. Pero la desgracia es, de una parte, que es demasiado fácil chocar contra este orden y, de otra que estos choques llevan a nuestra razón y a nuestra lógica, con excesiva facilidad, *ad absurdum*, sobre todo en el ámbito de las relaciones con nuestros prójimos. El antes mencionado acusado podía tirarse de los pelos, insultar al juez o, acabado el interrogatorio, administrar de hecho a su mujer — en función

olvidara por un momento que estás enferma, me enfadaría mucho contigo [67].

Tal como la madre contempla el comportamiento de su hija, a ésta sólo le quedan dos alternativas: demencia o insolencia.

3. En las perturbaciones de la interacción familiar puede comprobarse a menudo que los padres esperan que su hijo (o su hija) actúe con independencia y comiencen a vivir su propia vida, pero, de otra parte, cada paso del hijo en esta dirección es interpretado como ingratitud, falta de amor y hasta traición. Entonces, tanto si el hijo sigue dependiendo de los padres como si intenta distanciarse de ellos, nunca hace nada a derechas y es siempre un mal hijo.

4. Los alcohólicos conceden singular importancia al hecho de que se les considere esposos y padres cariñosos y respetables. Si un hombre así llega ebrio a su casa, a su familia le quedan sólo dos posibilidades: o bien muestran temor — más que demasiado justificado por las violencias ya sufridas — a nuevas crueldades, a las que el borracho puede reaccionar con violencia, porque aquella actitud demuestra que no le consideran como un padre de familia amoroso y respetable, o bien intentan — por temor a esta reacción — ocultar su miedo, en cuyo caso él puede atacarles por su «falta de sinceridad»⁶.

5. Es bien sabido que una parte de la actitud del paranoide frente a su medio ambiente consiste en considerar las protestas de los demás de que no maquinan nada contra él y que le desean lo mejor como pruebas adicionales de sus malévolas intenciones. Así pues, cualquiera que sea la reacción de los demás frente a su desconfianza, y hagan lo que hagan, siempre serán sospechosos.

madre y su hija esquizofrénica, en el curso de una sesión de psicoterapia familiar:

La madre: No estoy enfadada porque hables así. Sé que realmente no piensas lo que dices.

La hija: Pero sí que lo pienso.

La madre: Pero querida, sé que no piensas tal cosa. No puedes valerte por ti misma.

La hija: Puedo valerme por mí misma.

La madre: No, querida, yo sé que no puedes, porque estás enferma. Si olvidara por un momento que estás enferma, me enfadaría mucho contigo [67].

Tal como la madre contempla el comportamiento de su hija, a ésta sólo le quedan dos alternativas: demencia o insolencia.

lógica, con excesiva facilidad, *ad absurdum*, sobre todo en el ámbito de las relaciones con nuestros prójimos. El antes mencionado acusado podía tirarse de los pelos, insultar al juez o, acabado el interrogatorio, administrar de hecho a su mujer — en forma de vicaria — una buena paliza, pero lo que no le resultaría fácil sería comprender con la razón dónde fallaba el asunto.

Esta muestra de comunicación fue identificada por primera vez por Weakland y Jackson en la interacción de las familias de esquizofrénicos, y la llamaron *ilusión de las alternativas* [11]. Como esta denominación y el antes mencionado ejemplo, se da aquí una presión para elegir entre dos alternativas, pero se trata de una elección que o bien es ilusoria porque ninguna de las dos es adecuada o, por cualesquiera otras razones, es imposible en la práctica. La persona prisionera de este caso, por tanto, *damned if he does and damned if he does not* (condenada si lo hace y condenada si no lo hace), como dice una frase inglesa:

He aquí algunos ejemplos:

1. *Heads I win, tails you lose*, dice otra expresión muy difundida, que alude a la costumbre de echar al aire una moneda para decidir una cuestión y que podría traducirse así como: «Si sale cara gano yo, si sale cruz pierdes tú.» A veces, se deja la decisión en manos del imparcial azar. Pero, por un mínimo de atención para advertir que las dos alternativas son ilusorias, porque sobre la base de este acuerdo (que, debido a su estructura quiástica, suena aún como más convincente) el jugador pierde en *los dos* casos. No tiene ninguna posibilidad de ganar.

2. Laing nos relata el siguiente diálogo mantenido p

6. Searles [91] describe varios esquemas típicos de comunicación, a los que califica acertadamente de «métodos para volver loco a otro». Así, por ejemplo, se puede volver loco a un compañero, tratando un mismo tema una vez en tono de broma y la siguiente con mortal seriedad y acusándole alternativamente de no tener sentido del humor o, por el contrario, de no tomar las cosas con la debida formalidad. O bien, en una situación social que excluye todo comportamiento erótico, adoptar una postura sexual provocativa y acusar al compañero, según sea su reacción, de sexualmente cohibido o de desvergonzado, *tertium non datur*.

Todos estos ejemplos muestran que se produce una ilusión de alternativas cuando se da una elección aparente entre dos posibilidades que no son en realidad contrapuestas sino que, a pesar de su supuesta oposición, sólo presentan *un* polo de una pareja opuesta de un orden superior. No es tarea fácil describir esta metaoposición. Pero vamos a intentarlo, de todas formas, con la ayuda del antes citado ejemplo del juez y el acusado: este último se refiere a la metaoposición entre maltratar y no maltratar. En cambio el juez, desde su posición de poder, niega *a priori* la posibilidad de no maltratar (y por ende de nunca haber maltratado) y reduce por consiguiente la oposición a las alternativas de *no seguir* o de seguir *todavía* maltratando. Tal como el juez define la situación, las alternativas se sitúan *totalmente* dentro de un campo que para el acusado es sólo una *mitad* de la contraposición planteada por el juez (maltratar o no maltratar).

Volvamos de nuevo sobre el eslogan: «¿Nacionalsocialismo o caos bolchevique?» En él se supone que nos hallamos ante dos conceptos absolutamente contrapuestos, de donde se sigue la obligación moral, al parecer ineludible, de abrazar la alternativa buena y pura, y de rechazar la caótico-diabólica. *Tertium non datur*; y no precisamente porque no exista una tercera posibilidad, sino porque no está permitida en el marco ideológico del eslogan. Pero, desde una postura democrática, las dos posibilidades son tan parecidas entre sí como las papas y las patatas: las dos son totalitarias y la supuesta contraposición es una ilusión de alternativas. La figura 3 de la página 99 puede ayudar a ilustrar esta idea: los dos círculos más pequeños del círculo de la izquierda

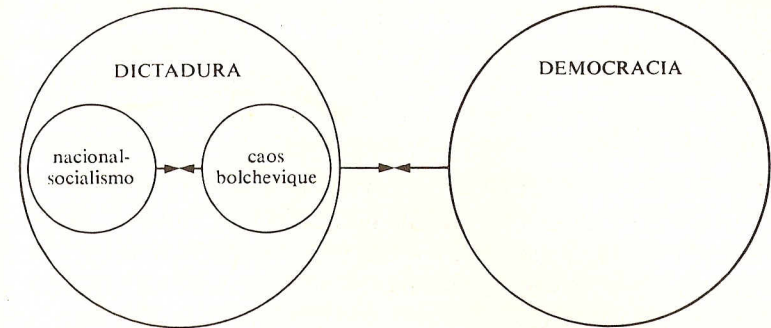


Figura 3

representan el par de opuestos nacionalsocialismo y caos bolchevique. Los dos se hallan totalmente insertos en el ámbito de la *dictadura* que, a su vez, está en oposición a la *democracia* (círculo de la derecha) y forma con ella un parte de metaoposición⁷. La ilusión de las alternativas se rompe, pues, en el instante en el que se adquiere conciencia del par opuesto de orden superior. Pero este conocimiento debe ser reprimido y se halla, por tanto, siempre bajo la amenaza de castigo. La reacción de la Gestapo no se orientaba *tan sólo* contra la manera irrespetuosa que convertía en blanco de mofas a esta perla de la razón de estado totalitario, sino sobre todo contra el *think crime* de saber que existía la posibilidad de ser diferente, de saber *la existencia de una metaoposición* y contra la evasión de este marco impuesto. Y se intentaba impedirlo mediante la construcción, metafórica o real, de muros y alambradas espinosas. En este contexto no deja de parecernos hoy irónico que fuera precisamente Marx el que acuñó por vez primera el término de *mistificación*. En el ejemplo del juez imaginario, al acusado se le amenaza con condenarlo por desacato al tribunal; en las dictaduras, los chistes y rasgos de humor caen bajo la ley de traición y en las familias de esquizofrénicos, cada paso del paciente hacia la normalidad es considerado como una nueva prueba de su locura⁸.

Pero también aquí ha podido comprobarse que el «veneno» de esta interacción, que hasta ahora siempre había sido descrita como patógena y desencadenada por la patología de uno de los

6. Searles [91] describe varios esquemas típicos de comunicación, a los que califica acertadamente de «métodos para volver loco a otro». Así, por ejemplo, se puede volver loco a un compañero, tratando un mismo tema una vez en tono de broma y la siguiente con mortal seriedad y acusándole alternativamente de no tener sentido del humor o, por el contrario, de no tomar las cosas con la debida formalidad. O bien, en una situación social que excluye todo comportamiento erótico, adoptar una postura sexual provocativa y acusar al compañero, según sea su reacción, de sexualmente cohibido o de desvergonzado, *tertium non datur*.

Todos estos ejemplos muestran que se produce una ilusión de alternativas cuando se da una elección aparente entre dos posibilidades que no son en realidad contrapuestas sino que, a pesar de su supuesta oposición, sólo presentan *un* polo de una pareja opuesta de un orden superior. No es tarea fácil describir esta metaoposición. Pero vamos a intentarlo, de todas formas, con la ayuda del antes citado ejemplo del juez y el acusado: este último se refiere a la metaoposición entre maltratar y no maltratar. En cambio el juez, desde su posición de poder, niega *a priori* la posibilidad de no maltratar (y por ende de nunca haber maltratado) y reduce por consiguiente la oposición a las alternativas de *no seguir* o de seguir *todavía* maltratando. Tal como el juez define la situación, las alternativas se sitúan *totalmente* dentro de un campo que para el acusado es sólo una *mitad* de la contraposición planteada por el juez (maltratar o no maltratar).

Volvamos de nuevo sobre el eslogan: «¿Nacionalsocialismo o caos bolchevique?» En él se supone que nos hallamos ante dos conceptos absolutamente contrapuestos, de donde se sigue la obligación moral, al parecer ineludible, de abrazar la alternativa buena y pura, y de rechazar la caótico-diabólica. *Tertium non datur*; y no precisamente porque no exista una tercera posibilidad, sino porque no está permitida en el marco ideológico del eslogan. Pero, desde una postura democrática, las dos posibilidades son tan parecidas entre sí como las papas y las patatas: las dos son totalitarias y la supuesta contraposición es una ilusión de alternativas. La figura 3 de la página 99 puede ayudar a ilustrar esta idea: los dos círculos más pequeños del círculo de la izquierda

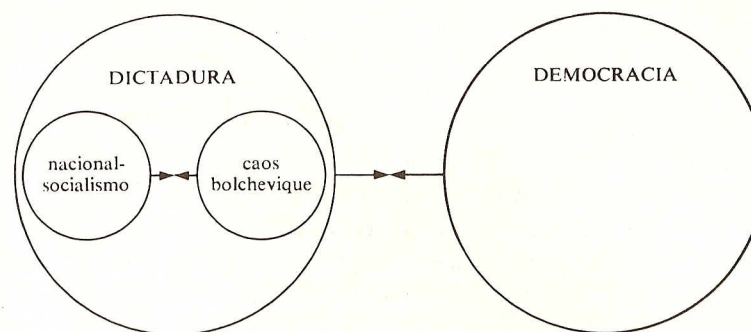


Figura 3

representan el par de opuestos nacionalsocialismo y caos bolchevique. Los dos se hallan totalmente insertos en el ámbito de la *dictadura* que, a su vez, está en oposición a la *democracia* (círculo de la derecha) y forma con ella un parte de metaoposición⁷. La ilusión de las alternativas se rompe, pues, en el instante en el que se adquiere conciencia del par opuesto de orden superior. Pero este conocimiento debe ser reprimido y se halla, por tanto, siempre bajo la amenaza de castigo. La reacción de la Gestapo no se orientaba *tan sólo* contra la manera irrespetuosa que convertía en blanco de mofas a esta perla de la razón de estado totalitario, sino sobre todo contra el *think crime* de saber que existía la posibilidad de ser diferente, de saber *la existencia de una metaoposición* y contra la evasión de este marco impuesto. Y se intentaba impedirlo mediante la construcción, metafórica o real, de muros y alambradas espinosas. En este contexto no deja de parecernos hoy irónico que fuera precisamente Marx el que acuñó por vez primera el término de *mistificación*. En el ejemplo del juez imaginario, al acusado se le amenaza con condenarlo por desacato al tribunal; en las dictaduras, los chistes y rasgos de humor caen bajo la ley de traición y en las familias de esquizofrénicos, cada paso del paciente hacia la normalidad es considerado como una nueva prueba de su locura⁸.

Pero también aquí ha podido comprobarse que el «veneno» de esta interacción, que hasta ahora siempre había sido descrita como patógena y desencadenada por la patología de uno de los

compañeros, puede también utilizarse como triaca. De esto hablaremos ahora.

Nos cuenta Erickson [28] que ya desde niño tuvo que ayudar a su padre en los trabajos de la granja y que muchas veces su padre creaba una ilusión de alternativas, dejándole, por ejemplo, elegir «libremente» entre dar de comer primero a los cerdos o a las gallinas. La ilusión de alternativas se oculta aquí bajo la pequeña e inocente palabra *primero*; la elección no consistía, pues, en si él quería o no echar de comer a los animales — tal alternativa no entraba en cuestión y, por tanto, ni siquiera se mencionaba — sino sólo en cuál de los dos trabajos (que tenía que hacer de todas formas), prefería hacer *primero*. (La figura 4 expone la estructura de esta ilusión. Como el lector puede fácilmente comprobar el dibujo es idéntico al de la figura 3 en la página 99).

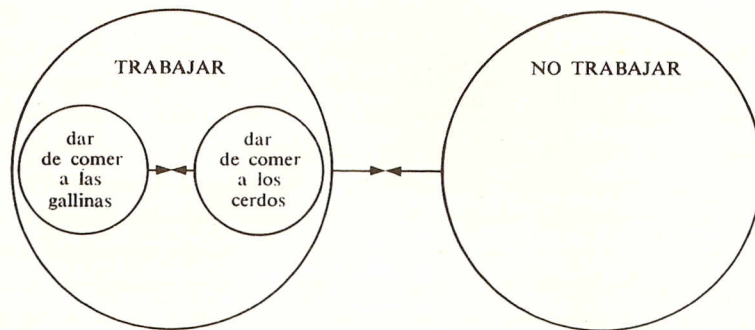


Figura 4

Erickson recuerda también que comenzó a utilizar este método en la escuela, y con excelentes resultados para él, al poner a sus discípulos ante la elección de dos posibilidades, cada una de las cuales habrían rechazado si se les hubieran ofrecido individualmente, no las dos a la vez. Observó también que tales influencias provocaban indefectiblemente irritación y enfado en el afectado, cuando era el propio Erickson el que se beneficiaba de la estratagema. Pero si el beneficio era para otros, entonces los resultados eran positivos y de larga duración.

La ilusión de alternativas es a menudo una parte esencial de las inducciones a trance, por ejemplo:

«¿Quiere usted entrar en trance ahora o más tarde?»

«¿Quiere usted experimentar la distensión con los ojos abiertos o cerrados?»

«¿Quiere usted que su mano derecha se haga más ligera o más pesada, o prefiere usted que se mueva a un lado? ¿O que sea la izquierda la que se mueva? Esperemos un poco y veremos lo que ocurre.»

«¿Quiere sentir que los párpados sean cada vez más pesados, hasta cerrarse, o se quedarán cómodamente abiertos?»

O, con mayor refinamiento: «Si está usted ya dispuesto a entrar en trance hoy, se alzaré su mano izquierda, si no, se alzaré la mano derecha.»

El denominador común de todos estos ejemplos consiste, por supuesto, en que en todos ellos se da implícitamente por evidente la entrada en el trance. La pregunta es sólo cuándo, bajo qué circunstancias, con qué fenómenos concomitantes, etc. Así ocurre de forma especial en el último ejemplo, cuya complicada lógica parece dejar abierta la posibilidad de que el interesado entre o no en el trance, sólo que la prueba de que se verifique esta segunda alternativa es ya de por sí un fenómeno de trance y, por tanto, se cierra el círculo de la paradoja.

Los padres pueden hacer una hábil aplicación de la ilusión de alternativas para poder superar muchas de las dificultades estereotípicas y las luchas por el poder con sus hijos:

«¿Quieres ducharte antes de acostarte o prefieres ponerte el pijama en el cuarto de baño?»

«¿Cuándo prefieres acostarte, a las ocho menos cuarto o a las ocho?» [28, pág. 145].

De lo dicho no debe deducirse que la ilusión de alternativas sólo pueda utilizarse para el trance o con los niños, pero no con los adultos, cuya razón crítica les inmunizaría — al menos en estado de vigilia — contra las ilusiones. Esta concepción interpretaría al revés la causalidad. No es la disminución de la cordura lo que hace posible la ilusión de alternativas, sino que lo que ocurre es que la ilusión bloquea la función crítica y analítica del

hemisferio cerebral izquierdo. Por eso, esta intervención tiene su puesto y su significación también en la psicoterapia general. Si es deseable, por ejemplo, que en un determinado momento de un tratamiento se acentúe de forma especial la posibilidad de una pronta mejoría, el efecto puede conseguirse o bien con el «texto claro» del lenguaje del hemisferio izquierdo o — con mucha mayor eficacia — mediante la pregunta, al parecer absurda: «¿Quiere usted dominar su problema esta semana o esperamos a la siguiente? Probablemente ahora es demasiado pronto. Tal vez prefiere usted antes una pausa, ¿de tres a cuatro semanas por ejemplo?» Obsérvese en este caso la ambivalencia de la palabra *pausa*: ¿quiere decirse que el paciente puede retrasar todavía por algunas semanas la mejoría que ya se insinúa en las palabras (lo que implica que puede influir sobre su problema y que, por tanto, podría acometer ya desde ahora mismo) o que se producirá una pausa *del problema* (lo que, una vez más, implica que el problema es solucionable)?

En todos estos casos se crea, pues, mediante una especie de juego de prestidigitación, un determinado marco, del que se excluye lo indeseado. Luego, dentro de este marco se ofrece una elección ilusoria entre dos posibilidades, *cada una* de las cuales presenta en sí algunos aspectos de la meta intentada por el tratamiento. Si no se consigue crear este marco ilusorio, la intervención es ineficaz. La pregunta dirigida a un extraño: «¿Quiere usted darme un franco o diez?» está condenada al fracaso, porque puede rechazar fácilmente las dos alternativas. Pero si hago esta misma pregunta en el marco de una institución de beneficencia, tengo buenos motivos para confiar en que conseguiré al menos un franco.

De suyo se entiende ya — y aquí radica una de las dudas frecuentemente manifestadas contra la eficacia de esta intervención — que el éxito de cualquier ilusión terapéutica de alternativas queda en entredicho cuando el interesado o bien no entra en el marco trazado por el terapeuta, o bien lo abandona. Este segundo caso se da con frecuencia en la hipnoterapia. Los hipnotizadores experimentados salen al paso de esta dificultad mediante el recurso de ir creando sucesivas y suficientes ampliaciones del marco original, para incluir en él el correspondiente comporta-

miento fuera del trance. Si ha intentado en vano, por ejemplo, conseguir una levitación de la mano, y ésta permanece pesada e inmóvil¹⁰, puede interpretar el hecho como prueba de que el paciente está ya en un trance más profundo de lo que el mismo hipnotizador había pensado. De este modo, siempre es teóricamente posible reinterpretar un fracaso como prueba demostrativa de un éxito: en la práctica, aquí se encuentra también la frontera de la inventiva y de la presencia de espíritu del terapeuta. O, dicho en términos algo más complicados: de esta forma se puede provocar adrede aquella situación frente a la que precave, con razón, Karl Popper [81] en la ciencia y en la investigación, a saber, se puede proceder a la creación de un sistema conceptual respecto del cual no puede aducirse ninguna prueba en contra, un sistema, pues, que en el sentido de Popper, escaparía a toda comprobación y para el que tanto los éxitos como los fracasos son una «demostración» de la exactitud de sus premisas.

Volvamos de nuevo a la ilusión patológica de alternativas. Vivimos allí que la visión del mundo del interesado no incluye la posibilidad de ser diferente, la meta-alternativa. Para él sólo existen dos posibilidades y las dos son inaceptables, imposibles o prohibidas. Allí donde se da esta situación, la solución del problema — y, en consecuencia, la tarea de la terapia — consiste en concebir una alternativa de orden superior¹¹, cuya esencia es salir fuera y situarse por encima de las pseudoalternativas actuales, al parecer inevitables e impuestas desde fuera. Y esto nos lleva de la mano a mi siguiente tema.

Reestructuraciones

Cuando Alejandro Magno cortó simplemente el nudo con que Gordio, rey de Frigia, había atado el yugo a la lanza de su carro de combate, demostró que la solución de un problema depende del modo como se considere. Para Alejandro, todo se reducía a separar el yugo de la lanza, no a desatar el nudo, como habían intentado hacer hasta entonces, inútilmente, otros muchos. La diferencia entre las dos concepciones del problema puede tal vez

parecer trivial, pero resulta decisiva para la solución. No deja de ser interesante advertir que el oráculo había prometido un éxito excepcional (el dominio de Asia) a aquel que intentó no la imposible tarea de desatar el nudo, sino que acometió su solución desde premisas totalmente diferentes.

El hombre que se enfrenta a un ladrón que, pistola en mano, le exige la cartera, sólo tiene, al parecer, la elección entre rendirse o luchar. Las dos alternativas son desagradables, si bien la primera significa un mal menor: el ladrón lo sabe y de ello se aprovecha. Pero imaginemos ahora que el atracado tiene nervios de acero y da a la situación un giro totalmente diferente, al decir al ladrón: «A uno como usted venía buscando yo hace tiempo. Usted puede quitarme la cartera, que tiene doscientos francos, o puede ganarse doscientos mil, si elimina del mundo de los vivos al amante de mi mujer. Si le interesa el caso, venga a verme mañana y le daré más detalles.» De esta manera sencilla, aunque, justo es decirlo, no absolutamente segura, la víctima ha conseguido liberarse de una situación al parecer sin salida y ha pasado a tomar la iniciativa mediante la oferta de alternativas absolutamente diferentes. Y, sin embargo, en términos reales la situación sigue siendo la misma: una víctima, que, al parecer, tiene dinero; un bandido, que no lo tiene y al que, al parecer, nada le importa una vida humana. Pero la alternativa no es ya «la bolsa o la vida» (y con la vida la bolsa), sino «200 ó 200 000 francos».

Mencionemos, para terminar, la vieja pero nada trivial pregunta humorística sobre la diferencia entre el optimista y el pesimista: el optimista ve la botella medio llena, el pesimista medio vacía. La misma botella y la misma cantidad de vino, pero dos concepciones totalmente opuestas, que crean dos «realidades» también radicalmente distintas. Y todavía una variante del mismo tema: al parecer, ya Johann Peter Hebel aludió al hecho de que el enjundioso refrán «la osadía es media victoria» significa también, naturalmente, que la osadía es media derrota [89, pág. 155].

En esta posibilidad de ser diferentes las «realidades» subjetivas (realidades del segundo orden) radica el poder de las intervenciones terapéuticas conocidas como reestructuraciones. Recordémoslo una vez más: Nunca nos enfrentamos con la realidad en

si, sino sólo con *imágenes* o *concepciones* de la realidad, es decir, con interpretaciones. El número de posibles interpretaciones para cada caso es muy grande, pero, en virtud de la concepción del mundo del interesado, suele casi siempre quedar reducido, a nivel subjetivo, a una, que parece ser la única posible, razonable y permitida. En razón de esta única interpretación, la mayoría de las veces sólo se considera posible, razonable o permitida *una sola* solución, y cuando esta solución no lleva a la meta apetecida, se busca, típicamente, *más de lo mismo* [108, pág. 51-9]. Aquí es donde entra en función la reestructuración, y con excelentes resultados, a condición de que se consiga prestar a una determinada situación un sentido nuevo, también adecuado o incluso más convincente del que le ha venido dando hasta ahora el paciente. Ya se entiende que este nuevo sentido tiene que adaptarse a su concepción del mundo y que debe expresarse en el «lenguaje» propio de esa concepción. Analizaremos con mayor detalle este aspecto en las páginas que siguen.

Para evitar erróneas interpretaciones, dejemos bien en claro que una reestructuración no es una interpretación tal como lo entiende la psicología profunda: no «descifra» nada, ni pone al descubierto la «verdadera» significación que se oculta tras la fachada alegórica, simbólica o extraña que se quiera. Como he descrito ya con algún mayor detalle en otro lugar [108, pág. 116-134] la base lógica de las reestructuraciones, me limitaré básicamente en las líneas que siguen, para evitar repeticiones, a las relaciones entre la reestructuración y la ilusión terapéutica de alternativas. Ya hemos visto que en esta última se trata de crear un marco dentro del cual se ofrecen, bajo la apariencia de libre elección, dos alternativas, aunque de hecho las dos persiguen el mismo efecto final, a saber el cambio terapéutico. Se crea, pues, la ilusión de que sólo existen estas dos posibilidades o, dicho de otra forma, se crea una especie de ceguera para que no se vean otras posibilidades fuera del marco creado. *La reestructuración recorre el camino en sentido contrario*: se desbordan los límites de la ilusión, que es inherente a toda concepción del mundo, aunque de muy diversas maneras, de que existe un marco universal que excluye cualquier otra posibilidad y se muestra de este modo la posibilidad de ser

diferente en el sentido de Aristóteles. Y esto se consigue poniendo a la vista alternativas y pares de contraposiciones de un orden superior. Daremos algunos ejemplos para esclarecer este esbozo abstracto:

En su *Ärztliche Seelsorge* (Pastoral médica) [32] y en sus artículos menciona Frankl la posibilidad de reinterpretar o reestructurar una situación que se da con frecuencia en la práctica, y que al afectado por ella le parece desesperada. Se trata de la profunda aflicción que puede desencadenar la muerte de una persona muy querida. Ya nada tiene sentido: con el difunto ha desaparecido todo lo que es bello y la vida no tiene valor, y, sobre la base de esta concepción, sólo el regreso del muerto podría devolver el sentido a la propia vida. (Ya se entiende que el simple hecho de que el afectado busque ayuda contradice, a otro nivel, esta lógica que para él es universal.) Frankl reestructura la situación con una pregunta: el paciente ha de imaginarse que, aunque Frankl no puede, desde luego, devolver la vida al muerto, le lleva hacia otra persona que se parece al difunto no sólo corporalmente y hasta en los menores peculiaridades, sino también desde cualquier punto de vista; alguien que conoce tan a fondo la vida del difunto que puede hablar con el paciente sobre cualquier detalle de los decenios vividos en compañía del amado. Ahora bien, ¿aceptaría el paciente a esta persona como sustituto plenamente válido? Con esta pregunta, Frankl lleva al paciente a enfrentarse con su pérdida desde una perspectiva diferente de la del círculo vicioso de su depresión, y de este modo introduce en la situación, en mi opinión, la posibilidad de ser diferente. Tal como Frankl nos cuenta, la respuesta del paciente, es negativa. De este modo consigue llevarle, por primera vez, a reconocer y admitir que es irremediable el golpe del destino que ha descargado sobre él y a contemplarlo desde la adecuada distancia.

El niño que tiene la costumbre de chuparse un dedo suele especializarse de ordinario en uno de los dedos de una mano, y sólo cambia a otro cuando no puede chupar el primero, por la razón que fuere. Pero en cualquier caso sigue chupándose el dedo, por mucho que hagan sus padres por quitarle tal costumbre. Una intervención eficaz, en la que se dan la mano los elementos de la

prescripción de síntomas y la reestructuración, consiste en que, en presencia de su madre, se le explique, con un lenguaje claro y persuasivo, que vivimos en una democracia en que todos tenemos los mismos derechos y que, por tanto, no es posible chuparse sólo un dedo, en perjuicio de los nueve restantes. En adelante, pues, deberá chuparse también los otros dedos, y todos por el mismo espacio de tiempo; si es preciso, la madre deberá vigilar, reloj en mano, para que a cada dedo se le concedan los derechos que le son debidos en un régimen democrático. Lo que hasta ahora había sido una costumbre placentera, que reportaba la ventaja adicional de que los padres nada podían hacer contra ella, toma ahora de pronto el aire de un deber, cuyo cumplimiento se convierte muy pronto en una carga —sobre todo porque los padres vigilan para que se cumpla. Pero la reestructuración ofrece una salida, que posibilita que el niño «salve la cara»: le permite o bien chuparse los dedos muy poco tiempo o bien renunciar totalmente a esta costumbre. Además, bloquea los anteriores intentos de solución de los padres (burlas, poner cosas amargas en el dedo, castigos, etc.) que no hacían sino prolongar el problema.

Hay un problema típico de muchos estudiantes que consiste en que no pueden concentrarse en sus tareas, porque piensan casi sin interrupción en las innumerables cosas, mucho más agradables, que podrían hacer si no tuvieran que estudiar. Intentan, sin éxito, concentrarse a fuerza de voluntad y esta tortura que ellos mismos se imponen dura muchas veces hasta muy entrada la noche, y recomienza con las tempranas horas de la mañana. En general, se consigue una mejoría poco menos que inmediata cuando se le indica al interesado que debe marcarse por sí mismo un plazo razonable para esta obligación diaria, transcurrido el cual puede hacer cuanto le venga en gana, *menos* estudiar. De esta forma, el tiempo libre se convierte en un castigo y pierde, por consiguiente, su atractivo, de manera enteramente parecida a lo que nos ocurre a la mayoría con la hora de levantarnos: los otros días de la semana podríamos seguir durmiendo durante horas; pero el domingo, cuando podríamos quedarnos en la cama cuanto nos viene en gana, estamos despiertos desde las primeras horas de la madrugada.

Un estudiante inteligente experimenta crecientes dificultades para hacer frente a sus deberes académicos. Y esto le preocupa mucho, no sólo porque está cerca del fracaso, sino también porque siente un gran interés por la especialidad que ha elegido y no puede explicarse sus malos resultados. Tiene además sentimientos de culpabilidad respecto de sus padres, para quienes sus estudios significan una pesada carga financiera. En vez de intentar analizar las causas y la evolución del problema y hacer luz sobre ellas, la terapia puede apoyarse en sus dos premisas, a saber, que debería estudiar *con gusto* y que debe mostrarse *honradamente* agradecido a sus padres. Para ello, se reestructura su actitud y su crítica de sí mismo como arrealistas e inmaduras: incluso bajo las más favorables circunstancias, estudiar es un deber desagradable y la idea de que debería hacerlo con gusto es simplemente risible. Lo mismo ocurre con su deber de gratitud frente a sus padres: éstos tienen, desde luego, derecho a tal gratitud, lo cual está muy lejos de significar que deba estar *gustosamente* agradecido. Las dos reestructuraciones se dirigen, pues contra sus paradojas «¡sé espontáneo», que son la raíz de sus problemas. El terapeuta puede enfrentar al joven con la alternativa de afianzarse en su actitud, inmadura e irrealista, o de tener el valor propio de un adulto y de rechazarla. Para facilitarle esta segunda alternativa, puede recomendarle que cada día dedique cinco o diez minutos a enfrentarse mentalmente a fondo con todos los aspectos desagradables del estudio: la competencia con los demás estudiantes, los miedos a los exámenes, la evidente falta de utilidad práctica de muchas de las asignaturas que tienen que estudiar, y, sobre todo, que repase las muchas cosas agradables y deseables que podría hacer, si no tuviera que estudiar.

Otro estudiante, que ha abandonado por primera vez el hogar paterno, está atravesando la usual etapa de adaptación a las nuevas circunstancias; aún no ha conseguido hacer amistades, siente nostalgia de su casa, no le alcanza el dinero, no se encuentra a gusto en el tráfico de la universidad y otras cosas similares. Pero no ve en ello nada de especial y está firmemente decidido a solucionar, como sea, estos problemas. Su madre, excesivamente preocupada, que ha mimado al muchacho, el menor de sus hijos,

y que todavía no acaba de aceptar su ausencia, insiste una y otra vez, en sus diarias llamadas telefónicas — siempre, por supuesto, «con la mejor intención» — en que el chico no tiene ninguna necesidad de pasar por estos sinsabores y que, si le resulta demasiado pesado, lo único que tiene que hacer es regresar a casa. Con esto dificulta, naturalmente, su desprendimiento del hogar, y lo que consigue de hecho es que su hijo acabe probablemente arrojando la toalla. El terapeuta, a quien la madre acude en consulta, no tarda en advertir que lo único que ella desea es que le confirme la rectitud de su proceder y sabe que no volverá a verla si (como ya lo ha intentado su marido, sus hijos mayores, sus propios padres y amigos) intenta también él ponerle en claro las negativas consecuencias de su excesiva preocupación por el joven. Decide, por tanto, reestructurar la situación, en presencia del joven, tocando primero el tema de que una de las más importantes misiones de una madre es preparar del mejor modo posible a su hijo para la vida, un argumento al que ella da, naturalmente, su pleno asentimiento. De aquí deduce luego que la coronación de esta preparación para la vida consiste en lograr que el hijo supere con éxito la etapa de desprendimiento del hogar paterno y que este desprendimiento tiene tan decisiva importancia, desde el punto de vista psicológico, para el desarrollo de la confianza de un hombre en sí mismo y para su capacidad de enfrentamiento con los futuros problemas de la vida, que la madre no debe intentar facilitársela en exceso bajo ninguna circunstancia. Eso equivaldría a privarle de un triunfo decisivo para él. Tras todo esto barrunta la madre las exhortaciones, que ya tiene de sobra conocidas, para que deje que el joven se enfrente por sí mismo con sus dificultades y que no debe intentar atraerle de nuevo a casa. Por eso le resulta tanto más inesperada la indicación del terapeuta de que dificulte al máximo la separación de su hijo y de que ponga en esta tarea el máximo énfasis posible, para que interrumpa sus estudios, pintándole con colores agradables y seductores el regreso al hogar. Sólo cuando él haya aprendido a resistir estas seducciones podrá enfrentarse con alguna seguridad a las futuras dificultades de la vida. De esta forma, se reestructura de raíz la situación de la madre y del hijo y la madre se ve implicada en un

doble vínculo terapéutico: ahora se le declara que sus excesivas preocupaciones por su hijo son un importante deber maternal; pero al propio tiempo se da por supuesto que este modo de proceder puede llevarle al borde del fracaso, cosa, por otra parte, deseable, porque así es como mejor aprenderá él a afianzarse en la vida. Ahora a esta madre sólo le quedan dos alternativas: puede seguir intentando hacerle la vida fácil, pero esto significa que se la dificulta; o debe poner fin a sus mimos especialmente si, a tenor de lo indicado por el terapeuta, prevé un método de educación particularmente duro, y hasta cruel del que, a la inversa, y una vez más, no puede negarse que tiene por finalidad el bienestar y la adecuada preparación para la vida de su hijo. La reestructuración crea, pues, aquel presupuesto para un cambio del que dijo Wittgenstein que ya no puede jugarse con ingenuidad un juego desde el instante en que el otro le ha enseñado a uno un juego nuevo en lugar del antiguo. «Pero, ¿cómo puede el antiguo quedar obsoleto por el nuevo? Ahora sólo vemos otra cosa diferente y no podemos seguir jugando con ingenuidad» [114].

El ejemplo muestra también que una reestructuración no ha de ser necesariamente positiva o admisible, sino que son cabalmente las reestructuraciones que parecen inaceptables y hasta radicalmente falsas a los interesados las que pueden tener una singular eficacia. Éste es precisamente el caso cuando la reestructuración llega incluso a provocar una contraprueba de parte del paciente y aun para poder producir dicha prueba tiene que recurrir, justamente, a aquel comportamiento que constituye el objetivo de la terapia. Insistiremos sobre este punto en el apartado dedicado a la utilización de la resistencia. Baste aquí poner un ejemplo tomado de la vida práctica.

Mi colega Fisch se enfrentó no hace mucho, cuando desempeñaba la función de consejero psiquiátrico en un albergue del departamento de educación de menores, con el siguiente problema: uno de los muchachos del albergue, de doce años de edad, tenía la costumbre de interrumpir las clases con sus constantes parloteos o con otras formas de comportamiento indisciplinado. En castigo, se le solía recluir en su cuarto y, como se negaba a permanecer allí, se recurrió incluso a cerrarle la puerta. Desde hacía algunos

días había empezado a aporrear con manos y pies la puerta cerrada, hasta que le abrían y, si era preciso, persistía en esta su actitud durante horas enteras. Fracasaron las persuasiones y las amenazas. Al personal vigilante le quedó como *ultima ratio* una celda aislada en la bodega. Pero el muchacho se las arregló para conseguir que sus golpes se siguieran oyendo por toda la casa. La situación era tanto más crítica cuanto que el joven había sido enviado al albergue precisamente por su nula receptividad educativa y resultaba que también el albergue del departamento se hallaba indefenso y desorientado ante su comportamiento. Se recurrió, pues, a mi colega, bajo el supuesto, no del todo absurdo, de que este joven tenía algún problema «psiquiátrico». Pero el psiquiatra consideró el caso como un problema de interacción entre los jóvenes residentes y los vigilantes y decidió reestructurar radicalmente la situación para los muchachos a base de proponerles un juego: se trataba de calcular cuánto tiempo duraría el estruendo de los golpes del chico castigado. El premio al cálculo más aproximado consistiría en una botella de coca-cola. Lo que, de una u otra forma, esperaba conseguir, se produjo con gran rapidez. Uno de los muchachos se escabulló de la clase, corrió a la ventana de la bodega y gritó: «Oye, sigue golpeando siete minutos más, para que gane una botella de coca-cola». Al instante cesaron los golpes.

Es también posible comunicar reestructuraciones de forma totalmente indirecta, por así decirlo por pura casualidad y al parecer sin intención preconcebida. En cierta ocasión acudió al consultorio de Erickson la madre de una muchacha de catorce años; la muchacha estaba convencida de que tenía los pies demasiado grandes y por eso se iba aislando. Se quedaba sentada en casa, apenas iba a la escuela y rehuía las amistades. Como es fácil de comprender, se intentó persuadirla de que sus pies eran normales y que todo eran imaginaciones suyas. Y así es como comenzó a formarse y consolidarse en la interacción entre la muchacha y las personas de su entorno un típico juego sin fin. Cuanto más intentaban éstas convencerla con buenas palabras, más se aferraba ella a su idea de que sus pies eran deformes. Erickson concertó una visita con la madre, con la supuesta finalidad de someter a un

examen médico a la madre misma. En el transcurso de la exploración, Erickson pidió a la muchacha que trajera una toalla, que se quedara detrás de él y tuviera la toalla preparada. Poco después, dio un paso atrás y «sin querer» le dio un buen pisotón. Ella lanzó un grito de dolor. Entonces Erickson se volvió y dijo acremente: «Si tus pies fueran *lo bastante grandes* para que un hombre los pudiera ver, no habría pasado esto.» Y afirma que esta sola intervención fue suficiente para provocar el deseado cambio en la imagen que la muchacha tenía de sí misma.

La mayoría de los ejemplos mencionados en este capítulo tienen un denominador común, que hasta ahora no hemos nombrado: se apoyan en prescripciones inmediatas de comportamiento. Se trata de un procedimiento que abre una tercera posibilidad de utilización del rodeo o de la eliminación de la censura lógico-analógica del hemisferio cerebral izquierdo.

PRESCRIPCIONES DE COMPORTAMIENTO

*Si quieres ver
aprende a actuar.*

Heinz von Foerster

Ocurre muchas veces que lo más difícil de comprender es lo más inmediato, lo que tenemos delante de los ojos. ¿Qué ocurre, cuando exigimos de alguien que haga algo que no haría voluntariamente y en el momento dado? Para poder responder a esta pregunta en su elemental simplicidad, renunciaremos de entrada al análisis de *por qué* alguien puede estar dispuesto a esta acción y *cómo* puede inducirse a que la realice. Aquí nos interesa en primer término el mecanismo del mandato.

Es sorprendente comprobar que sabemos muy poco de este asunto¹, sobre todo en el campo de la comunicación terapéutica. Esto se debe, probablemente, a que en la concepción monádica de la psicoterapia ortodoxa, con su tabú contra el influjo directo, si calificado como tal, y con su esquema de enfermedad radicalmente medicinal, no hay simplemente lugar para dicha intervención.

Pero si — como propone este libro — se considera que el objetivo de la terapia es precisamente el cambio de la concepción del mundo básicamente dominada por el hemisferio cerebral derecho, y cuando — como hay razones para admitir — el hemisferio cerebral izquierdo, lógico y analítico, actúa en cierto modo como guardián del umbral y permite unas determinadas acciones, mien-

tras que rechaza otras como ilógicas e irrazonables, entonces cambia la perspectiva. Entonces parece razonable, entre otras cosas, analizar a fondo el problema del cambio espontáneo y cotidiano y reflexionar sobre las consecuencias prácticas que de aquí pueden extraerse. Se presenta evidentemente esta forma de cambio cuando unos hechos determinados no pueden integrarse en la «cosmovisión» de una persona y exigen, en consecuencia, una modificación parcial de dicha concepción. En el supuesto de que la discrepancia entre estas experiencias y la concepción del mundo no sea demasiado acusada y genere, por tanto, un efecto opuesto —encapsulamiento, actitud negativa, eventual psicosis— se ha hecho una experiencia, se ha crecido, se ha madurado.

Es cierto que así se viene admitiendo tradicionalmente, pero, en general, el terapeuta suele esperar pasivamente, a tenor de su formación, que se produzcan de forma espontánea estos acontecimientos internos o externos. No existe, sin embargo, ninguna razón, en absoluto, que impida que se produzcan de forma activa tales eventos, fuera del hecho de que esta producción contradice una de las reglas básicas de la psicoterapia tradicional. Viene aquí a cuento la célebre observación de Einstein a Heisenberg: «Es la teoría la que determina lo que podemos observar» que, aplicada a la terapia, y sin hacer gran violencia a la frase, puede parafrasearse con «es la teoría la que determina lo que podemos hacer». Con otras palabras, lo que es posible en terapia está mucho más determinado por la naturaleza de las correspondientes opiniones de escuela —es decir, por la teoría— que por la naturaleza o textura del alma humana.

Como ya se ha dicho, hasta fechas recientes la lingüística, y más en particular la semántica, han prestado muy poca atención al mandato como fenómeno propio y peculiar de la comunicación. Con todo, en los últimos tiempos se han aportado razones que permiten admitir que tal vez nos hallamos aquí ante la más arcaica forma del lenguaje. Jaynes [58], psicólogo de la universidad de Princeton, cree poder deducir de los moldes de la parte interior del cráneo del hombre de Neandertal y de otros homínidos primitivos que, aproximadamente hacia el año 46 000 a.C., éstos sólo conocían gritos de advertencia y las órdenes y mandatos que

podían expresarse con tales gritos. Jaynes especula que la proximidad del peligro podría expresarse mediante la intensidad de la llamada. Los portadores de esta información serían, al principio, las terminaciones de estos gritos (las sílabas finales o sufijos), por ejemplo, *wahí* podría indicar que había un tigre cerca y *wahú* que el tigre estaba más lejos. Con el tiempo, estos sufijos llegarían a independizarse, de modo que al final *í* significaría «ven» y *ú* «aléjate». A partir de esta base, se irían formando luego poco a poco, según Jaynes, los demás elementos del lenguaje humano (negaciones, sustantivos, adjetivos, etc.).

Tal vez el primer esquema moderno sobre el tema del mandato se encuentre en la obra del profesor de filosofía de la universidad de Graz, Ernst Mally, *Grundgesetze des Sollens* (Leyes fundamentales del deber) [70], cuya tercera parte analiza especialmente la relación entre el querer y los hechos reales. Se encuentran aquí claras alusiones a la circunstancia, intuitivamente plausible, de que el querer puede llevar a consecuencias inesperadas e imprevisibles y —me atrevería a añadir— puede tener también inesperados efectos cognitivos. Basándose en esta obra, pero superándola ampliamente, el filósofo Nicholas Rescher, de la universidad de Pittsburgh, esbozó su *Logic of Commands* (Lógica del mandato) [84], es decir, una lógica de las frases imperativas, según el esquema de la lógica de las frases indicativas o asertivas que se apoyan en las funciones clásicas de la verdad.

En esta obra cita Rescher al célebre matemático francés Henri Poincaré que en 1913 afirmó categóricamente:

Los fundamentos de la ciencia, los postulados de la geometría están en indicativo y no pueden estar más que en indicativo; también se encuentran en esta forma los datos experimentales y, sobre el fundamento de la ciencia, no se da ni puede darse otra cosa.

Reproduzco aquí esta cita porque entre ella y una obra aparecida el año 1969 existe un interesante contraste, que muestra hasta qué punto se ha modificado la concepción de la escasa pureza científica de las formas lingüísticas imperativas o «inyunctivas»² de los mandatos y de las prescripciones y cuán importante es este cambio

para nuestro tema. En las notas de su ya mencionada obra *Laws of Form* (Leyes de forma) escribe Brown:

Incluso las ciencias naturales parecen depender de las inyunciones (*injunctions*) o indicaciones expresas más de lo que normalmente solemos advertir. La iniciación profesional del científico no consiste tanto en leer los correspondientes manuales cuanto en llevar a cabo las instrucciones o indicaciones que se le hacen, por ejemplo: «Mire por este microscopio.» Y después que lo ha mirado, está perfectamente admitido que los científicos describan y comenten entre sí lo que han visto y escriban artículos y libros sobre ello. Del mismo modo, también es perfectamente admisible entre los matemáticos, cada uno de los cuales ha seguido un determinado grupo (*set*) de indicaciones, describir luego y comentar entre sí los resultados a que han llegado y escribir artículos y libros sobre el tema. Ahora bien, en los dos casos esta descripción depende —y es secundaria respecto— del precedente cumplimiento a un grupo de indicaciones [15, pág. 78].

Tienen una relación aún más inmediata con nuestro tema de la prescripción de comportamientos y con sus resultados prácticos las siguientes reflexiones de Brown:

La forma primaria de la comunicación matemática no es la descripción, sino la instrucción o indicación. En este aspecto puede compararse con las actividades prácticas, por ejemplo la de cocinar, en la que, si bien el sabor de los pasteles es literalmente indescriptible, puede comunicársele al lector bajo la forma de un grupo de instrucciones: las recetas. También la música es una forma artística similar; el compositor no intenta describir el grupo de tonos o de acordes que tiene en su mente, y no digamos ya el grupo de sentimientos que tales tonos y acordes proporcionarán, sino que simplemente presenta un grupo de indicaciones que pueden llevar al lector que las siga a la vivencia personal de la experiencia originaria del compositor [15, pág. 77].

Así pues, en la instrucción dada para hacer una cosa determinada, es decir, en la prescripción de un comportamiento, se halla inserta una posibilidad totalmente inmediata de ayudar a alguien a conseguir una comprensión y una experiencia directa de aspectos de la realidad que serían inaccesibles a través de la mera descripción digital, analítico-verbal. Se advierte bien la gran importancia que todo esto tiene para nuestras reflexiones, sobre todo

si recordamos la cita de Galin de la página 36, según la cual resulta difícil expresar con palabras la vivencia de un concierto sinfónico mientras que, por el lado contrario, es muy difícil describir con imágenes la frase: «La democracia exige participación informada.» Resumiendo, puede decirse que en la prescripción de comportamiento se le ofrece a la psicoterapia una tercera vía de acceso inmediato al hemisferio cerebral derecho y, por ende, a la concepción del mundo de una persona. Y ahora vemos también que —como le ocurría a nuestro Monsieur Jourdain con su prosa— siempre hemos recurrido en nuestro trabajo a formas lingüísticas inyunctivas cuando a ciencia y conciencia (aunque las más de las veces sin advertirlo) dirigimos a unas metas determinadas el comportamiento de nuestros pacientes.

Las prescripciones de comportamiento abarcan desde los mandatos más simples e inmediatos hasta las más complicadas combinaciones de dobles vinculaciones terapéuticas, reestructuraciones e ilusiones de alternativas. No es necesario acentuar expresamente que no puede aplicarse, como si se tratara de un esquema fijo, una intervención de este tipo a todos los casos similares, sino que cada caso exige el análisis y consideración más detallada posible de todas las implicaciones y circunstancias de la situación —sobre todo en lo referente a sus aspectos interhumanos—, y requiere, por tanto, una planificación individual. Pero justamente por eso es tan interesante esta forma terapéutica, que enfrenta a los terapeutas con tareas siempre nuevas, con nuevas decisiones y responsabilidades. Dado que mi colega y yo hemos expuesto ya con detalle estos temas en nuestro libro *Cambio* [108], y dado que el presente libro se ocupa preferentemente del empleo del lenguaje en la terapia, bastará aquí con añadir algunos pocos ejemplos de diversa complejidad.

Si Erickson tiene que habérselas, en una terapia matrimonial, con una mujer que interrumpe constantemente y que, además, responde siempre por su marido, sin dar a éste ocasión para despegar los labios, dice a la mujer más o menos lo siguiente: «Sé muy bien que usted quiere ahorrar tiempo y ayudarme. Con todo, necesito también la opinión de su marido. ¿Tiene por casualidad una barra de labios? (Por supuesto, casi siempre la tiene.) «Bien,

acaso esto le parezca ridículo, pero permanezca usted, por favor, con la punta de la barra suavemente apoyada en su labio superior. Cuando haga yo algunas preguntas a su marido, notará usted que sus labios se mueven un poco, exactamente como si quisieran decir algo. Creo que encontrará usted este fenómeno muy interesante.» Al describir esta intervención, explica Erickson: «Con esto, conseguía yo dar a sus labios una legítima finalidad. Ella no lo entendió, por supuesto, pero en conjunto lo encontró divertido» [49a, pág. 227].

El siguiente ejemplo muestra la elegancia de una intervención, al parecer mínima, dentro de un sistema de relaciones humanas, cuya estructura rígida y monótona pudo modificarse radicalmente en muy poco tiempo. Erickson tenía en tratamiento a un matrimonio que dirigía, conjuntamente, un restaurante. El hombre juraba y perjuraba que era su mujer la que llevaba la voz cantante: «Yo soy el camarero, el friegaplatos, la mujer de limpieza, el contable, el encargado de hacer las compras, todo; pero para ella no hago nada a derechas.» Ella afirmaba que, por su parte, le dejaría con mucho gusto la dirección total del restaurante, porque prefería tener más tiempo para los trabajos domésticos. Cada uno de ellos afirmaba que el otro le impedía conseguir sus deseos individuales (mayor libertad en la dirección del restaurante o, respectivamente, más tiempo para el hogar). Visto desde fuera del sistema, era evidente que ambos deseos eran, por supuesto, perfectamente conciliables. Pero, ya dentro del sistema, la culpa parecía ser — muy típicamente — del otro. Y de este modo, las relaciones mutuas de estas dos personas se hallaban atrapadas en aquel dilema que en la teoría de la comunicación se conoce con el nombre de juego sin fin [107, pág. 213-217]: El sistema queda aprisionado dentro de sus propias y rígidas reglas y no puede establecer por sí mismo una regla para la modificación de sus reglas (una metarregla). En consecuencia, hay que introducirla desde el exterior. De ordinario, se intenta hacerlo mediante la conversación y la explicación, de una parte porque se atribuye a la concepción del hemisferio cerebral izquierdo, a la comprensión, una importancia de la que, en mi opinión, muy pocas veces muestra ser digno, y, de otra,

porque se estima que recurrir a la acción en vez de a los discursos es una práctica manipuladora.

Como siempre en tales casos, Erickson comenzó por hacer una minuciosa exploración de la situación, que descendía hasta los detalles al parecer más insignificantes, gracias a lo cual pudo, finalmente, situar la intervención en el punto clave exacto del problema, por mucho que, a primera vista, éste diera la impresión de ser del todo intranscendente. Descubrió en efecto, que esta pareja abría diariamente el restaurante a las 7 de la mañana y lo cerraba a las 10 de la noche. Era la mujer la que tenía las llaves, mientras que el marido aparcaba el coche o lo iba a buscar. Erickson prescribió el siguiente comportamiento, al parecer de una extrema simplicidad: por las mañanas, el marido tenía que ir al trabajo solo, en el auto, mientras que la mujer tendría que ir a pie, media hora más tarde. De aquí se derivó, de pronto, una media hora de tiempo libre para ella, totalmente inhabitual, pero al llegar al restaurante se veía liberada de media hora de deberes rutinarios, establecidos de forma empedernida en el curso de los años. A no tardar descubrió que tenía poca importancia que ella llegara 35 ó 40 minutos o incluso una hora más tarde, mientras que este lapso de tiempo le permitía llevar a cabo muchos proyectos domésticos que se había venido proponiendo desde mucho tiempo atrás. Al fin, tomó la costumbre de regresar antes a casa por la noche. Puede, pues, advertirse que con esta mínima prescripción de comportamiento consiguió Erickson un cambio radical del sistema (una solución del segundo orden que modificó la estructura misma del sistema) y que lo consiguió no por el camino de los discursos, sino de una acción concreta [49a, pág. 226].

A un graduado en filosofía le falta todavía, para recibir el título, presentar la disertación. Pero esto le proporciona extraordinarias dificultades, con las que viene luchando inútilmente desde hace tres años. Corría el mes de agosto y la universidad le fijó como plazo último y definitivo para presentar el trabajo la fecha del 15 de diciembre. Este hombre era el orgullo de todo un clan de pobres inmigrantes, que veían en él, el futuro doctor, la justificación de todas sus privaciones y la culminación de todas sus nunca alcanzadas expectativas de la vida. Y todo esto provoca en

nuestro joven, de una inteligencia superior a la media, que hasta ahora había venido cosechando continuos éxitos, un miedo extremo al fracaso, que se hacía notar de la siguiente manera: haga lo que haga, debe ser tan perfecto que no dé el más mínimo asidero para la crítica. Referido a la disertación quiere ello decir que debe prever de antemano toda posible o imaginable objeción y que debe citar todos los autores que han escrito sobre la materia. Cuando tiene dudas al respecto, pone una nota al pie para cuya redacción, y para que no le pillen desprevenido, se ve obligado a leer un nuevo libro, en el que generalmente descubre nuevas conexiones con su tema, que todavía no ha tocado. Y así, la disertación adquiere desmesuradas proporciones. En los tres años anteriores ha escrito ya casi 400 páginas que, a pesar de todo, sólo abarcan tres de los ocho capítulos previstos. Comprende claramente que a este paso le será imposible tener concluido el trabajo en el plazo marcado. Se atormenta durante numerosas horas diarias clavado sobre la mesa o en las bibliotecas y no puede liberarse de la impresión de que los miembros del tribunal le están mirando por encima de los hombros y están al odioso acecho de sus eventuales errores u omisiones. Fallan todas las intervenciones terapéuticas directamente referidas a su *modus operandi*. Al final, se le indicó que, hasta la próxima sesión terapéutica, actuara a ciencia y conciencia en público haciendo el ridículo, aunque de la forma más inofensiva que le fuera posible. Como ocurre siempre en tales intervenciones, también aquí la solución hasta entonces intentada era la meta de la prescripción de comportamiento, es decir, la angustiada evitación de todo imaginable ridículo, que era la verdadera causa responsable de aquella su acribia, que crecía como la espuma. He aquí el relato, copiado de la grabación magnetofónica, de nuestro joven sobre el efecto de esta intervención:

«La primera vez fui a un restaurante mexicano y pedí un *egg roll*³. Y añadí: "Es una especialidad mexicana, ¿no?" Tuve que hacer acopio de valor para seguir adelante, pues, el asunto me resultaba extremadamente penoso. La segunda vez fui a una calle, cuyo nombre conocía y pregunté a un transeunte dónde estaba aquella calle, pero entonces ya no me resultó tan penoso y no tuve que esforzarme tanto. A medida que iba aumen-

tando estas estúpidas preguntas, me iba resultando más fácil y, ¡ah!, fui viendo cada vez más claro con cuánta seriedad me tomaba a mi mismo y qué ridículo es esto [breve risa] y, ¡ah!, soy hombre caviloso por temperamento y he especulado muchas veces hasta qué punto esto tiene relación con mis dificultades personales, con mi vida, mi pasado y mi infancia, etc.; pero, de lo que realmente se trata: me tomo demasiado en serio y ahora lo hago menos [...]. Fue un excelente ejercicio para mí —quiero decir que el resultado fue totalmente inmediato—, comencé a tomarme menos en serio y a preocuparme menos de si producía buena o mala impresión...»⁴.

Las expectativas temerosas o las situaciones dominadas por el temor, tal como las que constituyen el núcleo de las neurosis de angustia y las fobias, se caracterizan siempre por un elevado grado de absurdo y se salen, precisamente por eso, del ámbito de los buenos y razonables consejos. Y también precisamente por eso son accesibles a las prescripciones de comportamiento, cuya extravagancia e irrealidad causa risa y burla a la sana razón humana. Aquí no sólo debe tenerse en cuenta la regla del resto irresuelto, sino que además, y dadas las circunstancias, hay que acercarse a la meta a pequeños pasos y con amplios rodeos. El hombre prisionero de una fobia que no le permite entrar en un edificio claramente iluminado y lleno de gente, puede sentirse algo más seguro si se le da la indicación, absolutamente absurda, de no acercarse más de un metro al punto crítico del interior del edificio en el que ya sería dominado por el miedo. Visto desde la razón, la indicación es ciertamente absurda. ¿Qué quiere decir esto y dónde está ese punto crítico? Pero en la vivencia subjetiva del que es víctima de la fobia esta comunicación tiene un resultado totalmente diferente: le proporciona, por así decirlo, una zona de seguridad de un metro a su alrededor y con ello, desde el punto de vista pragmático, la situación se ha transformado de un problema absoluto en otro relativo. Obsérvese también el desplazamiento hacia lo plástico y lo imaginativo.

De parecida manera, se diría que Erickson en cierta ocasión pasó totalmente por alto el problema «real» de un paciente, su obsesión de ducharse, cuando se limitó al principio a prescribirle otro tipo de jabón, luego otras toallas, luego otras horas para sus

numerosas duchas diarias, etc., etc. Pero al proceder así fue creando poco a poco, y de forma casi imperceptible, huecos y espacios cada vez mayores en la estructura al parecer monolítica de aquella neurosis.

*Dal dire al fare
c'è di mezzo il mare¹*

La duda más frecuente respecto de las intervenciones hasta ahora descritas suele adoptar la forma de pregunta: ¿Cómo es posible inducir a una persona razonable, que piensa con autonomía e independencia, a que ponga en práctica estas acciones irrazonables y a veces incluso ridículas? Aquí debe advertirse, ante todo, que nuestros pacientes — sobre todo los que ya no saben qué hacer o a quién recurrir — barruntan precisamente en la naturaleza absurda y paradójica de las prescripciones de comportamiento la posibilidad de una solución hasta ahora no intentada (la posibilidad aristotélica de ser diferente). El carácter inofensivo de las prescripciones, así como el hecho de que se sitúan, al parecer, totalmente al margen del problema «real» y exigen poco consumo de tiempo, dinero o energía, supone una contribución adicional para aceptarlas y cumplirlas.

De todas formas, esta regla no es segura. Toda intervención bien planificada choca — precisamente porque está bien planificada — con la misma resistencia que ha hecho hasta ahora imposible que el interesado llegue a superar su problema. Puede tal vez hallarse una simplificación útil en la comprobación de que cuantos acuden a la psicoterapia dicen en el fondo lo mismo, aunque de diversas formas, a saber: todo menos *esto*. La frase alude al hecho de que los sufrimientos anímicos despiertan en nosotros la disposición a hacer *todo* lo posible para eliminarlos, todo menos una cosa determinada. Y esta cosa es, cabalmente, la causa de

los sufrimientos. Se cierra así el círculo vicioso del problema y de las «soluciones» que mantienen en pie los problemas. La única solución posible se halla siempre en la dirección del mayor temor y, por ende, de la más viva resistencia.

Es preciso preguntarse, pues, cómo frente a esta actitud de «todo menos esto», puede descubrirse un camino a través del mar, que —en el sentido del proverbio que encabeza este capítulo— separa la prescripción de comportamiento (las palabras, el «dicho») y su ejecución práctica (la acción, el «hecho»). Se presentan, para ello toda una serie de técnicas, que mencionaremos en las páginas siguientes, sin ninguna pretensión de exhaustividad.

Utilización del «lenguaje» del paciente

Una de las diferencias básicas entre la psicoterapia tradicional y ciertas técnicas de terapia breve (incluidas las de la hipnoterapia) consiste en que en la primera se comienza por llevar al paciente a una nueva «lengua»; la lengua de la correspondiente teoría psicoterapéutica. Este proceso de aprendizaje consume inevitablemente mucho tiempo y contribuye a prolongar de forma sustancial las terapias clásicas. En la hipnosis se viene empleando, en cambio, desde hace mucho tiempo, el procedimiento radicalmente contrario: el hipnotizador aprende y utiliza el lenguaje del cliente (entendiendo aquí el concepto de *lenguaje* tanto en su sentido metafórico como literal). Es decir, el terapeuta no sólo se esfuerza por comprender con la mayor rapidez y amplitud posible las expectativas, temores, esperanzas, prejuicios, en una palabra, la concepción del mundo de su paciente, sino que además presta atención a su lenguaje en el más estricto sentido de la palabra y lo utiliza para expresar con él sus propias comunicaciones. Debería ser claro y patente que a un niño debe hablársele de distinta manera que a un adulto y a una persona sencilla de distinta manera que a un catedrático. Además, el uso de ciertas palabras revela las modalidades de sentido con que la persona en cuestión afronta primariamente el mundo. Es de todos sabido que existen «tipos visuales», mientras que otros conciben el mundo básicamente a

través de sus sensaciones corpóreas. Es, en cambio, menos sabido o menos atendido el hecho de que estas modalidades de concepción se expresan también en el lenguaje cotidiano del interesado: «No lo veo claro», «... y sólo entonces se me abrieron los ojos», la mención de formas y colores, la descripción de una persona o de una situación con detalles casi fotográficos son evidentemente formas visuales de expresión. «Me produce dolor de estómago», «sentí un escalofrío en su presencia», «aquella afrenta se le clavó en los huesos», y otras innumerables frases de este tenor son manifestación de una vivencia del mundo que es primariamente sensitiva, propioceptiva. Todo esto es fácil de entender y de utilizar, una vez que se aprende a prestar atención no sólo al contenido sino también a la forma de las comunicaciones.

No es menos cierto que todo esto exige un cambio esencial en la actitud del terapeuta mismo. En vez de considerarse como sólida roca en medio del oleaje, tiene que hacer oficio de camaleón. Y aquí es donde se dividen los espíritus. Algunos se atrincheran tras la divisa: «Todo menos *esto*.» Para otros, la necesidad de siempre nuevas adaptaciones a la imagen del mundo de sus pacientes constituye una fascinante tarea.

En la necesidad de aprender la lengua del paciente se halla exactamente lo que Viehweg [véase pág. 43] ha designado (refiriéndose al tópico aristotélico) como procedimiento de búsqueda de premisas. Y es que, efectivamente, nos hallamos en búsqueda de premisas, que luego ponemos al servicio del cambio que intentamos conseguir. Ya Jenofonte nos dice: «Cuando el mismo Sócrates quería explicar algo, comenzaba por los presupuestos que contaban con mayor probabilidad de asentimiento, ya que consideraba que éste era el camino más seguro para argumentar con otros» [115].

Pongamos aquí, para empezar, un ejemplo absolutamente literal, que puede proporcionar además al lector una idea de la extraordinaria personalidad y de la perseverancia de Milton Erickson:

En sus primeros años como psiquiatra, prestó Erickson sus servicios en una institución en la que pasaba su vida un paciente de unos 25 años de edad. Había sido detenido, unos cinco años

antes, por la policía, debido a su perturbado comportamiento, y lo llevaron a la mencionada institución, pero nunca se le pudo identificar, porque no llevaba encima ningún documento, al parecer nadie había denunciado su desaparición, y fuera de las frases «me llamo George», «buenos días» y «buenas noches», no decía ninguna otra cosa que tuviera sentido. A todo intento de llevar una conversación con él, reaccionaba con largas y rápidas verbalizaciones en una lengua artificial. Fueron innumerables los psiquiatras, psicólogos, enfermeras y asistentes sociales — y hasta los pacientes de la misma institución — que habían intentado en vano, en el curso de los años, descubrir un sentido en aquella ensalada de palabras, o conseguir inducir a George a expresarse con claridad. Al final, se le había dejado solo y él se limitaba a ir de un lado para otro, murmurando para sí casi incansablemente. Durante unos pocos días, Erickson se limitó a sentarse durante una hora, en silencio, al lado del paciente, que le ignoró. Uno de los días siguientes, se presentó, por así decirlo, al aire vacío, pronunciando de pronto y en voz alta su nombre. George no reaccionó hasta el día siguiente, cuando Erickson volvió a pronunciar su nombre, pero esta vez dirigiéndose directamente a él. Entonces George replicó con una larga ensalada de palabras en tono enojoso, sin mirar a Erickson. A este arranque respondió Erickson (que se había preparado a fondo para el momento) con otra parrafada, no menos corta, pero de acento amistoso, que sonaba igual que la lengua artificial del paciente, aunque contenía otras pseudopalabras. George pareció muy sorprendido y cuando Erickson terminó, respondió de la misma forma, aunque esta vez la verbalización sonaba a interrogativa. Erickson «contestó» de nuevo con inflexiones amistosas y explicativas. Al día siguiente se inició la conversación con mutua pronunciación de sus respectivos nombres, seguida de una ensalada de palabras de George de cuatro horas de duración ininterrumpidas. Erickson respondió con otra ensalada de otras cuatro horas (aunque esto le costó quedarse sin comer). A ello siguió una nueva verbalización del paciente, esta vez de dos horas, a la que Erickson — ya algo agotado — respondió con otra de la misma duración. Al día siguiente se inició de nuevo la terapia con la misma mutua presentación

pero, tras un corto intercambio en la habitual jerigonza, George dijo de pronto: «Hable usted razonablemente, doctor», a lo que éste respondió: «¿Por qué no? Con mucho gusto. ¿Cómo se apellida usted?» Al cabo de un año George había hecho ya tales progresos que pudo abandonar el establecimiento y encontrar una colocación. A plazos irregulares iba al establecimiento para visitar a Erickson, y, básicamente, para hablarle de su vida. Invariablemente, estas visitas empezaban y terminaban con una ración de ensalada de palabras; y algunas veces añadía con tono seco: «No hace nada de mal un poco de insensatez en la vida, ¿verdad, doctor?» [26].

En el caso de la madre demasiado preocupada que se ha mencionado en la página 108s, la utilización del lenguaje mismo de la madre implicaba que ésta no estaba evidentemente preparada para solucionar el problema de su hijo de otra forma que no fuera la ayuda de su sacrificio maternal. Pero en vez de repetir el error de los anteriores consejeros, guiados por la sana razón humana, el terapeuta reestructuró a fondo la situación, a base de solicitar de la madre una ayuda enteramente especial, en vez de inducirla a que pusiera fin a sus «ayudas» y dejara a su hijo en paz. También en el ejemplo ficticio del salteador (pág. 104), el asaltado emplea el lenguaje del asaltante. No intenta modificar el marco de la violencia y de la apropiación ilegal del dinero ajeno, sino que le pone ante los ojos, en su misma «lengua», otra posibilidad mucho más tentadora.

Erickson se halló una vez envuelto en un peligro similar al descrito. Una paciente gravemente depresiva, que vivía sola, le dijo al principio de la primera sesión que él era su última esperanza y le declaró, como en un ultimátum, que le daba tres meses de plazo para que la ayudara. Si la terapia no le servía de utilidad, se quitaría la vida. En vez de intentar lo mismo o más de lo mismo ya intentado sin provecho con anterioridad, a saber, quitarle de la cabeza, con persuasivas palabras, la idea del suicidio, Erickson pasó directamente a hablar el lenguaje de la paciente y le propuso, en monólogos prolijos y monótonos típicos para él, de forma despaciosa y, por supuesto, sin el menor sarcasmo, que empleara aquellos tres meses en hacer todas aquellas

el desvalido juguete de fuerzas incontrolables. Y esto sólo puede conseguirlo a condición de ser menos recalcitrante, mientras que el terapeuta puede explicar todo nuevo comportamiento dictado por la insolencia como «prueba» de la exactitud de su interpretación. En segundo lugar, esta intervención lleva a una reducción de las falsas soluciones hasta ahora intentadas por los padres, que no hacían sino eternizar el problema. En efecto, si admiten, al menos como posibilidad, que el especialista esté en lo cierto en su explicación, psicológica, adoptarán frente al joven una actitud más tolerante de las que se suele estar dispuesto a adoptar hacia las personas con profundos problemas. Y esta tolerancia hace que, de un lado, el joven no se vea tan precisado a adoptar una actitud de rebeldía y, de otro, le obliga a dar pruebas todavía más claras de que él no es forzosamente un renitente.

El siguiente ejemplo permite comprobar en qué complejo instrumento de influencia puede convertirse la resistencia, unida a una ilusión de alternativas y a la pluriforme lógica de las comunicaciones «inyuntivas», cuando es utilizada por un experto:

Lal, hijo de Erickson, declaró una noche, cuando tenía ocho años de edad, que en adelante su padre no podría darle ya más órdenes y que, para demostrarlo, aquella noche no cenaría y su padre no podía hacer nada para impedirlo. Erickson aceptó el desafío y se limitó a manifestar que sería una lástima que por aquella causa Lal tuviera que renunciar a su cena. ¿No lo podría demostrar también renunciando a beber sólo un gran vaso de leche? El muchacho afirmó que sí. Después de cenar, puso Erickson un vaso de leche en medio de la mesa y puso en marcha el ritual que había planificado cuidadosamente. Comenzó por ordenar al niño: «Lal, bebe la leche.» A lo que Lal replicó con cerrada determinación: «No quiero y tú no puedes obligarme.» Entonces su padre le ordenó: «¡Derrama la leche!» El muchacho se quedó un momento sorprendido, pero se rehizo inmediatamente y se negó a ejecutar la orden. Erickson repitió su mandato unas dos veces más, pero Lal se negó, como la vez primera. Entonces su padre le mandó tirar el vaso al suelo y tampoco esta vez obedeció el muchacho. El siguiente mandato del padre fue: «¡No levantes el vaso de leche!» Tras un instante de reflexión, Lal le-

vantó el vaso desafiadamente, pero al momento recibió una nueva orden: «¡No dejes el vaso en la mesa!» Y Lal lo dejó al instante. A continuación, Erickson escribió en una pizarra las dos órdenes: «Levanta el vaso» y «Deja el vaso» y explicó al muchacho que cada vez que cumpliera una de estas dos indicaciones pondría una raya debajo de la frase correspondiente. Entonces el juego tomó un sesgo grave para Lal, porque su padre le mandó: «No levantes el vaso»; el muchacho lo levantó al instante y su padre subrayó la frase: «Levanta el vaso.» A continuación recibió la indicación: «No dejes el vaso.» Lal lo dejó y su padre subrayó debajo de «Deja el vaso». Tras repetir varias veces estas dos órdenes, a las que Lal se iba negando con el ánimo cada vez más decaído, su padre escribió en la pizarra dos nuevas instrucciones, a saber, «Bebe la leche» y «No bebas la leche». Luego, mandó: «No bebas la leche.» Con desconcierto, se llevó Lal el vaso a los labios. Pero antes de tomar el primer sorbo, recibió para alivio suyo la siguiente orden: «Bebe la leche.» Y a continuación, Erickson subrayó las órdenes «Deja el vaso» y «No bebas la leche». Tras varias repeticiones de este curso de comunicación, Erickson dio la orden de no tener el vaso sobre su cabeza, sino que la derramara, lo que, al parecer dejaba al muchacho sin otra alternativa que la de poner el vaso sobre su cabeza. Erickson abandonó el cuarto, regresó con un libro y otro vaso de leche y observó con tono ligero: «Todo esto es ridículo. No pongas el vaso en la mesa.» Con un suspiro de alivio, Lal dejó el vaso y declaró que estaba de acuerdo en poner fin al juego. Erickson vació su vaso, y, tras un momento de reflexión, Lal hizo lo mismo con el suyo [28, pág. 148-150]. Como el lector puede advertir, en este ejemplo es digno de nota no sólo la ya mencionada utilización compleja de varias formas de intervención, sino también la precavida manera con que Erickson permitió a su hijo «salvar la cara».

A veces, la resistencia procede de una tercera persona, pero también entonces se la puede utilizar de forma parecida o, al menos, se le puede neutralizar. Una atractiva muchacha de 21 años de edad, acude en busca de ayuda debido a sus repetidos fracasos para entablar y conservar relaciones con los hombres. Nada desea

tanto como casarse cuanto antes y da la impresión de que, guiada por este deseo, entabla toda nueva amistad con tal y tan patente entusiasmo matrimonial que el amigo de turno se evapora lo antes posible. Ella no acaba de entender por qué todos la abandonan. Para empeorar la situación, también su madre, que vive en otra ciudad a varios miles de kilómetros de distancia, espera el rápido casamiento de su hija, en sus diarias llamadas telefónicas pone gran empeño de enterarse de los progresos hechos por ella en esta dirección y la sobresaeta con «buenos consejos». Estas llamadas son una consolidación adicional de los intensos esfuerzos de la joven, para la que cada día «fracasado» constituye casi una situación de pánico. Para modificar este comportamiento de la muchacha, que es justamente el que hace imposible alcanzar lo deseado, parece, ante todo, necesario neutralizar la ininterrumpida «ayuda» de la madre. Pero semejante tarea es algo que rebasa las fuerzas de la muchacha, primero porque, en definitiva, se trata de su propia madre y, segundo, porque su madre es psicóloga y sabe muy bien lo que su hija tiene que hacer. La madre había leído nuestro libro *Cambio* y tomó la iniciativa de enviarnos a su hija al consultorio, y además con la indicación: «Si alguien puede ayudarte, es esa gente de Palo Alto.» Disponíamos con esta frase de buen punto de partida. A la muchacha se le encargó que, inmediatamente después de la primera sesión, llamara a su madre y le dijera que nosotros le habíamos prohibido hasta nueva orden decir nada sobre la terapia o sobre su vida privada y que añadiera además que estábamos convencidos de que, puesto que ella conocía nuestro libro, debía saber bien por qué nosotros le habíamos dado estas instrucciones, pero que no debía explicárselo a su hija. La madre, convertida ahora en coterapeuta, debía poner fin a sus llamadas telefónicas, lo que llevó a una casi inmediata distensión de la hija, ya que, a partir de este momento, se veía al menos libre del temor de tener que enfrentarse cada día con la confesión de un nuevo «fracaso».

No es demasiado rara la situación exactamente opuesta, que consiste en que mientras por un lado una tercera persona (cónyuge, padres, maestros, médicos que dirigen el tratamiento, asistentes sociales) aseguran que la terapia está haciendo progresos,

el paciente mismo se aferra con obstinación a la idea de que el tratamiento terapéutico no le sirve de nada. En tal caso, puede imponerse la obligación — sin explicar los motivos — de que no mencione a nadie en ningún caso ni la más mínima mejoría y que, sea cual fuera el rumbo que sigue el tratamiento, se limite a decir siempre que todo sigue igual. Tanto si se atiene a esta prescripción de comportamiento, como si la rechaza, el terapeuta puede alabarle por su voluntad de cooperación, porque entonces, cuando insiste en que no se ha producido ningún progreso *real* y en que tiene trastornos *reales* (y no sólo porque así lo quiere el terapeuta por las absurdas razones que fueren), puede interpretarse esta actitud como cumplimiento especialmente concienzudo y creativo de la prescripción de comportamiento. También aquí desempeña un papel el trazado de un marco, ya mencionado en el tema de las reestructuraciones y de la ilusión de alternativas: el paciente insiste en que su trastorno se halla *fuera* del ámbito de la prescripción de comportamiento; el terapeuta inserta este trastorno *dentro* del marco, al declarar que la afirmación «Mi queja no es una consecuencia de su encargo, sino que se debe a un trastorno real» es cabalmente una consecuencia de su encargo. La estructura es, pues, similar a la de una paradoja de Russell, porque se basa en la confusión de un grupo (clase lógica) con sus elementos (miembros). Finalmente, esta intervención utiliza también la técnica de las anticipaciones, a la que dedicamos el siguiente apartado.

Anticipaciones

En su *Retórica a Alejandro*, describe el pseudo Aristóteles la anticipación como

un medio para prevenir de antemano las objeciones del auditorio o de otros, cuya oposición es de esperar, y para eliminar así las dificultades previstas [...]. De esta forma, deben anticiparse aquellas cosas que probablemente causarán extrañeza en los oyentes y disculparlas con razones que justifiquen su presencia,... [3, 19,32b].

He aquí algunos ejemplos de anticipaciones en la comunicación terapéutica:

«Probablemente usted lo encontrará insensato, pero yo tengo la impresión de que...»

«Es muy posible que esto le parezca ridículo, pero podría decirse...»

«Hay una solución realmente muy sencilla pero seguramente a usted no le va a gustar...»

«Sé bien que pocas personas lo verían así, pero...»

«Seguramente la solución le parecerá a usted poco aceptable, porque visto sólo desde la superficie es, desde luego, absurda...»

Añadiremos, para terminar, algunas notas básicas relativas al vasto y fecundo campo de las prescripciones de comportamiento y al tema de la resistencia contra ellas. Como ya se ha dicho, y como se entiende de por sí, el encargo que se hace debe ser siempre aceptable, sobre todo no debe ser humillante o denigrante, tampoco debe llevar aparejadas grandes dificultades o considerables gastos y debe además dar la impresión de ser sólo un aspecto secundario de la cuestión. En principio, las pequeñas prescripciones de comportamiento son más eficaces que las de mayor entidad; las que piden una *acción* concreta y determinada son más seguras y fiables que las que sólo se limitan a una verbalización.

... una solución realmente muy sencilla pero a usted no le va a gustar...»

«Sé bien que pocas personas lo verían así, pero...»

«Seguramente la solución le parecerá a usted poco aceptable, porque visto sólo desde la superficie es, desde luego, absurda...»

... unos gastos y debe además dar la impresión de ser sólo un aspecto secundario de la cuestión. En principio, las pequeñas prescripciones de comportamiento son más eficaces que las de mayor entidad; las que piden una *acción* concreta y determinada son más seguras y fiables que las que sólo se limitan a una verbalización.

a usted no le va a gustar...»

«Sé bien que pocas personas lo verían así, pero...»

«Seguramente la solución le parecerá a usted poco aceptable, porque visto sólo desde la superficie es, desde luego, absurda...»

La anticipación propicia, pues, un entendimiento precisamente porque la falta de entendimiento se interpreta indirectamente como prueba de inteligencia lerda, de falta de imaginación o de limitada capacidad de comprensión.

La anticipación — y la técnica de la confusión — se hallan además emparentadas con aquellos giros y expresiones a través de los cuales se dice algo precisamente como quien no lo dice. También Aristóteles recomienda este recurso:

Con fingida seriedad dice alguien algo so pretexto de no decir nada o cuando dice lo contrario [...]. Así, puede recordarse algo de pasada, cuando alguien dice lo que supuestamente no quiere decir [3, 21,34a].

Se abre aquí paso la hipótesis de que el absurdo del supuesto no-decir lo que se dice bloquea el hemisferio izquierdo, mientras que el derecho, con su notoria incapacidad de comprensión de las negaciones, admite la frase en su exacta significación. Algunos ejemplos prácticos:

«Si no estuviera presente su mujer, diría lo siguiente...»

«Si yo no fuera su terapeuta, le recordaría simplemente que...»

«A quien no estuviera tan desesperado como usted le haría caer simple y llanamente en la cuenta de la banalidad de este problema.»

Además, el paciente siempre tiene razón y, por lo tanto, nunca y bajo ninguna circunstancia debe ser castigado con él. Si el paciente se niega a aceptar una prescripción de comportamiento, o de hecho no lo acepta, es recomendable aceptar la plena responsabilidad por haber exigido demasiado del paciente y por su propio optimismo terapéutico.

Llegados aquí, debería estar ya bastante claro que no es nada fácil la tarea de descubrir la intervención adecuada. Erickson y Rossi [28, pág 151] comparan esta búsqueda con la de un cerrajero, que consigue abrir una puerta cerrada, no golpeando al paciente y cuidadosamente, una vez en la cerradura.

El error más frecuente de los principiantes es intentar imponer una determinada prescripción de comportamiento en la medida de lo posible con una actitud de fuerza. Los pacientes se desilusionados cuando el paciente o el terapeuta se niega al revés o la ignora. También aquí sirve la hipnosis: toda sugestión, incluso la de vigilia (y a esto equivale una prescripción de comportamiento) debe impartirse en un lenguaje lento, pausado; un lenguaje que se anticipa cuando el paciente se niega a aceptar una prescripción de comportamiento.

gencia de nuestro interlocutor. Pero en el diálogo terapéutico tenemos que hacer, también demasiadas veces, la penosa comprobación de que tras haber repetido hasta el aburrimento una determinada advertencia a un paciente, cuando nos atrevemos a repetírsela una vez más, éste exclama de pronto: «Tiene usted razón, ¿por qué no me lo ha dicho antes?»

Por lo que hace al procedimiento lento, insistente y repetido, puede adoptarse en la terapéutica general la llamada técnica de testudo o de retejo. Consiste en hacer que la segunda mitad de una frase sea a la vez la primera mitad de la frase siguiente, al modo como se disponen las tejas en el tejado, de modo que cada una de ellas recubre la mitad de la anterior. Pongamos al menos un ejemplo, tomado de una inducción a trance: «Ahora contaré despacio de uno a cinco. Cuando llegue a cinco, golpearé suavemente la mesa. Cuando oiga usted este golpe, sentirá usted en su cuerpo una sensación de agradable pesadez. Apenas advierta usted este sentimiento de pesadez...»

Supongamos que en el caso de la paciente mencionada en la página 59s, Erickson le hubiera dado el encargo formal de, una vez acabada la sesión, descongelar *realmente* el frigorífico de su casa. Con esta prescripción de comportamiento, la naturaleza simbólico-imaginaria de su intervención terapéutica en la concepción del mundo (la realidad del segundo orden) de su paciente se hubiera extendido también a su realidad de primer orden (al frigorífico «real», al «descongelar» real, etc.). Nos hallaríamos entonces ante un curso de acciones en el que se entremezclan los elementos simbólicos con los concretos y al que habría que aplicar el concepto de ritual.

El ritual es la síntesis más universal y elegante en que pueden combinarse todas las diversas intervenciones descritas en este libro.

Es bien conocida, en todos los tiempos y lugares, su significación extendida también a su realidad de primer orden (al frigorífico «real», al «descongelar» real, etc.). Nos hallaríamos entonces ante un curso de acciones en el que se entremezclan los elementos simbólicos con los concretos y al que habría que aplicar el concepto de ritual.

El ritual es la síntesis más universal y elegante en que pueden combinarse todas las diversas intervenciones descritas en este libro. Es bien conocida, en todos los tiempos y lugares, su significación arquetípica y la literatura sobre el tema es prácticamente inabarcable. «Si la entera humanidad desapareciera, con la sola excepción de un niño de nada más que mediocre inteligencia que no hubiera disfrutado de la menor instrucción, este niño solo redescubriría el proceso total de las cosas, volvería a haber dioses y demonios, paraíso, mandamientos y prohibiciones, Antiguo Testamento y el Nuevo, todo podría reproducirse de nuevo», escribe Hermann Hesse en el *Demian*.

Tal vez una de las enfermedades de la época moderna sea

Pero mientras llevábamos a cabo esta supresión, permanece inextinguida la antiquísima sed del misterio del ritual y o bien contribuye a agudizar la conciencia de la insensatez y el vacío o bien se encadena a sucedáneos tan banales y míseros como obtener el carnet de conducir en vez de un rito de iniciación. Es cierto que todavía siguen existiendo ciertos ritos, como el carnaval brasileño, aunque en gran parte convertidos ya en formas vacías, como las de su equivalente europeo, o la mayoría de las bodas. En general, el ritual queda reducido al «subterráneo» y hace, por tanto, imposible la cooperación del hemisferio cerebral derecho para conseguir la necesaria maestría sobre las tareas y los hechos concretos de la vida, o amenaza al orden razonable del mundo a través del oscuro poder inherente a todo lo desplazado o reprimido. Serían muchísimas las personas que podrían aceptar mucho más rápidamente y con algo menos de sufrimiento el fracaso de su matrimonio, si la banal firma al pie del documento de divorcio pudiera revestirse de un ritual moderno. Sólo los dictadores y demás ralea de este tipo parecen conocer esta profunda necesidad y ofrecen a la juventud la trampa de ratas de sus pseudorrituales.

La eficacia psicoterapéutica del ritual ha sido acentuada, una y otra vez, por varios autores, entre los que destaca la obra de C.G. Jung, aunque casi siempre se la ha considerado como «carril de dirección única», desde dentro hacia fuera, es decir, se la ha utilizado para la investigación y el análisis de los antiquísimos rituales de la humanidad o de los que se manifiestan espontáneamente, es decir, como una traducción al lenguaje del hemisferio izquierdo. En un artículo de reciente publicación, que lleva el sugerente título «Where have all the rituals gone?» (¿Adónde han ido todos los rituales?), analiza Plaut [78] la función del ritual en nuestro mundo moderno, aunque ateniéndose también al «carril de dirección única». Pero si madame Sechehaye [92], por poner un ejemplo, da a su paciente catatónica Renée una manzana, o si John Rosen [85] penetra activamente en el mundo de insanias de sus pacientes, el ritual pasa de un fenómeno espontáneo a una intervención planificada y activa.

Hasta donde alcanzan mis conocimientos, la utilización consciente, planificada hasta en sus menores detalles, del ritual, fue

introducida por vez primera en la terapia de la comunicación por Mara Selvini y sus colaboradores, del Instituto de la Familia de Milán. Según esta autora, un ritual familiar es «una acción o una serie de acciones, acompañada de fórmulas verbales, que se lleva a cabo con participación de toda la familia. Como todo ritual, tiene que consistir en la secuencia, sujeta a unas ciertas normas, de unos determinados pasos en un determinado momento y en un determinado lugar» [93, pág. 238]. Y añade:

La «invención» del ritual exige de parte del terapeuta una gran capacidad creadora y a menudo, si así puedo decirlo, intuiciones geniales, ya por el simple hecho de que un ritual que ha mostrado su eficacia para una familia raramente tiene la misma eficacia para otra distinta. Esto es debido a que cada familia sigue sus propias reglas y juega sus propios juegos. *Ante todo, un ritual no es una especie de metacomunicación por encima de estas reglas, y muchos menos aún por encima de estos juegos; se trata más bien de un contrajuego que, una vez jugado, destruye el juego anterior.* Con otras palabras, lleva a la sustitución de un ritual insano y epistemológicamente falso (por ejemplo del síntoma anoréxico) por un ritual sano y epistemológicamente correcto» [93, pág. 239].

Tal como esta cita muestra, Selvini ve en los esquemas de comunicación de una familia perturbada un ritual — naturalmente de tipo patógeno — que nos hace recordar la validez de la máxima *similia similibus curantur* (un clavo saca otro clavo). Añadimos aquí la descripción resumida de uno de sus ejemplos:

Un niño, cuyo electroencefalograma mostraba una perturbación cerebral mínima, fue llevado a una terapia de familia, porque su psiquiatra se negó a seguir el tratamiento. El niño parecía inaccesible al psicoanálisis y mostraba una agresividad poco menos que intolerable. Al cabo de cuatro sesiones con los padres, dos de ellas en presencia del niño, llegaron los terapeutas a la convicción de que, aparte los conflictos intensos entre los cónyuges, el muchacho se hallaba inserto en una situación de doble vínculo de la que no podía liberarse. Declarado «enfermo» por los neurólogos y atiborrado de dosis masivas de tranquilizantes, abandonado por el psiquiatra como caso sin remedio, se le trataba en su casa como a un perturbado mental y se le permitía, por consiguiente, comportarse de una manera que los padres no consien-

ten a ningún niño en su sano juicio: dar fuertes puntapiés a su madre en la cara cuando ésta le ponía los zapatos; atacar con el cuchillo de mesa; arrojar los platos de sopa sobre el vestido de su madre, etc. En cambio, se le presentaban, en sermones y quejas inevitablemente prolijas, las «fechorías» que cometía, cuando se comportaba como un niño normal de su edad. Los terapeutas advirtieron de inmediato que su primera tarea consistía en eliminar aquella situación de doble vínculo, mediante el recurso de destruir la convicción de los padres de que su hijo era un «enfermo mental». Pero también comprendieron que no podrían conseguir este objetivo con aclaraciones verbales, que hubieran sido inmediatamente rechazadas. Decidieron, pues, prescribir el siguiente ritual familiar: aquella misma noche, después de cenar, toda la familia, que se componía de los padres, el paciente, su hermana más pequeña y la abuela materna, debía dirigirse en procesión al cuarto de baño, donde el padre debería recoger todos los frascos de medicinas del niño, y dirigiéndose a éste, debía decirle en tono solemne: «Hoy nos han dicho los doctores que debemos tirar todas estas medicinas, porque tú estás completamente sano. Simplemente, eres un niño malcriado, y no toleraremos más tus groserías.» A continuación, debería ir vaciando, uno tras otro, todos los frascos de medicina, echando su contenido al «water», y repitiendo con cada frasco: «Estás completamente sano.» A pesar del miedo de la madre de que, sin sus calmantes, el niño acabaría por matarla, el ritual fue tan eficaz que llevó a la desaparición del comportamiento agresivo. Se consiguió también eliminar el conflicto matrimonial de los padres al cabo de un total de diez sesiones [93, pág. 236-237].

Es indudable que con el desarrollo y perfeccionamiento de los rituales terapéuticos, la terapia de familia conseguirá una eficacia adicional.

OBSERVACIONES FINALES

*No me muerdas el dedo;
mira hacia dónde señala.*

Warren S. McCulloch

La inhabitual naturaleza de las intervenciones descritas en este libro, en especial la referente a los rituales, y, sobre todo, la lógica de la *posibilidad de ser diferente* que le sirve de base, provocará necesariamente, a tenor de lo que enseña la experiencia, tres escépticas preguntas:

La primera se refiere a la forma, que parece pura invención de la fantasía, de las intervenciones específicas, cuyos criterios de selección ni siquiera parecen haberse tocado en este libro. ¿Qué criterios debe seguir el terapeuta para elegir, de entre el número enormemente elevado de posibles y curiosas prescripciones, la que es indicada para cada caso? La respuesta es tan simple que casi peca de trivial y lleva, en consecuencia, a un nuevo escepticismo: para elegir adecuadamente, el terapeuta debe analizar con cuidado lo que los afectados han venido haciendo hasta ahora para solucionar sus problemas. Si en lugar del inútil ejercicio obligatorio de deducción causal anamnésica de los problemas del pasado, el terapeuta se decide a investigar su naturaleza y su repercusión tal como es *aquí y ahora*, se ve que el verdadero problema es la solución hasta ahora intentada del «problema» y, en consecuencia, dirigirá su intervención contra la solución intentada, que no hace sino mantener en vigor el problema. *El problema es la solución*¹ y ésta es la que determina la naturaleza y la estructura de la intervención.

La segunda objeción se refiere a la duración del efecto de las intervenciones y constituye un *curiosum sui generis*. En prácticamente ningún ámbito comparable al que nos ocupa se plantea y se acepta la exigencia de que las modificaciones deban ser definitivas y perfectas. En todas partes, menos en la psicoterapia clásica, se admite como un dato obvio de la vida, que no existen soluciones perfectas y conseguidas de una vez para siempre, que los problemas pueden volver a presentarse y que la vida es un proceso prolongado durante toda la existencia en orden a la mejor adaptación posible, que nunca es plena y perfecta ya por la simple razón de que el escenario se modifica sin cesar. En la terapia

das a cada caso. La meta de una terapia consciente y responsable sólo puede ser el enfrentamiento eficaz con los problemas, no un mundo sin problemas.

La tercera pregunta va dirigida contra la aparente superficialidad del planteamiento descrito en estas páginas. A tenor de lo que enseña la experiencia, la plantean tanto los colegas atentos y preocupados como los autores de recensiones, que siempre lo saben todo, y mejor. Baste advertir en este punto que el simple hecho de que una técnica no se adapte al marco conceptual de otra teoría está muy lejos de ser una demostración de la inexac-

s y conseguidas de una vez para siempre, que den volver a presentarse y que la vida es un proceso prolongado durante toda la existencia en orden a la mejor adaptación posible, que nunca es plena y perfecta ya por la simple razón de que el escenario se modifica sin cesar. En la terapia

preocupados como los autores de recensiones, que siempre lo saben todo, y mejor. Baste advertir en este punto que el simple hecho de que una técnica no se adapte al marco conceptual de otra teoría está muy lejos de ser una demostración de la inexac-

soluciones perfectas y conseguidas de una vez para siempre, que los problemas pueden volver a presentarse y que la vida es un proceso prolongado durante toda la existencia en orden a la mejor adaptación posible, que nunca es plena y perfecta ya por la simple razón de que el escenario se modifica sin cesar. En la terapia

siempre, que la vida es un proceso prolongado durante toda la existencia en orden a la mejor adaptación posible, que nunca es plena y perfecta ya por la simple razón de que el escenario se modifica sin cesar. En la terapia

preocupados como los autores de recensiones, que siempre lo saben todo, y mejor. Baste advertir en este punto que el simple hecho de que una técnica no se adapte al marco conceptual de otra teoría está muy lejos de ser una demostración de la inexactitud y la inaplicabilidad de dicha técnica. Ya he notado al principio de estas páginas que mi tesis es sencilla, pero que no lo es su aplicación. El criterio sigue siendo la aplicación, pero no ciertamente en el sentido del conocido chiste: *No existe el arte de tocar el piano; lo he intentado varias veces, pero nunca ha resultado nada.*

soluciones perfectas y conseguidas de una vez para siempre, que los problemas pueden volver a presentarse y que la vida es un proceso prolongado durante toda la existencia en orden a la mejor adaptación posible, que nunca es plena y perfecta ya por la simple razón de que el escenario se modifica sin cesar. En la terapia, por el contrario, se habla de espléndidas metas, organización genital de la libido, de individuación y, según afirma que un tratamiento sólo tiene éxito cuando a reaparecer una dificultad o, especialmente, un síntoma. En esta perspectiva, la terapia significa la consecución de un objetivo y absolutamente utópico de ausencia de sufrimiento. Los problemas, mientras que el logro de la «mera» capacidad de convivir bien que mal con el sufrimiento y con los problemas van surgiendo, se considera superficial chapucería². En el lugar ni el momento de mostrar cuáles son las consecuencias totalmente negativas, que se derivan de esta utopía de prolongación y la eficacia de los tratamientos psicoterapéuticos. La íntima conexión tiene con el dogma, absolutamente inquebrantable según el cual sin una iluminación y aclaración de la vida del pasado es imposible un cambio en el presente. La experiencia, por ejemplo, que no podía decir *no*, y que, en razón de lo que evitaba a toda costa tener que decirlo, sabía incluso la génesis de su síntoma; pero lo que la ayudó no fue el sufrimiento, sino el doble vínculo terapéutico, apoyada en el presente, el ahora, y de ninguna manera en el análisis de la vida del pasado. La comprensión, producida por la imposición de este límite de la posibilidad de ser diferente. El muchacho «reeducado», que perturbaba el albergue, dejó ciertamente de ser un niño y se convirtió en un hombre.

No es éste el caso de las consecuencias, para la producción de los síntomas y cómo demostrarlos, las causas del sufrimiento del paciente, por esta creencia, lo cuál era la causa de este conocimiento en el aquí y ahora, sino el doble vínculo, que impide a toda costa el sufrimiento de gol-

Al capítulo 1

1. En evitación de cualquier mal entendido, insistiremos en que no nos referimos aquí a las comunicaciones intraorgánicas (hormonales, neurológicas, metabólicas) — aunque su estudio reviste el máximo interés científico — sino que el problema que nos ocupa es cómo poder desencadenar, dirigir y reforzar estos procesos mediante la comunicación *desde fuera*.

2. A la luz de estos hechos, no puede merecernos hoy ningún crédito la historia del misterioso Kaspar Hauser, que apareció en Nuremberg un día del mes de mayo de 1828 afirmando que lo único que podía decir de su vida anterior era que, hasta donde su memoria alcanzaba, había vivido siempre completamente solitario en una habitación en tinieblas. (Murió el año 1833, por heridas punzantes que le causaron gentes al parecer desconocidas para él, llevándose consigo a la tumba el misterio de su origen.)

Donde hay comunicación, se llega siempre a la formación de lenguaje, revestido a veces de un ropaje francamente elemental, como lo demuestra un singular ejemplo citado por Jespersen. Se trataba de una muchacha, nacida en el norte de Islandia, a comienzos del pasado siglo, que, ya desde sus primeros años, hablaba con su hermano gemelo una lengua completamente ininteligible para los demás miembros de la familia.

Sus padres estaban preocupados [...] e intentaron enseñarle el islandés, pero pronto (¡evidentemente, demasiado pronto!) llegaron a la conclusión de que no podía aprenderlo. Y fueron lo bastante insensatos para aprender la lengua que ella hablaba. Así lo hicieron también sus hermanos y hermanas y algunos amigos. Para que pudiera recibir la confirmación, su hermano mayor tradujo el catecismo a la lengua de la muchacha y actuó de intérprete entre ésta y el párroco. Se dice de ella que era inteligente — llegó incluso a componer poesías en su propia lengua — pero hurafía y desconfiada [59].

3. En este punto, merece la pena tener en cuenta la distinción fundamental que hace Kopperschmidt entre las diversas significaciones de este concepto. En nuestro texto se alude a la segunda significación, mientras que la tercera se refiere evidentemente a aquella capacidad a la que nuestro libro quisiera contribuir: — «Retórica» en el sentido de *teoría o doctrina del discurso* (por ejemplo: «la moderna retórica se encuentra todavía en el estadio de la investigación básica»). Bajo esta significación, la «retórica» se ocupa (tanto en la investigación como en la enseñanza) de la capacidad retórica del lenguaje, de su estructura, función, sistema, formas de manifestación, posibilidades de utilización, histórica, etc.

— «Retórica» en el sentido de *arte oratoria* en general (por ejemplo: «se abusa muchas veces del poder de la retórica»). En esta acepción, «retórica» se refiere al sistema de reglas y técnicas cuya aplicación garantiza una capacidad óptima de convicción.

— «Retórica» en el sentido de *capacidad oratoria* o elocuencia individual (por ejemplo: «tiene una excelente retórica»). Con esta acepción, «retórica» se refiere al dominio — consciente o inconsciente — que posee el individuo en cuestión de las antes mencionadas reglas y técnicas en las diversas formas de utilización concreta del lenguaje [65, pág. 13].

4. Según Gomperz, los sofistas eran «maestros de la elocuencia, eran rethores y debían conceder forzosamente a la capacidad de hablar con acierto, a la formación retórica, un puesto de honor entre las habilidades humanas» [45].

5. Aunque esta postura parece asentar el pie también en Europa, se trata de un fenómeno primariamente norteamericano, cuyas raíces describe el anglicista Evans, inmigrado de Inglaterra a California, como sigue:

«Una sorprendente manifestación de esta veneración tributada a la sinceridad es el culto a la informalidad en el modo de vestir y de hablar americanos; por ejemplo, el rápido paso al nombre de pila en lugar de los tratamientos, más distantes e impersonales. Al igual que el modo de vestir negligente, también el nombre de pila se presta a la espontaneidad, la franqueza y la sinceridad de la proximidad personal, mientras que la formalidad sugiere cierta reserva y, a una con ello, un cierto grado de ocultamiento. Otra manifestación, aunque no tan llamativa, de la misma actitud es el fenómeno, que me sorprendió una y otra vez no mucho después de mi llegada [a los EE. UU.], de que los juegos de palabras (*puns*) que de tan alta estima gozan en Gran Bretaña, eran recibidos por los americanos casi siempre con un suspiro poco menos que atormentado de disgusto. Finalmente, me incliné a creer que la razón consiste en que toda forma de *double entendre* nos recuerda que las palabras, exactamente igual que los hombres, pueden encerrar en sí un secreto sentido y que justamente el lenguaje con el que nos comunicamos no siempre es "sincero".»

Más abajo sigue especulando Evans que a una sociedad tan anclada en ilusiones como la americana, pero que al mismo tiempo se jacta de ser tan realista, debe parecerle amenazador todo cuanto tiene hasta la más remota sospecha de impostura consciente [29].

Al capítulo 2

1. Por lo demás, Jaspers ve aquí lo totalmente sin lenguaje:

«Sin lenguaje, hay algo en el ser de la naturaleza, algo en mí mismo como naturaleza, las dos cosas como acontecer que, ajeno al tiempo, sólo siendo así, incapaz de lenguaje, me determina como incomprendido y sin comprender. De distinto modo que el oscuro espíritu, que tiende a la claridad y en el lenguaje llega hasta sí mismo, aquí un sin lenguaje se mantiene invencible frente a todo lenguaje. Es preciso experimentar este choque, experimentar clara y decisivamente lo sin lenguaje, ante este ser, a través del auténtico enmudecer. El lenguaje se conviene en desecho, porque oculta el choque del ser terriblemente silenciosos» [57, pág. 416].

2. Esto es fácil de decir, pero difícil de aceptar. Schneider escribe que durante milenios los filósofos estuvieron convencidos de que el punto de partida mental evidente de todos los niños y de la mayoría de los adultos parece estar indisolublemente marcado por la idea de que las palabras son un exacto reflejo de la realidad, las frases deben tener por fuerza un sentido y el mundo que nos rodea es tal como nosotros lo llamamos en nuestra lengua materna. Es conocida la irritación que el tirolés meridional sentía contra los italianos porque al caballo (*Pferd* en alemán) lo llaman «cavallo»: «Nosotros lo llamamos *Pferd* y es un *Pferd*» [89, pág. 193-4].

3. Un interesante ejemplo del mundo de la técnica es el del puente del Schwandbach, del cantón de Berna, abierto al tráfico en 1933. Al igual que el puente Europa de Innsbruck, su tablero forma una curva horizontal, lo que complicó extraordinariamente los cálculos estáticos (un cuarto de siglo antes del inicio de la era de las computadoras). El proyecto técnico se debió a Robert Maillart y dice mucho en favor de su genialidad

la circunstancia de que se terminaron los cálculos y comprobó su exactitud sólo después de haberse construido el puente.

Al capítulo 3

1. Estas intervenciones quirúrgicas intentan, en general, impedir que las perturbaciones de tipo epiléptico pasen de un hemisferio cerebral al otro, en aquellos casos que responden mal a los tratamientos epilépticos medicamentosos o en los que estos tratamientos no tienen ningún efecto.

2. La holografía es un procedimiento para la reproducción de las imágenes de objetos con la ayuda de haces de luz coherente que hace posible su reconstrucción óptica espacial (tridimensional). Merece la pena notar que la holografía permite reconstruir la imagen total de una parte cualquiera.

3. No debe confundirse esto con el antes mencionado acoplamiento de múltiples detalles, a modo de mosaico, llevado a cabo por el hemisferio izquierdo.

4. Sobre este punto Levy:

«Resulta en efecto muy difícil describir analíticamente los rostros. No conocemos a las personas con comprobaciones como: «Esta persona tiene cabello oscuro, ojos azules, rostro pecoso, lleva gafas, por tanto debe ser Mary.» Las conocemos más bien en virtud de una percepción casi instantánea de la figura esencial. Posiblemente el hemisferio izquierdo tenga que abandonarse, con su competencia lingüística, al método inductivo y en consecuencia apenas si es capaz de hacerse una imagen de aquellas impresiones sensibles que escapan a toda descripción mediante palabras» [69].

En la estadística criminal se recurre, por tanto, a la ayuda de una especie de piezas — al modo de las cajas de construcciones — de los más diversos elementos sensibles de los rostros humanos, mediante los cuales los testigos oculares pueden reconstruir un rostro, sin tener que usar el lenguaje del hemisferio izquierdo, inadecuado para la realización de esta tarea.

5. Sobre esto Pierce:

«Como afirma Berkeley, la forma abstracta de un (o del) triángulo ideal no debe ser "ni aguda ni recta ni equilátera, ni isósceles ni escalena, sino que debe tener al mismo tiempo todas estas cualidades y ninguna de ellas"» [75].

6. En cambio, se dice que Ricardo Strauss afirmó una vez que con la música se podía expresar todo, incluso un espumeante jarro de cerveza.

Al capítulo 4

1. Por esta razón resulta difícil ofrecer al lector interesado en la materia una selección estricta de trabajos generales, introductorios y fundamentales. Sin la menor pretensión de exhaustividad, pueden recomendarse las obras citadas en la bibliografía bajo los números 17, 21, 38 y 63.

2. Ampliaciones de este tema en Gordon y Sperry [47]. En este contexto es, por lo demás, interesante notar que los textos yoga indios insisten siempre en que los ejercicios respiratorios producen efectos psíquicos totalmente diferentes según que se hagan por la fosa nasal izquierda o derecha.

3. Supongo aquí, en aras de la simplificación, que Gauss era «diestro» (es decir, no zurdo), aunque las últimas investigaciones [por ejemplo 105] dan pie para admitir que en los zurdos no se da necesariamente una inversión lateral de las funciones hemisféricas, sino que el hemisferio cerebral izquierdo está predispuesto para el desarrollo del lenguaje con independencia de la habilidad manual.

4. Sobre este punto nota Gazzaniga [40, pág. 315] que tal vez la dificultad de recordar cosas vividas en la primera infancia (hasta el segundo o el tercer año de edad) dependa de que estas experiencias acontecen en una época anterior a la formación de una sufi-

ciente capacidad lingüística y, por consiguiente, aunque dichas experiencias quedan almacenadas, luego no pueden ser evocadas en el lenguaje digital del hemisferio izquierdo.

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

Al capítulo 5

1. También Marx se enfrentó, en su juventud, con esta contradicción, que para él no era sino un mal básico inherente al idealismo. En una carta a su padre, el año 1837, hacía la autocrítica de uno de sus ensayos de filosofía del derecho y escribía: «Surgía aquí sobre todo, de forma muy molesta, la misma contradicción entre lo que es y lo que debe ser, propia del idealismo...» [71].
2. Schneider expresa de forma muy precisa casi estas mismas ideas, aunque no referidas al pensamiento sino a la eficacia de las palabras, cuando escribe: «Los cohetes sólo infunden temor cuando se hacen creíbles las afirmaciones de que se dispararán los cohetes» [89, pág. 109].
3. En el fondo, hasta ahora no he hecho otra cosa sino describir con un lenguaje más desaliñado, lo que ya han definido Alfred Adler [1] con su concepto de *línea directriz*, Piaget [74] desde la perspectiva de la psicología del desarrollo, Kelly en su psicología de las construcciones personales [61], Bateson en su trabajo sobre las concepciones del mundo [9], Berger y Luckmann [11] desde el punto de vista de la sociología y, sobre todo, mi amigo Heinz von Foerster [30, 31] basándose en la epistemología cibernética.
4. Cualquiera sean sus «motivos», el melancólico rebusca cuanta miseria puede encontrar en el mundo, una miseria de la que también nosotros podríamos disponer para nuestra construcción de la realidad del segundo orden. Por el contrario, mi perro y mi gato viven con imágenes de la realidad que no sólo bastan para su supervivencia, sino que son plenamente suficientes para proporcionarles bienestar mientras que para mí serían del todo

8. Así por ejemplo, Janet consideró la histeria como una «enfermedad de la síntesis personal».

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

9. Véase, a este propósito la exposición, sumamente interesante, de Starobinski en *La relación crítica* [101], sobre todo en el capítulo «Freud, Breton, Myers», en el que muestra la polaridad entre el psicoanálisis y el surrealismo. Mientras que los surrealistas consideraban primariamente al psicoanálisis como el método para alcanzar su objetivo principal, a saber, la superación de una realidad concebida de modo meramente cerebral para

5. La siguiente investigación sugiere que entre los dos hemisferios puede darse efectivamente una relación antagonista: Domhoff [18] llevó a cabo una encuesta entre 158 estudiantes, con la que intentaba determinar, con ayuda de un llamado perfil de polaridad, cuáles eran sus ideas respecto de los conceptos «derecho» e «izquierdo». (Se trata de la clasificación de un concepto basándose en una lista de palabras caracterizadoras contra-

Al capítulo 5

1. También Marx se enfrentó, en su juventud, con esta contradicción, que para él no era sino un mal básico inherente al idealismo. En una carta a su padre, el año 1837, hacía la autocrítica de uno de sus ensayos de filosofía del derecho y escribía: «Surgía aquí sobre todo, de forma muy molesta, la misma contradicción entre lo que es y lo que debe ser, propia del idealismo...» [71].
 2. Schneider expresa de forma muy precisa casi estas mismas ideas, aunque no referidas al pensamiento sino a la eficacia de las palabras, cuando escribe: «Los cohetes sólo infunden temor cuando se hacen creíbles las afirmaciones de que se dispararán los cohetes» [89, pág. 109].
 3. En el fondo, hasta ahora no he hecho otra cosa sino describir con un lenguaje más desaliñado, lo que ya han definido Alfred Adler [1] con su concepto de *línea directriz*, Piaget [74] desde la perspectiva de la psicología del desarrollo, Kelly en su psicología de las construcciones personales [61], Bateson en su trabajo sobre las concepciones del mundo [9], Berger y Luckmann [11] desde el punto de vista de la sociología y, sobre todo, mi amigo Heinz von Foerster [30, 31] basándose en la epistemología cibernética.
 4. Cualquiera sean sus «motivos», el melancólico rebusca cuanta miseria puede encontrar en el mundo, una miseria de la que también nosotros podríamos disponer para nuestra construcción de la realidad del segundo orden. Por el contrario, mi perro y mi gato viven con imágenes de la realidad que no sólo bastan para su supervivencia, sino que son plenamente suficientes para proporcionarles bienestar mientras que para mí serían del todo
- Tienes razón.
- ¿Se ha encontrado contra esta ilusión preservativo más seguro que la medida y el peso, para impedir que la relación de los sentidos, tocante a lo más o menos grande, más o menos numeroso, más o menos pesado, prevaleciera sobre el juicio de la parte del alma que calcula, que pesa y que mide?
- No. [...]
- Por consiguiente, lo que juzga en nosotros sin consideración a la medida es el sentido de lo que juzga conforme a la medida.
- Sin duda [...]
- Pero la facultad que hace relación a la medida y al cálculo es la facultad del alma.
- Sin contradicción.
- Luego la facultad opuesta es alguna cosa inferior en nosotros (77,

En una entrevista que mantuvo recientemente en la universidad de Stanford expresó esta idea como sigue:

«En aquellos períodos de la vida se forma la capacidad imaginativa científica y se produce la fijación a un tema determinado. Esta fijación puede modificarse en el curso posterior de la vida, pero parece que esto es difícil. Casi siempre, la decisión se toma en épocas muy tempranas, se la encuentra útil y se mantiene, con fuerza determinante, durante mucho tiempo, incluso contra los hechos que la contradicen» [52].

8. Sobre esto Starobinski:

«... cuando la actividad racionalística del psicoanálisis se dirige a los sueños o los síntomas neuróticos — y en especial cuando se dirige a los sueños y fantasías de los poetas — se apoyan en una lectura y en una convicción: se trata del tránsito de un lenguaje a otro, del lenguaje misterioso de los símbolos al claro lenguaje de la interpretación: esto presupone el arte del desciframiento, que se apoya a su vez en el conocimiento del vocabulario, de la gramática, de la sintaxis, de la retórica de este lenguaje en el que se expresa — a medio camino entre lo consciente y lo inconsciente — el deseo. Y a medida que la lectura avanza, va disminuyendo la proporción de lo misterioso» [101, pág. 269].

Al capítulo 6

1. A este ejemplo podría objetarse, naturalmente, que se trata de un hombre «primitivo», cuyo comportamiento comunicativo nunca pudo superar un nivel mínimo. Pero esta interpretación se contradice con las notables y sorprendentes manifestaciones de Domenici, sobre todo cuando se veían afectados sus arcaicos conceptos del honor o cuando el tribunal (que debía parecerle una autoridad procedente de otro planeta) intentaba explicarle su «ser en el mundo». En un momento determinado gritó súbitamente: «A mí se me trataba como a una oveja en el corral.» Y Giono informa que a continuación describió en seis frases perfectas su vida de pastor solitario [42, pág. 114].

2. Por qué este libro gozó de tan elevada y negativa fama es cosa que no requirió ulterior fundamentación, una vez que fue condenado a las llamas, y siguió siendo un misterio que asombró a su propio autor y le dio ocasión para un precioso aforismo: «*La decadencia de occidente*; el libro del que mi *Führer* ha leído todo el título.»

3. El dibujo de Wechsler tiene, como es natural, una inevitable ausencia de belleza: *arte es*, en definitiva, una palabra digital.

4. «Gloriosa guerra»: elegimos conscientemente esta deformación, derivada de «cloro», para reproducir el original alemán, que juega con la similitud fonética entre *chlorreicher* (cloroso, abundante en cloro) y *glorreicher* (glorioso). Es bien conocida la dificultad, muchas veces prácticamente insuperable, de traducir de una lengua a otra de tal modo que se vierta fielmente toda la gama de sutiles matices del idioma original. Esta dificultad adquiere singulares proporciones en toda esta sección del presente libro, en la que se multiplican los ejemplos de asociaciones, concomitancias, juegos de palabras, chistes, expresiones inesperadas en las que se condensan y saltan de pronto, como relámpagos, los numerosos posibles significados que — como un eco — puede despertar (por similitud fonética, arrastre de reminiscencias, medio ambiente histórico, cultural o social, etc., etc.) las frases acuñadas por un escritor de talento.

5. Neoformación que condensa las voces *genital* y *Talmud*, algo así como «Talmud genital» (N. del T.).

6. La Gestapo tenía su propia sección de humor (que se me perdone este odioso *non sequitur*), cuya misión consistía en descubrir a los autores de los chistes políticos. En realidad, los chistes son dinamita política, cuya producción y posesión estaba rigurosamente prohibida (como ocurre todavía hoy en amplias zonas del mundo). Lógicamente se buscaba, pues, su fábrica subterránea. Que el chiste fuera expresión de la «sana sensibilidad del pueblo» (fórmula prebenedicta de la época) es algo que el hemisferio izquierdo no podía ni tan siquiera imaginar.

7. Confluyen, efectivamente, en esta neoformación una multitud de posibles significados, de fatigosa explicación. Citamos algunos para guía del lector: los *irrelevantes* (insignificantes) de Occidente; los *levantinos* de Occidente (pero con el antepuesto *irre* que sugiere la idea de equivocados, locos, desorientados). Y, más lejano aún, pero siempre posible por asociación fonética unida a la situación histórica de Austria, los *trecentos* de Occidente (N. del T.).

8. Como ejemplo, un chiste que Viktor Frankl gusta de contar en sus conferencias: durante la primera guerra mundial, se hallaban un aristocrático coronel y el médico del regimiento, que era judío, en el puesto de mando, bajo el fuego graneado de los rusos. El coronel contempló al médico y dijo, medio burlón y medio compasivo: «Bueno, concede que tienes miedo. Es una prueba de la inferioridad de la raza judía.» A lo que el médico replicó: «Desde luego, tengo miedo, esto es cierto. Pero cuanto a lo de la raza, no estoy tan seguro. Porque si tú, mi coronel, tuvieras tanto miedo como yo, habrías echado a correr hace ya mucho tiempo.» Y con esta respuesta, extremadamente compleja desde el punto de vista de la lógica formal, no sólo demolió un prejuicio, sino que devolvía la pelota.

9. Así, informa Bogen [14, pág. 149, nota al pie] que, después de la comisurotomía, varios de sus pacientes ya no tenían sueños, mientras que sí los habían tenido antes de la operación. Incluso aunque sólo se trata de la incapacidad de evocar verbalmente los sueños, esto no modificaría esencialmente la observación de Bogen. En su resumen recientemente publicado menciona Bakan [6] otros resultados de la investigación, que confirman la hipótesis de que los sueños son función del hemisferio cerebral derecho.

10. Incluso en este marco tan esquematizado, no podemos pasar por alto el hecho de que las bases para el uso del lenguaje que aquí describimos se utilizan en diversas escuelas terapéuticas. Ya Aristóteles escribió en su *Poética* que la expresión del drama interior tiene efectos terapéuticos. Esta observación tiene su moderna aplicación en el psicodrama, la terapia de la *Gestalt* y la llamada psicosis. Con todo, aquí se trata en gran parte de métodos de extinción, reacción de descarga y concienciación del mundo interior y sólo en menor medida de lo que constituye el tema principal de este libro, a saber, del camino inverso, que procede de *afuera adentro* en el lenguaje del mundo interior.

Una esencial excepción es Rosen, fundador del *análisis directo*, cuya extraordinaria intuición clínica le permite entrar en el mundo de desvarios de sus pacientes. Sobre todo en el capítulo 7 de su libro [85] describe algunos de los métodos, sumamente interesantes, que emplea en su tratamiento.

En este contexto debe citarse también el reciente libro de Bruno Bettelheim *The Uses of Enchantment*, que estudia el empleo de cuentos y fábulas en el diálogo terapéutico. Bettelheim presenta numerosos ejemplos de cómo los niños (y también los adultos que cuentan cuentos) pueden remodelar una fábula a tenor de sus propias necesidades. Para este autor, el cuento o la fábula siguen siendo, a través de narraciones millones de veces repetidas, la expresión del mundo interior convertida en arquetipo, que «ofrece ejemplos para soluciones provisionales o definitivas de acuciantes necesidades» [12]. Bettelheim tiene clara conciencia de la posibilidad de una modificación consciente e intencionada de una fábula, para acomodarla a las necesidades del niño. Y demuestra esta afirmación con un encantador pasaje del libro de Bettina von Arnim, *Goethes Briefwechsel mit einem Kind* (Correspondencia epistolar de Goethe con una niña). En este pasaje Bettina cita a la madre de Goethe, que refiere cómo contaba ella los cuentos al pequeño Johann Wolfgang:

«Yo me sentaba ahí y él me devoraba con sus grandes ojos negros y cuando el destino de algún personaje amado no tomaba el rumbo que él deseaba, veía cómo se le hinchaba la vena de la sien y se tragaba las lágrimas. Algunas veces me agarraba y me decía, antes de que yo diera otro rumbo a la narración: «Verdad, madre, la princesa no se casa con el maldito sastre, aunque éste mate al gigante»: cuando yo me detenía y dejaba para el día siguiente la catástrofe, podía estar bien segura de que ya él lo había arreglado todo y así cuando ya mi capacidad de imaginación no alcanzaba para más, era sustituida por la suya. Cuando a la noche siguiente volvía yo a dirigir los hilos

del destino según sus indicaciones y decía: "Tenías razón, las cosas fueron así", ardía de entusiasmo y se podía ver su corazoncillo palpar bajo su pechera» [5].

Un consumado maestro del uso del lenguaje figurado es Milton Erickson, de quien es sabido que a las preguntas de sus pacientes (sobre todo a la pregunta típica: «¿Qué debo hacer en esta situación?») responde con historietas divagatorias, aparentemente muy alejadas del tema. Mis colegas y yo mismo sospechábamos hacía tiempo que la figura de don Juan de los libros de Carlos Castañeda era en realidad Erickson, una hipótesis que, a preguntas nuestras, Erickson negó, por una vez, de plano (y no a base de contarnos una historieta).

11. En la hipnosis este «subrayado» se consigue mediante modificaciones mínimas en el tono, pausas previas, menciones hechas mientras el paciente exhale el aliento, gestos insignificantes y otras señales parecidas.

12. Que los factores psicológicos desempeñan una función en el origen y el curso de las enfermedades cancerosas es hoy un hecho admitido por gran número de especialistas de renombre. Merecen citarse a este respecto los informes de las sesiones de las dos grandes conferencias sobre los aspectos psicofisiológicos del cáncer, publicados por la Academia de ciencias de Nueva York en 1966 [86] y 1969 [82].

13. Por ejemplo 27 y 51.

14. Lo dicho hasta aquí no debe interpretarse erróneamente en el sentido de que sólo sean utilizables las representaciones *visuales*. Es bien sabido que, en particular el *training* autógeno, trabaja sobre todo con imaginaciones propioceptivas y que también las representaciones acústicas son eficaces. Citamos aquí el relato de un paciente de Erickson sobre la imaginación de un metrónomo:

«Cuando escucho el metrónomo imaginario, se acelera o se retrasa, suena más alto o más bajo mientras entro en trance y me sumerjo con toda facilidad en él. Un metrónomo real permanece moleestamente constante y me devuelve una y otra vez a la realidad, en vez de dejar que me hunda en el trance. Pero el metrónomo imaginario modifica su compás y se acomoda siempre y exactamente a mis pensamientos y sentimientos, mientras que cuando se trata del metrónomo real, soy yo el que tengo que acomodarme a él» [23].

En las personas dotadas de talento músico, «escuchar» una pieza musical imaginaria, que en virtud de su naturaleza se acomoda exactamente a la vivencia del trance, es también una excelente inducción de autohipnosis.

15. O Heinrich Heine:

Cuando me lamento ante vosotros de mis dolores,
bostezáis sin decir nada;
pero cuando los expreso en remilgados versos,
me hacéis grandes elogios.

16. Es sabido que también las fórmulas mágicas y conjuradoras se expresaban casi siempre en forma rimada; tal vez el ritmo de las oraciones, sobre todo en la monotonía de la letanía, no sea más que un caso particular de este hecho. Esto no quiere decir, naturalmente, que el terapeuta tenga que hablar en verso, sino sólo que aquí, y en lo que se dirá en las páginas que siguen, nos hallamos ante peculiaridades lingüísticas que pueden influir de forma muy acentuada en el comportamiento.

17. El eslogan tiene un sospechoso parecido con la sentencia de Tertuliano: «Certum est quia impossibile est» (*De Carne Christi*, cap. 5), que muchas veces se cita incorrectamente, aunque sin traicionar el sentido: «Credo quia absurdum est.»

18. Según Gauger, también el francés se caracteriza por una extremada frecuencia de palabras que suenan lo mismo pero que significan cosas distintas (la llamada homonimia). Menciona, entre otros ejemplos, que Voltaire irritó a Federico el Grande con la alusión de que *Sans souci* no sólo significa «sin preocupación» o «sin preocupaciones», sino que también podría significar «cien preocupaciones» («cent soucis») [37].

Al capítulo 7

1. También el procedimiento radicalmente opuesto a la técnica de la confusión ofrece una eficaz intervención, concretamente en aquellas situaciones en las que alguien está dominado por el pánico o por el dolor, y, en cierto sentido, *se encuentra* en un estado de confusión aguda. En una tal situación puede recurrirse con provecho a un desplazamiento de la atención, frecuentemente practicado en la hipnoterapia, sólo que en este caso se intenta un desplazamiento de la irracionalidad *hacia* la racionalidad. La absurda pregunta: «¿Qué ha desayunado usted hoy», o «¿Qué delegación de Hacienda es competente para usted?» seguida de otras preguntas, al parecer relacionadas de algún modo con la anterior, pero expresadas con tal acento que da a entender que se trata de una cosa de la máxima importancia y urgencia, puede, precisamente en razón de su incomprensible falta de sentido y de referencia al pánico de la situación actual, provocar el deseado desplazamiento de la atención y poner un cierto distanciamiento respecto del aquí y el ahora.

2. Como introducción a esta temática pueden citarse: 107, pág. 173-232; 108, pág. 87-98; 109, pág. 25ss.

3. Indicamos al lector interesado en los problemas lógicos que la teoría matemática de los conjuntos y la cibernética ofrecen importantes puntos de partida para la superación de esta dificultad. Me parecen especialmente importantes, en este contexto, *Laws of Form* [15] de Brown, *A calculus for self-reference* [102] de Varela y *Das Bewusstsein der Maschinen* [48] de Günther.

4. Mientras sigamos aferrados a la tradicional separación «horizontal» entre el consciente y el inconsciente, aparecerá invertido el concepto de la patogénesis: sería el consciente, y no el inconsciente, la instancia generadora de síntomas. Pero si somos capaces de familiarizarnos con la idea de una separación «vertical» de los dos hemisferios cerebrales (que es, como ya hemos visto, el equivalente moderno de la teoría de la disociación de Janet), desaparece la discrepancia teórica.

5. La evitación como «la mejor solución posible» de problemas desemboca en un círculo vicioso sumamente interesante. Cuando, como supuesto efecto de la evitación, no ocurre lo temido, se confirma en el sujeto la creencia en la necesidad y la eficacia de dicha evitación. Pero de este modo se priva al afectado de la posibilidad de llegar a descubrir alguna vez que lo que teme tampoco se produciría aunque *prescindiera* del ritual de la evitación. De este modo, la supuesta solución se convierte a su vez en problema y la terapia tiene que aplicarse a la «solución» y no al presunto *problema* (por ejemplo a la consecuencia de una vivencia de la primera infancia). (Más información sobre este punto en [108], pág. 51-59).

Compárese también el conocido chiste del hombre que cada diez segundos da una palmada. Cuando se le pregunta la razón de tan extraño comportamiento, responde: «Para espantar a los elefantes.» «¿Elefantes? ¡Pero si aquí no hay elefantes!» A lo que replica: «Bueno, pues ya lo ve.»

6. Aunque la siguiente observación no tiene una relación directa con nuestro tema, merece la pena mencionar que existe una salida para esta insostenible situación: podría imaginarse que uno de sus hijos huye de casa ante un «gorila enorme, negro, que escupe fuego». Esta metáfora, que equivale a decir algo así como «eres un monstruo terrible, que apesta a alcohol», colocaría al padre en una situación insostenible porque, de una parte, el niño no se refiere «evidentemente» a él y, de otra, ¿qué padre amante puede echar en cara a su hijo una simple imaginación de su fantasía? En la psicopatología ortodoxa a esta contrapareda se le da el nombre de alucinación.

7. A un hombre cavilador — esté o no versado en la dialéctica hegeliana — se le plantea aquí la siguiente pregunta: si esta exposición es correcta, ¿qué nos impide situar a su vez a esta pareja de metaoposiciones (en nuestro ejemplo a la dictadura y la democracia) dentro de un círculo aún mayor, y considerarlos sólo como una *mitad* de otra pareja de metaoposiciones de un orden superior y no, en el sentido hegeliano, como

la síntesis en la que se resuelve la oposición? ¿Cuál es entonces su alternativa y cómo se entiende esta oposición? Aquí nuestra investigación roza ya, evidentemente, los lindes de la metafísica.

8. Sobre este punto, nos dicen Laing y Esterson, a propósito de la paciente June, a la que tuvieron bajo observación:

«De momento, June sabe mantenerse a flote. Pero su madre emplea expresiones harto ambiguas ante cada nueva demostración de una mayor independencia. Le dice que parece horrible cuando se pone un poco de colorete, se mofa de la esperanza de su hija de que tal vez algún muchacho pueda interesarse por ella. Cualquier expresión de irritación o enojo de parte de June es para esta madre síntoma de su "enfermedad" o una señal de su "malicia". La joven tiene que mantener un constante y estricto dominio de sí, porque si regaña, grita, llora, maldice, come muy poco o come demasiado, come muy despacio o muy de prisa, duerme muy poco o duerme demasiado, siempre, y haga lo que haga, su madre le dice que está enferma. Exige no poco valor de parte de June no ser lo que sus padres llaman "normal"» [68].

9. Aunque no tiene una relación directa con este contexto, mencionaremos aquí de pasada que el ofrecimiento de alternativas reales constituye una intervención eficaz, sobre todo en el campo de la terapia matrimonial. En la mentalidad típica de la mayoría de los hombres es expresión de amor, amabilidad y delicadeza, dejar que su mujer elija libremente y sin condicionamientos sobre cualquier asunto o empresa que les concierne a los dos. Por eso se sienten a menudo profundamente heridos cuando sus mujeres no sólo no se muestran agradecidas por esta conducta sino que reaccionan incluso con patente disgusto, por ejemplo en el sentido de: «Si *todo* te parece bien, es que en el fondo todo te da igual.» Esta falta de lógica y esta tergiversación de sus buenas intenciones, que para la concepción masculina clama al cielo, puede generar conflictos incluso en las situaciones más banales de la vida. Sirve de ayuda en estos casos insinuar al marido que proponga al menos dos posibilidades de elección a su mujer, por ejemplo, dos restaurantes, dos representaciones teatrales, dos lugares para pasar las vacaciones. Entonces ella tiene el sentimiento de que él se preocupa por saber qué es lo que más le gustaría tener o hacer. Cuenta, además, con la posibilidad de hacer una elección concreta. Y, finalmente, nada le impide hacer sus propias propuestas, si no le convence ninguna de las alternativas ofrecidas.

10. Para simplificar las cosas no mencionamos aquí el hecho de que las sugerencias que se refieren al sistema motor fallan muchas veces aunque el interesado esté ya en el trance.

11. Mencionemos aquí la historia de la mujer de Bath, en los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer, ya citado varias veces en otros lugares. En ella, un caballero se ve cada vez más envuelto en dificultades, porque sucumbe una y otra vez, víctima de siempre nuevas ilusiones de alternativas, hasta que al final se niega a elegir una de las dos alternativas que se le ofrecen y rechaza la coacción misma de tener que elegir.

Al capítulo 8

1. Como introducción general a esta temática, mencionemos: el capítulo de Hayakawa sobre *directive language* [50] y el capítulo de Schneider «Fahnenträger der Gewalt» (Abanderao del poder) [89, pág. 105-111].

2. Este adjetivo calificativo, es muy frecuente en inglés (*injunctive* deriva del latín *injunctio*). En español existe bajo la forma *inyungir*, a la que el Diccionario de la Real Academia da el significado de «prevenir, mandar, imponer», enteramente de acuerdo con lo que indica en inglés. De *inyungir* deriva el adjetivo «inyuncto», también recogido por el citado Diccionario de la Academia. N. del T.).

3. Pequeña tortilla de huevos rellena de carne, especialidad típica de la cocina china.

4. La investigación posterior de este caso reveló que nuestro joven pudo terminar su disertación dentro del plazo prefijado y que fue aceptada por la facultad.

Al capítulo 9

1. Proverbio italiano que literalmente significa: del decir al hacer está de por medio el mar, y cuya exacta equivalencia es el refrán español: del dicho al hecho hay gran trecho.

Al capítulo 11

1. Cf. sobre esto [108, pág. 51-59].

2. «Yo no someto a tratamiento, yo analizo», solía decir con orgullo uno de mis profesores; y derramaba la copa de su escarnio sobre el admonitorio ejemplo de un colega que, de alguna manera, había conseguido liberar a un paciente de su síntoma en 45 minutos.

BIBLIOGRAFÍA

1. Adler, Alfred, *Praxis und Theorie der Individualpsychologie*, Verlag J.F. Bergmann, Munich-Wiesbaden 1920; trad. cast.: *Praxis y teoría de la psicología del individuo*, Paidós, Buenos Aires.
2. Aristóteles *Ética a Nicómaco* en *Obras*, Aguilar, Madrid 21967.
3. Aristóteles, *Retórica a Alejandro* en *Obras*, Aguilar, Madrid 21967.
4. Aristóteles, *Tópico* en *Obras*, Aguilar, Madrid 21967.
5. Arnim, Bettina von, *Goethes Briefwechsel mit einem Kinde*, pub. por Gustav Konrad, Bartmann-Verlag, Frechen 1960, p. 271.
6. Bakan, Paul, «*The right brain is the dreamer*» en «*Psychology Today*» 10 (noviembre 1976) 66-68.
7. Bandler, Richard y John Grinder, *The Structure of Magic*, Science and Behavior Books, Palo Alto, 1975, p. 170-171.
8. Bateson, Gregory, Don D. Jackson, Jay Haley y John Weakland, *Toward a theory of schizophrenia*, en «*Behavioral Science*» 1 (1956) 251-264.
9. Bateson, Gregory, *Steps to an Ecology of Mind*, capítulo *The logical categories of learning and communication*, Ballantine Books, Nueva York 1972, p. 279-308.
10. Bausani, Alessandro, *Geheim- und Universalsprachen. Entwicklung und Typologie*, Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart 1970.
11. Berger, Peter L. y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality*, Doubleday, Nueva York 1966; trad. cast.: *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires 1968.
12. Bettelheim, Bruno: *The Uses of Enchantment*, Alfred A. Knopf, Nueva York 1976, p. 6.
13. Bever, Thomas G. y Robert Chiarello, *Cerebral dominance in musicians and nonmusicians*, en «*Science*» 185 (1974) 537-539.
14. Bogen, Joseph E., *The other side of the brain II: An oppositional mind*, en «*Bulletin of the Los Angeles Neurological Society*» 34 (1969) 135-162.

Bibliografía

15. Brown, George Spencer, *Laws of Form*, Bantam Books, Nueva York 1973.
16. Burger, Heinz O., *Dasein heißt eine Rolle spielen. Studien zur deutschen Literaturgeschichte*, Carl Hanser Verlag, Munich 1963.
17. Dimond, Stuart, *The Double Brain*, The Williams & Wilkins Co., Baltimore 1972.
18. Domhoff, G. William, *But why did they sit on the king's right in the first place?*, en «*Psychoanalytic Review*» 56 (1969-1970) 596.
19. Dschuang Dsi, *Das wahre Buch vom südlichen Blütenland*, trad. y anotado por Richard Wilhelm, Eugen Diederichs Verlag, Düsseldorf-Colonia 1951, p. 148-149.
20. Dürckheim, Karlfried von, *Im Zeichen der Großen Erfahrung*, O.W. Barth-Verlag, Munich-Planegg 1951.
21. Eccles, John C., *The Understanding of the Brain*, McGraw-Hill, Nueva York 1973.
22. Enzensberger, Hans Magnus, *Einzelheiten I. Bewußtseins-Industrie*, Suhrkamp-Verlag, Francfort del Meno 1962; trad. cast.: *Detalles*, Anagrama, Barcelona 1970.
23. Erickson, Milton H., *Deep hypnosis and its induction*, en *Experimental Hypnosis*, pub. por Leslie M. LeCron, Macmillan, Nueva York 1952, p. 70-114. Reproducido en [49] p. 7-31

15, p. 189; en trad. cast.: *Nuevas aportaciones a las obras completas*, vol. II, Biblioteca Nueva, Ma-

et Madness. A Study of Humor, Pacific Books,

lications for psychiatry of left and right cerebral neurophysiological context for unconscious processes.

- Utilization
s» 2 (1959)

s, en «*American Journal of Clinical Hypnosis*»
Reproducido

gral part of
s» 8 (1965)

ptom correc-
l Hypnosis»

ble Bind, en
-157.

The Portable
p. 47-8.

environmental
en, Hutchin-

bjets vivants,
mo Piatelli-

ón ingl. No-
computer La-

39. Gazzaniga, Michael S., *Changing hemisphere dominance by changing reward probabilities in split-brain monkeys*, en «*Experimental Neurology*» 33 (1971) 412-419.
40. Gazzaniga, Michael S., *One brain — two minds?*, en «*American Scientist*» 60 (1972) 311-317.
41. Geschwind, Norman, *Studies of hemispheric connections*, en *Brain Mechanisms underlying Speech and Language*, pub. por Clark H. Millikan y Frederic Darley, Grune & Stratton, Nueva York-Londres 1967.
42. Giono, Jean, *Notes sur l'affaire Domenici*; trad. cast.: *El caso Domenici*, Sur, Buenos Aires.
43. Gombrich, Ernst H., *The Story of Art*, Phaidon Press, Londres 1950, p. 25; trad. cast.: *Historia del arte*, Garriga, Barcelona 1951.
44. Gombrich, Richard, *The consecration of a Buddhist image*, en «*Journal of Asian Studies*» 26 (1966) 23-26, p. 24.
45. Gomperz, Heinrich, *Sophistik und Rhetorik*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Mannheim 1965, p. 41.
46. Gordon, Harold W., *Hemispheric activity and musical performance*, en «*Science*» 189 (1974) 68-69.
47. Gordon, Harold W. y Roger W. Sperry, *Olfaction following surgical disconnection of the hemispheres in man*. Reseña no publicada de la convención anual de la Psychonomic Society, St. Louis, octubre 1968.

Bibliografía

- laboratory, Publication n.º 224, University of Illinois, Urbana, Department of Electrical Engineering.
32. Frankl, Viktor E., *Ärztliche Seelsorge. Grundlagen der Logotherapie und Existenzanalyse*, Deuticke, Viena 1966.
33. Frankl, Viktor E., *Theorie und Therapie der Neurosen*, Ernst Reinhard Verlag, Munich-Basilea 1975, p. 159-83.
34. Freud, Sigmund, *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*, en *Gesammelte Werke*, S. Fischer Verlag, Francfort del Meno 1961, vol. 15, p. 189; en trad. cast.: *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, en *Obras completas*, vol. II, Biblioteca Nueva, Madrid 1968, p. 879-965.
35. Fry, William F., *Sweet Madness. A Study of Humor*, Pacific Books, Palo Alto 1963.
36. Galin, David, *Implications for psychiatry of left and right cerebral specialization: A neurophysiological context for unconscious processes*, en «*Archives of General Psychiatry*» 31 (1974) 572-583.
37. Gauger, Hans-Martin, *Sprachbewußtsein und Sprachwissenschaft*, R. Piper & Co. Verlag, Munich 1976, p. 156.
38. Gazzaniga, Michael S., *The bisected Brain*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York 1970.

19. Dschuang Dsi, *Das wahre Buch vom südlichen Blütenland*, trad. y anotado por Richard Wilhelm, Eugen Diederichs Verlag, Düsseldorf-Colonia 1951, p. 148-149.

20. Dürckheim, Karlfried von, *Im Zeichen der Großen Erfahrung*, O.W. Barth-Verlag, Munich-Planegg 1951.

21. Eccles, John C., *The Understanding of the Brain*, McGraw-Hill, Nueva York 1973.

del Meno 1961, vol. II, Biblioteca Nueva, Madrid 1968, p. 879-965.

35. Fry, William F., *Sweet Madness. A Study of Humor*, Pacific Books, Palo Alto 1963.

36. Galin, David, *Implications for psychiatry of left and right cerebral specialization: A neurophysiological context for unconscious processes*, en «*Archives of General Psychiatry*» 31 (1974) 572-583.

24. Erickson, Milton H., *Further techniques of hypnosis — techniques*, en «*American Journal of Clinical Hypnosis*» 3-21, p. 4. Reproducido en [49], p. 33.

25. Erickson, Milton H., *The confusion technique in hypnosis*, en «*American Journal of Clinical Hypnosis*» 6 (1964) 183-207. Reproducido en [49], p. 130-57.

26. Erickson, Milton H., *The use of symptoms as an intake in hypnotherapy*, en «*American Journal of Clinical Hypnosis*» 57-65. Reproducido en [49] 501-2.

27. Erickson, Milton H., *The interspersal technique for symptom control and pain control*, en «*American Journal of Clinical Hypnosis*» 3 (1966) 198-209. Reproducido en [49], p. 510-20.

28. Erickson, Milton H. y Ernst L. Rossi, *Varieties of Doubleness*, en «*American Journal of Clinical Hypnosis*» 17 (1975) 143-157.

29. Evans, J. Martin, *America: The View from Europe*, Stanford University Press, Stanford 1976, p. 10-11.

30. Foerster, Heinz von, *On constructing a reality*, en *Environmental Design Research*, vol. 2, pub. por W.F.E. Preiser, Dowden & Ross, Stroudsburg 1973, p. 35-46.

31. Foerster, Heinz von, *Notes pour une épistémologie des choses*, en *L'unité de l'homme*, pub. por Edgar Morin y Massimo Salvadori, Éditions du Seuil, Paris 1974, p. 401-7. Edición castellana: *Notas sobre una epistemología para las cosas vivientes*, Biological

Journal of Psychology, vol. 68, 1963, p. 1-10.

31. Foerster, Heinz von, *Notes pour une épistémologie des choses*, en *L'unité de l'homme*, pub. por Edgar Morin y Massimo Salvadori, Éditions du Seuil, Paris 1974, p. 401-7. Edición castellana: *Notas sobre una epistemología para las cosas vivientes*, Biological

Journal of Psychology, vol. 68, 1963, p. 1-10.

Bibliografía

48. Günther, Gotthard, *Das Bewußtsein der Maschinen. Eine Metaphysik der Kybernetik*, Agis-Verlag, Baden-Baden 1967.
49. Haley, Jay, *Advanced Techniques of Hypnosis and Therapy. Selected Papers of Milton H. Erickson, M.D.*, Grune & Stratton, Nueva York-Londres 1967.
- 49a. Haley, Jay, *Uncommon Therapy. The Psychiatric Techniques of Milton H. Erickson, M.D.W.W.* Norton, Nueva York 1973.
50. Hayakawa, Samuel I., *Language in Action* Harcourt, Brace & Co., Nueva York 1941, p. 102-20.
51. Hilgard, Ernest y Josephine R. Hilgard, *Hypnosis in the Relief of Pain*, William Kaufmann Inc., Los Altos 1975, p. 86-102.
52. Holton, Gerald: comunicación personal.
53. Hoppe, Klaus D., *Die Trennung der Gehirnhälften*, en «Psyche» 29 (1975) 919-940.
54. Hunter, John, *A Treatise on the Venereal Disease*, edición propia, Londres 1786, p. 200-204.
55. Huxley, Aldous, *Die ewige Philosophie*, Steinberg-Verlag, Zurich 1949, p. 69; trad. cast.: *La filosofía perenne*, Sudamericana, Buenos Aires 1967.
56. Janet, Pierre, *Les névroses*, Bibliothèque de Philosophie, Paris 1909.
57. Jaspers, Karl, *Von der Wahrheit*, R. Piper & Co. Verlag, Munich 1947.
58. Jaynes, Julian; citado en «Science News» 108 (13-12-1975) 378-383.
59. Jespersen, Otto: *Language, its Nature, Development and Origin*. George Allen and Unwin, Londres 1922, p. 184. (Cit. por el autor según

de Jonasson y Eschricht en *Dansk Maanesskrift*, 1858).
R. Piper & Co. Verlag, Munich

«Science News» 108 (13-12-1975) 378-383.
Language, its Nature, Development and Origin. George
Allen and Unwin, Londres 1922, p. 184. (Cit. por el autor según
Jonasson y Eschricht en *Dansk Maanesskrift*, 1858).
Rascherverlag, 1950; trad. cast.:
1971.

of Personal Constructs, 2 vols.

the human brain, en «Scientific

Hemispheric Disconnection and Cerebral Function,
Springfield 1974.

Der schöpferische Akt in der Kunst.
ingl. por Agnes Cranach y Willy
1966.

Rhetorik. Einführung in die Theorie der Rhetorik.
Verlag W. Kohlhammer, Stutt-

Wissenschaftlicher Revolutionen. Suhr-
Kad. cast.: *La estructura de las revolu-
ciones Económicas*, Breviarios, Méxi-

Bibliografía

67. Laing, Ronald D., *Mystifizierung, Konfusion und Konflikt*, en *Schizophrenie und Familie*, cf. cita 8, p. 274-304.
68. Laing, Ronald D. y Aaron Esterson, *Sanity, Madness and the Family*. vol. I, *Families of Schizophrenics*, Tavistock Publications, Londres 1964, p. 145. Ed. alem.: *Wahnsinn und Familie. Familien von Schizophrenen*. Kiepenheuer und Witsch, Colonia 1975, trad. de Hanz Hermann.
69. Levy, Jerre, *Cerebral Asymetries as Manifested in Split-Brain Man*, en *Hemispheric Disconnection and Cerebral Function*, capítulo IX, p. 165-83 (cf. el n.º 63 de esta bibliografía).
70. Mally, Ernst, *Grundgesetze des Sollens. Elemente der Logik des Willens*, Leuscher und Lubensky, Graz 1926, p. 36.
71. Marx, Karl, *Frühe Schriften I*. pub. por Hans-Joachim Lieber y Peter Furth, Cotta-Verlag, Stuttgart 1962, p. 9.
72. Mauthe, Jörg, *Nachdenkbuch für Österreicher, insbesondere Austrophile, Austromasochisten und andere Austriaken*, Verlag Fritz Molden, Viena-Munich-Zurich 1975, p. 20.
73. Noyes, Russell y Roy Kletti, *Depersonalization in the face of life-threatening danger: A description*, en «Psychiatry» 39 (1976) 19-27.
74. Piaget, Jean, *La construcción de lo real en el niño*, Proteo, Buenos Aires 1970.
75. Pierce, John R., *Symbols, Signal and Noise*, Harper & Bros., Nueva York 1961, p. 119; trad. cast.: *Símbolos, señales y ruidos*, Revista de Occidente, Madrid.
76. Platón, *Gorgias*, 456-7; ed. bilingüe de J. Calonge, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1952.

74. Piaget, Jean, *La construcción de lo real en el niño*, Proteo, Buenos Aires 1970.

75. Pierce, John R., *Symbols, Signal and Noise*, Harper & Bros., Nueva York 1961, p. 119; trad. cast.: *Símbolos, señales y ruidos*, Revista de Occidente, Madrid.

76. Platón, *Gorgias*, 456-7; ed. bilingüe de J. Calonge, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1952.

77. Platón, *La república*, 3 vols., ed. bilingüe de J.M. Pabón y M.F. Galiano, Instituto Estudios Políticos, Madrid 1950.

78. Plaut, A., *Where have all the rituals gone?*, en «Journal of Analytical Psychology», 20 (1975) 3-17.

79. Plutarco, cit. en Hermann Diels, *Fragmente der Vorsokratiker*, 2 vols., 1.ª mitad, Weidmannsche Buchhandlung, Berlín 1907, p. 590.

80. Poincaré, Henri, *La morale et la science*, Flammarion, Paris 1913, p. 225; trad. cast.: *La moral y la hipótesis*, Espasa-Calpe, Madrid 1963.

81. Popper, Karl Raimund, *Conjectures and Refutations; The Growth of Scientific Knowledge*, Basic Books, Nueva York 1962; trad. cast.: *El desarrollo del conocimiento objetivo*, Paidós, Buenos Aires 1968.

82. *Psychophysiological Aspects of Cancer*, en «Annals of the New York Academy of Sciences» 164 (1969) 307-634.

83. Quintiliano, Marco Fabio, *Institutio oratoria*, libro XI, III/5; trad. cast.: *Instituciones oratorias*, 2 vols., Hernando, Madrid

84. Rescher, Nicholas, *The Logic of Commands*, Dover Publications, Nueva York, y Routledge & Kegan Paul, Londres 1966

56. Janet, Pierre, *Les névroses*, Bibliothèque de Philosophie, Paris 1909.

57. Jaspers, Karl, *Von der Wahrheit*, R. Piper & Co. Verlag, Munich 1947.

58. Jaynes, Julian; citado en «Science News» 108 (13-12-1975) 378-383.

59. Jespersen, Otto: *Language, its Nature, Development and Origin*. George Allen and Unwin, Londres 1922, p. 184. (Cit. por el autor según Jonasson y Eschricht en *Dansk Maanesskrift*, 1858).

60. Jung, Carl G., *Psychologische Typen*, Edhasa, Barcelona 1955.

61. Kelly, George A., *The Psychology of Personal Constructs*, 2 vols., Norton, Nueva York 1955.

62. Kimura, Doreen, *The asymetry of the human brain*, *Scientific American* 228 (1973) 70-78.

63. Kinsbourne, Marcel y W. Smith, *Cerebral Function*, Charles C. Thomas, Springfield 1974.

64. Koestler, Arthur, *Der göttliche Funken*, Scherz Verlag, Berna-München 1966.

65. Kopperschmidt, Josef, *Allgemeine Kommunikationslehre*, Bertelsmann, Göttingen 1973.

66. Kuhn, Thomas S., *Die Struktur wissenschaftlicher Revolutionen*, Fondo de Cultura Económica, México 1975.

85. Rosen, John N., *Direct Analysis. Selected Papers*, Grunc & Stratton, Nueva York 1953.
86. Sacerdote, Paul, *The uses of hypnosis in cancer patients*, en *Psychophysiological Aspects of Cancer*, en «Annals of the New York Academy of Sciences» 125 (1966) 1011-1019.
87. Salimbene, *La bizzarra cronaca di Frate Salimbene*, Carabba, Lanciano 1926.
88. Schmidt, Arno, *Caliban über Setebos*, en *Orpheus*, Fischer Bücherei, Francfort del Meno 1970, p. 22-24 passim.
89. Schneider, Wolf, *Wörter machen Leute. Magie und Macht der Sprache*. R. Piper & Co. Verlag, Munich 1976.
90. Schrödinger, Erwin, *Mind and Matter*, Cambridge University Press, Cambridge 1958; trad. cast.: *La mente y la materia*, Taurus, Madrid.
91. Searles, Harold F., *Das Bestreben, den anderen verrückt zu machen — ein Element in der Ätiologie und Psychotherapie der Schizophrenie*, en *Schizophrenie und Familie*, cf. nota 8, p. 128-67.
92. Sechehaye, Marguerite, *La realización simbólica: Diario de una esquizofrénica*, Fondo de Cultura Económica, México.
93. Selvini Palazzoli, Mara, *Self-Starvation. From the Intrapyschic to the Transpersonal Approach to Anorexia Nervosa*, Human Context Books. Chaucer Publishing Co., Londres 1974.
94. Selvini Palazzoli, Mara y otros: *Un caso di encopresi e un caso di anorexia infantile risolta con psicoterapia breve dei genitori*, en «Neuropsichiatria Infantile» 46 (1973) 539-554. En ingl.: *The treatment of children through brief therapy of their parents*, en «Family Process» 13 (1974) 429-442, p. 436.
95. Simonton, O. Carl y Stephanie Simonton, *Belief systems and management of the emotional aspects of malignancy*, «Journal of Transpersonal Psychology» 1: 29-37, 1975 (con extensa bibliografía).
96. Sluzki, Carlos E. y Donald C. Ransom (dirs.), *Double Bind. The Foundation of the Communicational Approach to the Family*, Grunc & Stratton, Nueva York 1976.
97. Smith, Aaron, *Speech and other functions after left (dominant) hemispherectomy*, en «Journal of Neurology, Neurosurgery and Psychiatry» 29 (1966) 467-471.
98. Sperry, Roger W., *Hemispheric disconnection and unity in conscious awareness*, en «American Psychologist» 23 (1968) 723-733.
99. Spitz, René A., *Die Entstehung der ersten Objektbeziehungen*, Ernst Klett Verlag, Stuttgart 1960.
100. Spitzer, Daniel, *Wiener Spaziergänge*, G. Müller, Munich 1912, vol. II, p. 42.
101. Starobinski, Jean, *La relation critique*, Gallimard, París 1970; trad. cast.: *La relación crítica*, Taurus, Madrid 1974.
102. Varela G., Francisco J., *A calculus for self-reference*, en «International Journal of General Systems» 2 (1975) 5-24. Con una introducción de Richard H. Howe y Heinz von Foerster, ibidem, 2 (1975) 1-3.
103. Verón, Eliseo, *Conducta, estructura y comunicación*, Editorial Jorge Álvarez, Buenos Aires 1968, p. 178-81.
104. Viehweg, Theodor, *Topik und Jurisprudenz*, C.H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, Munich 1953, p. 22.
105. Wada, John A., cit. en «Science News» 110 (30-10-1976) 277. Reseña de un congreso sobre la evolución y lateralización del cerebro, propiciado por la Academia de las ciencias de Nueva York, octubre 1976).
106. Wagenknecht, Christian J., *Das Wortspiel bei Karl Kraus*, Vandenhoeck & Ruprecht, Gotinga 1965, p. 105.
107. Watzlawick, Paul, Janet H. Beavin y Don D. Jackson, *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*, Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires 1971.
108. Watzlawick, Paul, John H. Weakland y Richard Fisch, *Cambio. Formación y solución de los problemas humanos*, Herder, Barcelona 1976.
109. Watzlawick, Paul, *¿Es real la realidad? Confusión-Desinformación-Comunicación*, Herder, Barcelona 1979.
110. Weakland, John, H. y Don D. Jackson, *Patient and therapist observations on the circumstances of a schizophrenic episode*, en «Archives of Neurology and Psychiatry» 79 (1958) 554-574.
111. Weder, Heinz, *Der Makler*, Kandelaber-Verlag, Berna 1969.
112. Weigel, Hans, *Die Leiden der jungen Wörter. Ein Antiwörterbuch*, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1976, p. 133.
113. Wigan, Arthur L., *A new View of Insanity. The Duality of the Mind*, Longman, Londres 1844.
114. Wittgensein, Ludwig, *Bemerkungen über die Grundlagen der Mathematik*, Basil Blackwell, Oxford 1956 (ed. bilingüe), p. 100.
115. Jenofonte, *Memorias IV*, 6, 15; trad. cast.: *Memorias de Jenofonte*, Aguilar, Madrid 1967.
116. Zangwill, Oliver L., *Speech and the minor hemisphere*, en «Acta Neurologica et Psychiatrica Belgica» 67 (1967) 1013-1020.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- A calculus for self-reference* 153n3
A Treatise on the Venereal Disease 90
 Adler, Alfred 149n3
 Aforismo 70-73
 Alternativas, ilusión de 95-103 117
 Ambigüedad 72-79
 Americana, sociedad 146n5
 Análisis directo 138 151n10
 Antifonte de Atenas 12
Antiwörterbuch 51 53
 Aristóteles 12 42 133s 151n9
 Arnim, Bettina von 151n9
Arztliche Seelsorge 106
 Asimetría véase Cerebro. asimetría del
 del
 Autógeno, *training* 152n14

 Bakan, Paul 148n6 151n9
 Bandler, Richard y John Grinder 92s
 Bateson, Gregory 37 88 149n3
 Bausani, Alessandro 61
 Berger, Peter L. y Thomas Luckmann 149n3
 Berlucchi, Carlo 147n5 148n6
 Bettelheim, Bruno 151n9
 Bogen, Joseph E. 151n9
 Breton, André 149n9
 Brown, George S. 116 153n3
 Budismo 41 86

 Buñuel, Luis 56
 Burger, Heinz O. 15

 Cálculo, comprensión del 24 31
 Cáncer, enfermedad del 44 59s 152n12
 Cándido y los incendiarios 43
 Caricatura 26 66
 Castañeda, Carlos 90 152n10
 Cerebral, investigación 23-39 46
 véase también Hemisferios
 Cerebrales, hemisferios, véase Hemisferios
 Cerebro, asimetría del 23-39
 Cibernética 149n3 153n3
 Comercial, propaganda 62 73-76
 Comisurotomía 24s 31s 34 151n 9
 funcional 37s 81
 y sueños 151n9
 Comportamiento
 exigencias de 88
 prescripciones de 113-136
 Comunicación
 análoga 19 37
 averbal 13 37
 digital 19 24 37 150
 del hemisferio cerebral derecho
 26ss 46s 49-79 86
 del hemisferio cerebral izquierdo
 24s 27 35 46s 102

intraorgánica 145n1
 pragmática de la 11s 38
 Concreción 65
 Condensación 19 27 51-55
 Confusión, técnica de la 78 83 153
 Corporal, lenguaje 13 37
Corpus callosum 24 31
Cuentos de Canterbury 154

Charcot, Jean M. 149n9
 Chaucer, Geoffrey 154n11
 Chiste 19 54s

Dalí, Salvador 149n9
Das Bewusstsein der Maschinen 153
 n3
 Dedos, chuparse los 105ss
Demian 137
 Depresión 89s 106 127
Der göttlicher Funke 21 55
Der Makler 56
Der Schwierige 78
 Dialéctica 42 153s
Die Fackel 51 53 65
 Dimond, Stuart 29
 Directo, análisis 138 151n10
 Disociación, teoría de la 37 39 153
 n4
 Doble vínculo (*double bind*) 88
 patógeno 37s 97 140
 terapéutico 93 109 117 142s
 Dolor, alivio del dolor 94
 Domenici, Gaston 50
 Domhoff, G. William 148n5
 Dshuang Dsi 62
 Dürckheim, Karlfried von 86

Einstein, Albert 114
El chiste y su relación con lo inconsciente 54
El doble sentido antitético de las palabras originarias 27
El lobo estepario 55

Enzensberger, Hans M. 15
 Epicteto 43
 Erickson, Milton H. 49 56-60 76 83s
 94s 100 111s 117-121 125-128
 130ss 135 137 152n10
 Espacio, sensibilidad para el 27 29
 Esquizofrenia 27 54 97 99
 Esterson, Aaron 154n8
Ética a Nicómaco 42
 Evans, J. Martin 146n5
 Evitación 153n5

Fábula 50 151
 Federico II 10
 Figurado, lenguaje 53 55-66
 Fin, juego sin 111 118
 Fisch, Richard 110
 Fobia 121
 Foerster, Heinz von 45 149n3
 Fórmulas mágicas 152n16
 Frankl, Viktor E. 90 106 151n8
 Freud, Sigmund 26 39 50s 55 149n5
 y 9
 Frisch, Max 43s
 Fry, William F. 55

Galin, David 32s 35s 117
 Gauger, Hans-M. 152n18
 Gauss, Carl F. 20 35 147n3
 Gazzaniga, Michael S. 34 36 147n4
 Geschwind, Norman 31
Gestalt, terapia de la 151n9
 Giono, Jean 50 150n1
Goethes Briefwechsel mit einem Kind 151n10
 Gombrich, ErnstH. 66
 Gombrich, Richard 67
 Gomperz, Heinrich 146n4
 Gordiano, nudo 103
 Gordon, Harold W. 33 147n2
 Gorgias 12 14
 Gran experiencia 85
Grundgesetze des Sollens 115
 Günther, Gotthard 153n3

Habilidad manual 25 33 147n3 (cap. 3)
Hacia una teoría de la esquizofrenia 37 88
Hamlet 43
 Hauser, Kaspar 145n2
 Hayakawa, Samuel I 154n1
 Hebel, Johann P. 104
 Heine, Heinrich 152n15
 Heisenberg, Werner 114
 Hemisferios 23-39 147s
 derecho
 funciones del 25-29 58
 imagen del mundo 46
 lenguaje del 27s 32 46s 49-79
 y percepción de los conjuntos 27
 y percepción del espacio 27 29
 y percepción del tiempo 83 .
 perturbaciones del 29
 integración
 dificultad de la 34s 36
 normal 35s 83
 izquierdo
 bloqueo del 76 81-112
 funciones del 24 118 137 147
 lenguaje del 24ss 32 46s 101s
 147s
 perturbaciones del 31 147
 Hemisferotomía 25
 Hesse, Hermann 55 137
 Hipnosis 49s 56-59 64 68 76 102s
 128 135 152
 véase también Técnica
 Hofmannsthal, Hugo von 79
 Hölderlin, Johann C.F. 70
 Holografía 25 147
 Holton, Gerald 149n7
 Homofonía 76
 Homonimia 152n18
 Hoppe, Klaus D. 37
 Hunter, John 90
 Huxley, Aldous 81

Imperial, mensaje 18

Insomnio 84 89
Instituciones oratorias 13
 Irresuelto, resto 64 69 94 121

Janet, Pierre 37 39 149n8 y 9
 Jaspers, Karl 27s 43 45 146n1 149n6
 Jaynes, Julian 114s
 Jenofonte 125
 Jespersen, Otto 145
 Joyce, James 53s 55
 Juegos de palabras 19 27 50-55 73-79
 146n2
 Jung, Carl G. 20 138

Kafka, Franz 18
 Kant, Immanuel 43
 Kekulé, August 21
 Kelly, George A. 149n3
 Kempter, Lothar 60
 Kimura, Doreen 33
 Koestler, Arthur 21 55
 Kopperschmidt, Josef 42 71s 145n3
 Kraus, Karl 51 53 65
 Kuhn, Thomas S. 21

La decadencia de Occidente 51
La interpretación de los sueños 51
 Laing, Ronald D. 154n8
Laws of Form 116 153n3
 Lenguaje
 analógico 19 47
 artificial 61 126ss 145
 aversivo 64
 concreto 65s
 corpóreo 13 125
 digital 19 47 148
 figurado 53 55-66
 del hemisferio cerebral derecho
 17-21
 del hemisferio cerebral izquierdo
 17-21 53
 inyuntivo 115ss 130 154
 del paciente, utilización del 124-
 128

- positivo 65
de los sueños 60
Levy, Jerre 147n4 (cap. 3)
Liébeault, Ambroise A. 149n9
- Mackay, Donald 34
Mágicas y conjuradoras, fórmulas 152n16
Maillart, Robert 146n3
Mally, Ernst 115
Manifiesto comunista 71
Manipulación 14
Mann, Thomas 86s
Manual, habilidad 25 33 147n3 (cap. 4)
Mario y el mago 86s
Marx, Karl 99 149n1
Mauthe, Jörg 54
Mesmer, Franz A. 149n9
Metáfora 19 27
Mezclado, técnica de 57ss 84
Mística 21 85
Mistificación 99
Motivación, solución por 36
Mundo, visión del 12 15 20 27s 41-47 56 69 74 83 85s 103ss 113 125 128
y hemisferio cerebral derecho 27s 113
Música 25 27ss 60 116s
- Neandertal, hombre de 114
Negación 63s 93
Negativa 64 93 114 135
Neruda, Pablo 17
Nietzsche, Friedrich 44
Normalidad 15
- Olor 25s 28 34 66
Oncología 44 59s
Onomatopéyicas, palabras 19
Ovejas, contar 85
- Palabras
- comprensión de 31
juegos de 19 27 50-55 73-79 146n2
Paradoja 86 87ss 133
contarparadoja 139
referencia refleja a sí mismo de la 45 86
¡sé espontáneo! 88 92 108
Pars pro toto 19s 25s 28 66-70
Pensamiento
dirigido 19 84s
no dirigido 19
sin lenguaje 28
Peor, imaginarse lo 92
Percepción
acústica 33 152
del cálculo 24s 27 31
del cuerpo (propioceptiva) 57s
del dolor 94
del espacio 27 29
de la imagen 27 29 83
musical 25 28s
del olor 26 28 34 66
del rostro 26 29 147n4 (cap. 3)
del tiempo 26 82
visual 31s
Piaget, Jean 149n3
Pierce, John R. 147n5
Platón 12ss 28 148n5
Plaut, A. 138
Pleroma 46
Plutarco 12
Poesía 60ss
Poética 151n9
Poincaré, Henri 115
Policial, servicio de reconocimiento 26
Popper, Karl R. 103
Pragmática 11s 38
Premisas, procedimiento en busca de 43
Primarios, procesos 26 53 81
Procesos
primarios 26 53 81

- secundarios 25
Psicoanálisis 25s 53
Psicodrama 151n9
Psicología profunda 46 68 105
Psicosíntesis 151n9
Psicosomático 37 81
Psicoterapia, véase Técnica; Terapia
Psiquiatría, significación de la teoría de los hemisferios para la 32
- Quiasmo 71ss 96
Quintiliano 13
- Realidad
adaptación a la 15 81
comprensión de la 8 20 26 38s 148
imágenes de la 15
objetivación de la 42 46
del primer orden 43
del segundo orden 43 74 104
véase también Mundo, visión del
Reestructuración 12 103-112 117 128
Represión 21 33 37s 138
Rescher, Nicholas 115
Resistencia 123-136
provocación de 110 129ss
utilización de la 128-133
- Retórica
antigua 11-14
somática 13
Retórica a Alejandro 12 133
Retruécano 19 27 54
Rima 60ss 152
Ritual 137-140
Rorschach, test 24 27
Rosen, John N. 138 151n9
Rossi, Ernest L 135
Rostro percepción del 25 29 147n4 (cap. 3)
- Salimbene de Parma 10
Schill, Ferdinand 71
- Schneider, Wolf 53 146 149n2 154 n1
Schopenhauer, Arthur 60
Schrödinger, Erwin 45s 149n6
Schwandbach, puente del 146n3 (cap. 2)
Searles, Harold F. 98
Sechehaye, Marguerite 138
Selvini Palazzoli, Mara 77 139ss
Simonton, O. Carl 59
Síntomas
desplazamientos de 93ss
prescripciones de 89-93 107
Sipos, Gyula 70
Sociedad americana 146n5
Sócrates 11 125
Sofística 11s
Solución como problema 91 105 107 141s 153
Spengler, Oswald 51
Sperry, Roger W. 32ss
Spitz, René 11
Starobinski, Jean 149n9 150n8
Strauss, Richard 147n6
Sueño, sueños 50s 60 85 148 149 151
y comisurotomía 151
Surrealismo 149
- Talleyrand, Périgod de 66
Técnica
de anticipación 133-136
concreción 65s
de confusión 78 83 153n1
de doble vínculo terapéutico 93 109 117
ilusión de alternativas 95-103 117
imaginarse lo peor 92
judo 128
de mezclado 57ss 84
de reestructuración 12 103-112 117 128
ritual 137-141
de testudo 136

Índice alfabético

- utilización de la resistencia 128-133
- Teoría
de la disociación 37 39 153
de los hemisferios 23-39
- Terapia 41s
familiar 97 148
de la *Gestalt* 151n9
hipnoterapia véase Hipnosis
matrimonial 91s 117-120
técnicas específicas, véase Técnica
- Tertuliano 152n17
- The Logic of Commands* 115
- The uses of Enchantment* 151n9
- Tópicos* 42s
- Trabécula, separación de 24 32
- Trance, inducción a trance 56ss 84
101 136
- Utopía 14s 68 70 142
- Varela, Francisco J. 153n3
- Velocidad, solución por 36
- Verón, Eliseo 73s
- Verrugas, tratamiento de las 9
- Viehweg, Theodor 43 125
- Wagenknecht, Christian J. 53
- Weakland, John H. y Jackson, Don
D. 96
- Wechsler, Magi 53
- Weder, Heinz 56s
- Weigel, Hans 51
- Wigan, Arthur L. 23
- Wilde, Oscar 72
- Wittgenstein, Ludwig 110
- Yoga 147n2 (cap. 4)
- Zen 55 86
- Zweig, Stefan 149n9

Las características esenciales del lenguaje de la comunicación psicoterapéutica fueron ya fundamentalmente conocidas por los antiguos maestros de retórica y son modernamente objeto de penetrantes investigaciones en los más diversos ámbitos de la vida y de la experiencia humanas, en la infancia, la poesía, el humor, el sueño, el éxtasis, el delirio y la locura. Lo que aflora a la superficie, procedente de aquellos ámbitos que, por su singular y extraño carácter, se atribuyen a zonas profundas, a la noche o a la demencia, se traduce luego en el diálogo terapéutico, con la máxima celeridad posible, al lenguaje —tenido por terapéutico— de la razón y de la conciencia. Hasta ahora, se ha sacado pocas veces la conclusión, que tras un atento análisis parece obvia, de que es cabalmente este oscuro y a menudo extravagante lenguaje el que ofrece la llave natural (*similia similibus curantur*) para adentrarse en aquella zona sólo en la cual puede producirse el cambio terapéutico.

La presente obra conjuga en cierto modo lo antiguo con lo moderno, al apoyar la técnica de la comunicación terapéutica en los resultados más recientes de la investigación de los procesos cerebrales y en el genial dominio del lenguaje que debemos al hipnoterapeuta norteamericano Milton H. Erickson, y pretende servir como gramática introductoria que permita al lector captar la esencia de este lenguaje y ejercitarse en su utilización práctica.

BIBLIOTECA DE PSICOLOGIA

Es propósito de esta colección reunir estudios generales a nivel de iniciación y trabajos más especializados, siempre referidos a realidades concretas, destinados a iniciar en la problemática específica de una cuestión particular. Tales estudios abarcan actualmente, además de la psicología, disciplinas afines que por su carácter interesan a menudo complementariamente.

Véase la lista de los títulos en las páginas finales